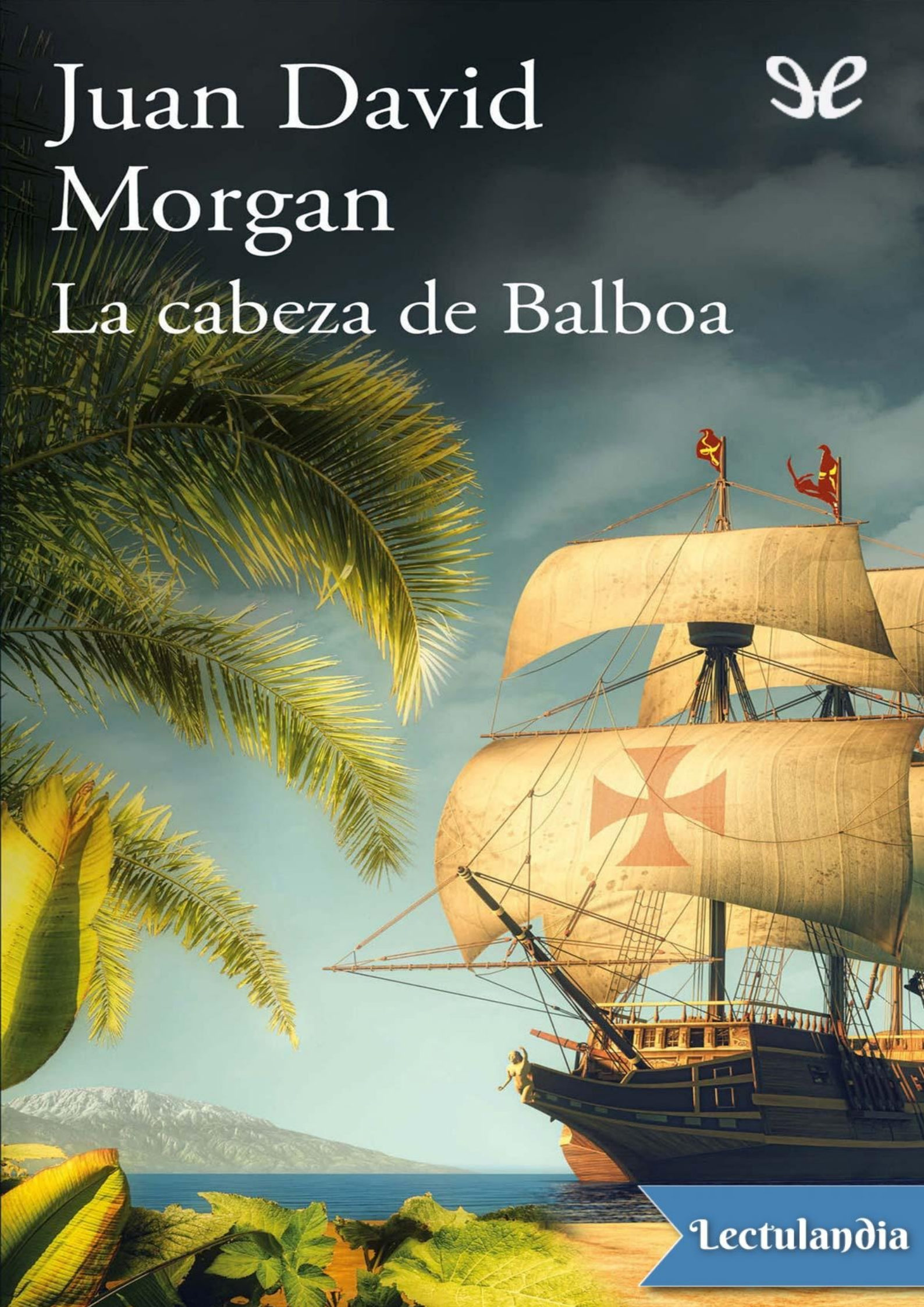


Juan David
Morgan



La cabeza de Balboa



Lectulandia

Embustero, traidor, hipócrita, falsario, ambicioso, ladrón, eran los calificativos con los que Pedro Arias Dávila se refería a Vasco Núñez de Balboa, el «descubridor» de la Mar del Sur, ante el rey. En estos mismos términos Balboa acusaba a Pedrarias en un vaivén de misivas que, entre 1513 y 1519, daban cuenta de las disputas que se libraban en los primeros años de la conquista y colonización de tierra firme.

El juicio de Pedrarias a Balboa, que el cronista de Indias Pedro Mártir de Anglería contará con todo detalle al Papa Médicis León X, es un fiel reflejo de estas batallas que se sostenían en la gobernación de Castilla del Oro.

La cabeza de Balboa es una novela «sin ficción» en la que Juan David Morgan nos traslada de la Roma renacentista al Darién, tierra ignota, selvática, que concentra el interés y los recursos, la ambición y el poder. Una historia apasionante que transcurre años antes de la llegada de Hernán Cortés a las costas mexicanas y de Pizarro al Perú.

Juan David Morgan

La cabeza de Balboa

ePub r1.0

Titivillus 04.03.2022

Título original: *La cabeza de Balboa*
Juan David Morgan, 2021
Diseño de portada: Maru Lucero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A Ana Elena, que ha hecho de esta pandemia
un oasis literario.*

*Y Vasco Núñez de Balboa lo contempla
extasiado y conmovido, lleno de orgullo
y satisfacción, consciente de la gloria
que acaba de conseguir por ser sus ojos
los del primer europeo que ha descubierto
el infinito azul de aquel mar.
Durante largo rato, estáticamente,
mira Balboa la lejanía...*

STEFAN ZWEIG,
Momentos estelares de la humanidad



Dramatis personae

1. **Pedro Mártir de Anglería** (Arona, Italia c. 1456-Granada, España 1526). Cronista de Indias, autor de las *Décadas del Nuevo Mundo*. Canónigo y humanista al servicio de los Reyes Católicos y de sus sucesores. Miembro del Consejo de Indias.
2. **Papa León X** (Florencia 1475-Roma 1521). Segundo hijo de Lorenzo de Médicis (el Magnífico). Fue Papa desde 1513 hasta su muerte. Siguiendo con la tradición de los Médicis, tuvo una formación artística y erudita y fue mecenas de las artes. A él dirigió Pedro Mártir algunas de sus epístolas sobre el Nuevo Mundo recopiladas en sus *Décadas*.
3. **Diego Arias Dávila**. Abuelo de Pedrarias. Judío converso. Fue nombrado contador mayor del reino de Castilla por Enrique IV.
4. **Pedro Arias Dávila, el Valiente**. Padre de Pedrarias. Hijo de Diego Arias. Miembro del Consejo de Enrique IV de Castilla. Segundo señor de la Villa de Puñonrostro. Formó parte de la milicia al servicio de la Corona.
5. **Pedrarias Dávila / Pedro Arias Dávila** (Segovia 1468–León, Nicaragua 1531). Tercer hijo de Pedro Arias Dávila, el Valiente. Enviado desde niño como paje a la corte del rey Juan II. Participó en la guerra de sucesión del reinado de Castilla. Coronel de los Ejércitos Reales. Gobernador de Castilla del Oro donde arriba el 23 de junio de 1514. Fundó la ciudad de Panamá en 1519 y Natá de los Caballeros en 1522. Gobernador de Nicaragua desde 1528 hasta su muerte.
6. **Vasco Núñez de Balboa** (Jerez de los Caballeros, España 1475 – Acla, Panamá 1519). En 1500 se embarca en la expedición de Rodrigo de Bastidas hacia el Nuevo Mundo y se arraiga en la Española. En 1509 se embarca como polizón en la expedición del bachiller Enciso a Tierrafirme. Balboa fue el primer alcalde electo de Santa María de la Antigua del Darién. En 1513 descubre la Mar del Sur y es nombrado por el rey adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba.

7. **Isabel de Bobadilla y Peñalosa.** Esposa de Pedrarias. Sobrina de Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, amiga y confidente de la reina Isabel la Católica.
8. **Alonso de Ojeda.** Navegante y conquistador español. Concurra junto con Diego de Nicuesa por la gobernación y colonización de Tierrafirme. En 1508 la Corona divide la región en dos gobernaciones dándole a Ojeda la de Nueva Andalucía (levante).
9. **Diego de Nicuesa.** Explorador y conquistador español. Concurra junto con Alonso de Ojeda y obtiene la gobernación de Nueva Castilla o Veraguas (poniente). Antes de llegar a Veraguas, funda Nombre de Dios.
10. **Bachiller Martín Fernández de Enciso.** Abogado en Santo Domingo. En 1509 se embarca hacia Nueva Andalucía como alcalde mayor de Ojeda. Balboa viaja de polizón en ese viaje. En 1514 regresa a Santa María con la comitiva de Pedrarias como alguacil mayor. Enemigo de Balboa.
11. **Francisco de Pizarro.** Lugarteniente de Fernández de Enciso. Balboa le confió la primera incursión exploratoria en Tierrafirme. Va en el grupo de Balboa cuando descubre la Mar del Sur. En 1531 inicia la conquista de Perú.
12. **Rodrigo de Colmenares.** Designado por Nicuesa como su lugarteniente y futuro alcalde de Nueva Castilla. Acompaña a Balboa en el viaje hacia el Dabaibe.
13. **Martín Zamudio.** Amigo de Balboa. Segundo alcalde de Santa María de la Antigua del Darién.
14. **Juan de Valdivia.** Amigo de Balboa. Regidor de Santa María de la Antigua del Darién.
15. **Bartolomé de Hurtado.** Amigo de Balboa y quien lo ayudó a esconderse en la nave de Enciso. Alguacil mayor de Santa María de la Antigua.
16. **Diego del Corral.** Lideró a antiguos partidarios de Enciso en contra de Balboa.
17. **Andrés de Valderrábano.** Escribano encargado de documentar la expedición hacia la Mar del Sur. Encarcelado junto a Balboa por Pedrarias.
18. **Andrés de Vera.** Cura que participó en la expedición de la Mar del Sur.

19. **Capitán Pedro de Arbolancha.** Oriundo de Bilbao. Concesionario del rey. Propietario de carabelas. Delegado del Consejo de Indias para investigar lo que ocurría en la colonia del Darién.
20. **Obispo Juan de Quevedo.** Formó parte de la comitiva que llevó Pedrarias a Santa María de la Antigua. Primer obispo de Tierrafirme. Protector de Balboa.
21. **Gaspar de Espinosa.** Capitán del ejército de Pedrarias. Alcalde mayor de Santa María designado por Pedrarias. Inicia los trámites del juicio de residencia ordenado por el rey contra Balboa.
22. **Gonzalo Fernández de Oviedo.** Cronista y alcalde de Santa María.
23. **Andrés Garabito.** Amigo y socio de Balboa. Encarcelado junto a Balboa por Pedrarias. Fue exculpado por su contribución a la condena de Balboa.
24. Socios de Balboa en la Compañía de la Mar del Sur: **Beltrán de Guevara, Diego Rodríguez, Roger de Loria, Diego Hernández, Pedro Arbolancha** y el sacerdote **Rodrigo Pérez.**
25. **Diego de Albítez.** Testaferro de Pedrarias a quien la Corona otorgó iguales prerrogativas que a Balboa por el descubrimiento de la Mar del Sur.
26. **Juan Rodríguez de Fonseca.** Obispo de Burgos. Presidente del Consejo de Indias y partidario de Pedrarias.
27. Socios de Balboa encarcelados junto con él por Pedrarias: **Luis Botello, Hernán Muñoz, Hernando de Argüello,** arcediano **Rodrigo Pérez** (el sacerdote a quien Pedrarias le perdona la vida y lo expulsa del Darién).
28. **Juan de Ayora.** Capitán al servicio de Pedrarias. Protagonizó las primeras entradas contra los aborígenes.
29. **Gonzalo Balboa.** Hermano de Vasco y escribano del Consejo de Jerez de los Caballeros. Gestionó la revisión del proceso contra su hermano, a fin de que se le hiciese justicia a su memoria.
30. **Caciques Cuevas:**
 - Cémaco.** Primer cacique que enfrenta a los españoles en el Darién y su enemigo permanente.
 - Careta.** Aliado de Balboa. Le entregó como compañera a su hija mayor.
 - Acha.** Hija del cacique Careta y concubina de Balboa.
 - Comagre.** Cacique de la tribu más rica y poderosa del Darién. Aliado de

Balboa.

Panquiaco. Hijo mayor de Comagre. Primero que le habla a Balboa del Gran Mar.

Ponca. Rival de Careta.

Abibeiba. Cacique cuya tribu habitaba en la copa de los árboles.

Torecha. Cacique enemigo de Ponca.

Terarequí. Cacique de la Isla de las Perlas.

Parita. Derrotó al capitán Badajoz enviado por Pedrarias a atacar a los aborígenes.

Prólogo

No soy amigo de prologar mis propias obras, pero ocurre que cuando empecé a imaginar esta novela histórica fue preciso enfrentar algunas dificultades que sugieren la conveniencia de unas palabras liminares. Me refiero, fundamentalmente, a la búsqueda de la veracidad de lo sucedido en aquellos días, remotos y brumosos, cuando recién se iniciaban los descubrimientos y la conquista de América. Cuatro son los principales cronistas de Indias que narraron lo acaecido en las dos primeras décadas del siglo XVI, período en el que se desarrolla esta obra. El más extenso y prolífico ha sido Gonzalo Fernández de Oviedo con su *Historia general de las Indias*. Oviedo visitó por primera vez tierra firme en la expedición de Pedro Arias Dávila en 1514, ocasión en que permaneció casi un año en Santa María de la Antigua. Allí trató frecuentemente a los principales protagonistas de esta obra, Vasco Núñez de Balboa, descubridor de la Mar del Sur, y Pedrarias, primer gobernador de Castilla del Oro y fundador de la ciudad de Panamá. Fray Bartolomé de las Casas es el más apasionado de los cronistas, dada la misión que se impuso de defender a ultranza a los aborígenes americanos de los abusos a que fueron sometidos por los conquistadores, esfuerzos que quedarían plasmados en su *Historia de las Indias*. Aunque nunca estuvo en el Darién, el presbítero De las Casas participó en la conquista de Cuba, vivió en la Española, donde ofició su primera misa en el Nuevo Mundo y antes de morir visitó Guatemala y Honduras. No solamente conoció y trató a varios de los personajes de la época, sino que tuvo acceso a innumerables documentos y testimonios relacionados con la conquista. Otro cronista, Pascual de Andagoya, también arribó a Santa María de la Antigua en la comitiva de Pedrarias en 1514. Su obra, aunque más breve y menos docta que las de Oviedo y De las Casas, tiene el mérito de haber sido escrita por un soldado que participó activamente en varias de las acciones bélicas emprendidas por los españoles contra los indios, ejecutorias que le serían reconocidas posteriormente cuando Pedrarias lo designó como el primer alcalde de la recién fundada ciudad de Panamá. Pedro Mártir de Anglería, un docto sacerdote y humanista italiano, fue el primer cronista en publicar sus

memorias de Indias, a las que tituló *Décadas del Nuevo Mundo*. Escogió narrarlas en estilo epistolar, mediante cartas escritas en latín que enviaba a distinguidas personalidades de la época. Mártir de Anglería es el único de los cronistas mencionados que nunca puso pie en el Nuevo Mundo. Haber conocido desde muy lejos tan apasionante historia sin duda ha influido en que se le considere el más objetivo de los narradores de Indias y se le haya tildado como el primer periodista de la historia de América. Gracias a los cargos que desempeñó como funcionario de la Corona española, entre ellos el de consejero de Indias, consejero de Castilla y cronista del Reino, Pedro Mártir gozó de una gran influencia en la corte española que le permitió tener acceso directo a los diversos documentos que produjeron quienes cumplían alguna misión oficial en el Nuevo Mundo. Por su despacho en la corte y por su residencia en Valladolid pasaban a compartir información y a solicitar favores funcionarios de la Corona, eclesiásticos, soldados, navegantes y exploradores, que iban o regresaban de las lejanas e ignotas regiones recién descubiertas. Por las razones anotadas y porque, como ya se ha dicho, sus crónicas de Indias fueron las primeras en publicarse, no resulta extraño que escogiera a Mártir de Anglería para narrar los acontecimientos que se recogen en esta novela histórica, sin que esto signifique que haya dejado de consultar a los demás cronistas y a los historiadores que más recientemente han engrosado de manera prolija y abundante los relatos del descubrimiento y de los primeros años de la conquista de Tierrafirme. Entre ellos debo destacar a José Toribio Medina, Ángel Altolaguirre, Carmen Mena García, Bethany Aram y la extensa obra de Luis Blas de Aratio sobre Balboa, que, entre otras cosas, recoge testimonios de varios de los cronistas ya citados. Mención especial merece la monografía escrita por el jurista y académico español José María Vallejo García-Hevia, sobre el juicio seguido por Pedrarias a Balboa.

Cualquiera que pretenda novelar aquellos acontecimientos con estricto apego a la historia deberá enfrentar un obstáculo que no por fácil de eludir deja de ser importante. Me refiero al lenguaje que hablaban entonces los españoles que vinieron a las Indias en busca de fama y fortuna. Cuando Cristóbal Colón descubrió América, el idioma español estaba en la etapa final de su consolidación, gracias en gran medida a la gramática publicada por Antonio de Nebrija en agosto de 1492, escasos dos meses antes del gran descubrimiento. Pero aquel lenguaje difería mucho del que utilizamos hoy los herederos de la lengua española porque los primeros conquistadores que llegaron a las Indias procedían de regiones de España donde existían diversos dialectos. En función del número de personas que se embarcaron en España

rumbo al Nuevo Mundo prevalecía el dialecto andaluz, pero se hablaban también el extremeño, el manchego y el castellano, entre otros de menor importancia. Y, además de los topónimos, no fueron pocos los vocablos indígenas que prontamente se sumaron a la lengua de Castilla. Imposible sería entonces utilizar en esta novela histórica otro español que no fuera el que hablamos hoy: a la enormidad del esfuerzo se sumaría lo inútil del mismo, puesto que una novela así narrada carecería de lectores. Y es bien sabido que la literatura sin lectores no pasa de ser una manifestación artística intrascendente.

Con Pedro Mártir interactúa el Papa León X, a quien el cronista dedicó la segunda y tercera de sus *Décadas*, en las que narra, precisamente, los sucesos acaecidos en Tierra firme a inicios del siglo XVI. El diálogo entre ellos estructura la novela y permite subrayar que mientras España descubría un nuevo mundo alucinante, sumido todavía en los albores de la historia, en Europa, y muy especialmente en Italia, se afincaba ya el Renacimiento como fuerza irreprimible, propulsora de la civilización y la cultura.

Uno

El viernes 26 de noviembre de 1520, con las últimas luces del atardecer, Pedro Mártir de Anglería descendió de la carroza papal frente al Palacio de los Médicis. Su rostro y sus movimientos reflejaban el cansancio motivado por el largo viaje iniciado en Valladolid hacía doce días, dos más de los previstos por él inicialmente. La travesía entre Barcelona y Civitavecchia, a bordo de un bergantín, se había cumplido sin contratiempos, pero en el recorrido por tierra hasta Roma fue necesario sacrificar y remplazar uno de los caballos que tiraban del carruaje.

Admiraba Pedro Mártir la riqueza arquitectónica de la fachada del palacio, realizada por las cálidas refulgencias del ocaso, cuando, con paso presuroso, apareció un clérigo seguido de dos jóvenes uniformados de vistosos colores.

—Excelencia, soy el secretario del Papa —dijo, atribulado el canónigo—. Os esperábamos anteayer y el Santo Padre está sumamente preocupado porque no llegabais. Espero que no hayáis tenido percances durante el viaje.

Sin esperar respuesta, el secretario ordenó a los uniformados que subieran el equipaje a los aposentos del ala izquierda del palacio.

—En el camino hubo un problema con los caballos —alcanzó a explicar Pedro Mártir, mientras intentaba mantener el paso del secretario que, precedido por los guardias, subía ya por las escalinatas.

—Lo importante es que estáis aquí. El Santo Padre se encuentra atendiendo una audiencia, pero os verá antes de la cena. Mientras tanto, seguidme para mostraros vuestros aposentos de modo que podáis asearos y descansar. Avisaré a vuestra excelencia cuando el Santo Padre esté listo para recibirlos, probablemente a las ocho. En el escritorio de la habitación hallaréis un reloj.

A medida que se adentraba en la residencia del Papa la fascinación de Pedro Mártir iba en aumento. La profusión de lámparas y candiles permitían apreciar a plenitud el exquisito entramado del techo, las ornamentaciones de los muros, las esculturas y la cantidad de pinturas de gran tamaño que cubrían las paredes, entre las que prevalecían las firmadas por Rafael. Observando tanto esplendor, Pedro Mártir lamentaba que años atrás hubiera decidido

abandonar Italia para emigrar a España en busca de nuevos horizontes. Aquel desorden generalizado predominante en la península italiana debido a las constantes guerras entre las varias repúblicas, que treinta años atrás motivaron su alejamiento de Roma, no se reflejaba para nada en el primor artístico que hoy abundaba en el impresionante palacio papal. «No en vano León X es criticado por ser un pontífice que se preocupa más por la cultura que por la religión», pensaba. Era cierto que en Castilla y Aragón prevalecía la unidad política que había permitido a los Reyes Católicos y al rey Carlos I gobernar un vasto imperio, pero las manifestaciones del espíritu no podían compararse con las que ahora contemplaban sus ojos, que sin duda se repetirían en las demás ciudades italianas, sobre todo en Florencia, cuna y feudo de los Médicis, cuyo legendario paterfamilias, Lorenzo, había sido poderoso jefe militar y mecenas indiscutible de las artes. El Papa León X, bautizado Giovanni, era el segundo de los vástagos del ya fallecido caudillo de los Médicis.

Los aposentos asignados al cronista de la Corona española eran tan suntuosos como el resto del palacio. Las paredes de la alcoba estaban cubiertas por cuadros de gran tamaño con escenas religiosas y del respaldar de la cama, protegida por un dosel muy alto adornado con ricas telas, colgaba un hermoso crucifijo tallado en madera de diversos tonos. Cerca de una de las esquinas laterales, una poltrona con una mesita y en la pared contigua un espacioso escritorio y un armario provisto de un amplio espejo completaban el mobiliario. Al fondo, un ventanal dejaba pasar los últimos colores del ocaso. En el salón de baño lo esperaba una tina de mármol con sales y agua acabada de entibiar, una bata y chinelas de increíble suavidad, de todo lo cual Pedro Mártir hizo buen uso. Luego de acomodar sus ropas en el armario y sus libros y documentos en el escritorio, se tendió a descansar y meditar en el mullido lecho.

A finales de septiembre había llegado a Valladolid la carta en la que León X lo invitaba a reunirse con él en Roma, como su huésped, para conversar más a fondo sobre las *Décadas*, que había tenido a bien dedicarle, en las que le contaba del Nuevo Mundo recién descubierto y de las primeras aventuras de los conquistadores españoles en esa región, tan ignota y bárbara que parecía no haber emergido todavía del oscuro pasado de la humanidad. Él había aceptado la invitación enseguida y solamente pidió estar de regreso en Valladolid antes de las festividades de fin de año, para lo cual propuso arribar a Roma el 24 de noviembre, condición y fecha que el Papa aceptó enseguida. Durante el viaje, Pedro Mártir había releído sus propias crónicas y trabajado

en algunos apuntes más recientes a fin de prepararse lo mejor posible para su encuentro con el Sumo Pontífice.

Cuando tocaron a la puerta faltaban unos minutos para las ocho. Antes de acudir, Pedro Mártir, vestido con sus mejores togas, se detuvo un instante frente al espejo que le devolvió la imagen de un cuerpo pesado, algo encorvado por los años, y un rostro adusto, enmarcado en una luenga y tupida barba que recordaba a los profetas bíblicos. Al abrir se encontró al secretario, quien, frotándose las manos y esbozando una sonrisa a la vez amable y nerviosa, le informó que el Santo Padre lo esperaba. «La reunión será en su salón privado», había agregado, con timbre de orgullo y admiración.

—No me habéis dicho vuestro nombre —inquirió Pedro Mártir, mientras recorrían un largo pasillo flanqueado de armaduras y arreos bélicos.

—Soy monseñor Filipo de Lombardía, uno de los secretarios del Sumo Pontífice.

—¡Ah, casualidad! También yo soy lombardo. Nací en Arona, a orillas del lago Mayor.

—Ya lo sabíamos, excelencia. El Sumo Pontífice se esmera en investigar todo lo concerniente a sus invitados. —El secretario hizo una pausa—. Aunque está claro que ya os conocíamos por las numerosas cartas que le habéis enviado en torno al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

—Sí, mis *Décadas*. Espero que el Papa las haya disfrutado.

—Muy pronto lo escucharéis de sus propios labios.

Prosiguieron en silencio y entraron a un gran salón donde la iluminación y la profusión de obras de arte eran aún más exuberantes. Luego de atravesarlo, el secretario se detuvo ante una puerta, menos llamativa que las demás, y tocó discretamente.

—Adelante —dijo una voz profunda y autoritaria.

El aspecto del Sumo Pontífice de la Iglesia católica sorprendió por un instante al cronista de Indias. Bajo, robusto, de rostro abotagado, el ceño fruncido y la mirada penetrante, no se parecía al perfil imaginado por Pedro Mártir. Antes de que pudiera arrodillarse, León X lo sujetó fuertemente del brazo.

—Nada de solemnidades, distinguido cronista. Aquí vamos a pasar un par de semanas como amigos y devotos que somos de la historia, de la religión y del arte. Hace mucho tiempo que aguardaba por este momento que me permitirá escapar de mis ocupaciones cotidianas.

Pedro Mártir se sorprendió gratamente ante la sonrisa cautivadora del Papa que, en un instante, había alejado de su rostro la adustez.

—Honor que me hace, Vuestra Beatitud.

—Sentémonos un momento.

Mientras tomaban asiento, el historiador de Indias pudo apreciar el salón privado del Papa, cuya amplitud no impedía que fuese acogedor. En una de las paredes laterales sobresalía una chimenea con la leña dispuesta y, en la contraria, un escritorio con gran cantidad de papeles. A un costado del escritorio, un reloj pendular y al fondo, frente a un enorme ventanal, dos poltronas. Justo en medio de la estancia una mesa cuadrada con cuatro sillas, a la que ahora se sentaban.

—Me cuenta Filipo que enfrentasteis contratiempos en el camino desde Civitavecchia —comentó el Papa.

—No fue nada, uno de los dos caballos que tiraban del carruaje murió de pronto en plena vía. Nos hallábamos muy lejos de los lugares de posta y hubimos de esperar a que uno de los escoltas fuera en busca del remplazo. A propósito, agradezco infinitamente que hayáis enviado vuestra carroza al puerto.

—Es lo menos que podía hacer, Pedro Mártir. El viaje que habéis realizado es largo y complicado. Pero aquí estamos y me hace una gran ilusión escuchar de viva voz al autor de las *Décadas del Nuevo Mundo*. Ah, y gracias por tan especial dedicatoria. —León X meditó un instante—. Para aprovechar al máximo vuestra estadía y cumplir con vuestra petición de regresar antes de fin de año, he separado dos horas diarias las próximas dos semanas durante las cuales he pedido que no se nos interrumpa a menos que se trate de algún asunto que requiera mi intervención inmediata, que lamentablemente siempre los hay.

—Tan solo espero que mis palabras sean dignas de vuestros oídos.

—Ya os he dicho que las cartas que me enviasteis sobre ese mundo recién descubierto, tan misterioso como fascinante, me entusiasmaron como ya nada es capaz de hacerlo. Las leí hace ya algunos años y me va a complacer mucho revivirlas con el escritor. Os confieso que he compartido varias con algunos cardenales y familiares. Todos quedan maravillados, no solamente por la forma tan amena e interesante como narráis acontecimientos inverosímiles ocurridos en ese Nuevo Mundo situado más allá del mar océano, sino también por la descripción de la flora, de la fauna y, sobre todo, de los nuevos paganos y, espero yo, futuros cristianos. Debo recordaros que el contacto del Vaticano con el Nuevo Mundo descubierto por Colón comenzó tan pronto llegaron a Roma las primeras noticias del acontecimiento. La primera Diócesis de las nuevas tierras fue creada en 1504 por mi predecesor, Julio II, en la Española.

Nuestro interés, por supuesto, era y continúa siendo la pronta cristianización de los naturales.

—Es indudable, Vuestra Santidad, la importancia que ha tenido la Iglesia católica en el Nuevo Mundo para la propagación de la fe. Junto al conquistador iba siempre un representante de la Iglesia que ejercía tanta autoridad como el representante del rey.

—Era y sigue siendo nuestro deber, Pedro Mártir. De allí mi interés en explorar personalmente con el autor los sucesos que relatáis en vuestras *Décadas*. —El Papa sonrió ligeramente—. Os puedo preguntar, por simple curiosidad, ¿por qué las escribisteis en latín y no en español o italiano?

Pedro Mártir titubeó antes de responder.

—Mis estudios los hice en latín, Santo Padre. Nací en Arona, pero estudié en Roma con preceptores eclesiásticos. Posteriormente me ordené de sacerdote en Granada, recién rescatada de los moros, batalla en la cual participé. Más que el italiano, el latín continuó siendo mi lengua natural y, además, es la que hablan Vuestra Santidad y los hombres cultos a quienes he dirigido mis crónicas. También debo confesaros que, a pesar del mucho tiempo que he pasado en España al servicio de los Reyes Católicos y, más recientemente, de Carlos I, el idioma español no se me da muy bien, tal vez por ser todavía una lengua en permanente evolución.

—Pues bien, seguiremos hablando italiano, aunque tal vez podamos pasar al latín cuando comentemos vuestras crónicas. He sabido que entrasteis tarde al sacerdocio. En cambio, yo, el segundo de los hijos del gran Lorenzo de Médicis —se percibía un dejo de ironía en la voz del Papa—, recibí la tonsura a los siete años por imposición de mi padre, jefe absoluto de la República de Florencia, a quien después de su muerte mi hermano, Piero, trata en vano de remplazar. Cuando cumplí los trece años ya me habían hecho cardenal y a mis treinta y ocho, al ser elegido Papa, todavía no me había ordenado sacerdote. —León X sonrió—. Casi una semana transcurrió entre el día de mi elevación a Vicario de Cristo y aquel en el que, finalmente, recibí las órdenes sacerdotales.

A lo largo de la conversación, Pedro Mártir había observado que, por momentos, el Papa movía la cabeza ligeramente de arriba abajo o de lado a lado, como afirmando o negando sin palabras. Pronto comprendió que se trataba de un gesto involuntario, que se acentuaba cuando algo lo inquietaba en demasía.

—Lo que no ha impedido a Vuestra Santidad ser uno de los Papas que con mayor vigor ha defendido las obras de la Iglesia —comentó, tímidamente,

Pedro Mártir.

—Asumo que lo decís por las guerras que he librado en defensa de los Estados Pontificios y de las herejías de Lutero. Y espero que un poco también por mi lucha incansable en favor de las artes, que tanto critican los ignorantes.

Mientras el Papa volvía al gesto involuntario con la cabeza, se produjo un largo silencio, interrumpido finalmente por Pedro Mártir.

—A propósito de las artes debo deciros, si me lo permitís, lo muy impresionado que estoy con la majestuosa e incomparable belleza de este palacio.

—Fue adquirido por mí hace quince años, antes de sospechar siquiera que sería Papa. Lo hice remodelar para que fuera la villa de los Médicis en Roma. Cuando fui elegido para ocupar la silla de San Pedro, decidí establecer aquí mi sede mientras en el Vaticano terminan de reparar los aposentos papales. — León X sonrió con picardía—. Así pasan más desapercibidas mis actividades culturales, que tendréis ocasión de compartir. Pero continuemos nuestra plática en el comedor, que seguramente venís con hambre.

Durante la cena, luego de hablar sobre las diversas obras de arte que albergaba el palacio y las intermitentes guerras que libraban los reyes de Francia y España por la posesión de algunas de las repúblicas italianas, el Papa indicó a Pedro Mártir que volverían a reunirse al día siguiente en el mismo salón a las diez de la mañana.

—A esa hora ya he terminado con mis servicios religiosos y despachado los asuntos más urgentes —afirmó León X—. Oigo misa a las siete todas las mañanas en la capilla del palacio y dos veces a la semana oficio yo mismo. Quizás podríais asistirme en alguna.

—Sería un inmenso honor y un inmerecido privilegio, Vuestra Santidad.

—Bien, ahora, vamos a descansar, que mucho lo necesitareis. El desayuno os lo servirán en vuestra habitación alrededor de las ocho. Hasta mañana, entonces, Pedro Mártir.

—Buenas noches, Santo Padre.

En ese momento, como por encanto, apareció monseñor Filipo de Lombardía, seguido de los dos uniformados, para acompañar al Papa.

Al día siguiente, Pedro Mártir se despertó temprano. Antes de desayunar volvió a repasar sus *Décadas* sobre el Nuevo Mundo y los otros documentos que traía en el portafolio con sus notas más recientes. «Si vamos a conversar dos horas diarias durante dos semanas será mejor que recuerde bien cada detalle», se dijo.

Faltaban algunos minutos para las diez de la mañana cuando monseñor de Lombardía se presentó a los aposentos de Pedro Mártir para conducirlo a la reunión con el Papa. Al llegar frente a la puerta del salón tuvieron que evitar a un hombre que, enfundado en una túnica negra, algo deteriorada y empolvada, intempestivamente salía y se alejaba.

—Es Miguel Ángel —dijo por lo bajo el secretario.

—¿El famoso escultor? —preguntó, intrigado, el cronista de Indias.

Antes de que monseñor pudiera responder se escuchó la voz del Papa.

—Adelante, adelante, Pedro Mártir. Espero que hayáis descansado bien porque nos esperan dos horas intensas. He escogido para nuestras pláticas este pequeño rincón junto al ventanal que da sobre los jardines.

—Disfruté de un buen sueño y de un excelente desayuno, Vuestra Santidad. Y veo que ahora disfrutaré también de una hermosa vista. Aquí traigo unas notas que servirán a nuestro propósito.

—Comencemos entonces.

El Papa se sentó en una de las poltronas ubicadas frente al ventanal y ofreció la otra a Pedro Mártir. En medio había una pequeña mesa sobre la cual el cronista acomodó sus documentos. Los dos hombres se miraron en silencio un momento antes de que Pedro Mártir comenzara a hablar.

—Supongo que iniciaremos por el descubrimiento de América, obra cumbre del almirante Colón, con quien he conversado profusamente sobre el tema. Se trata de un personaje inigualable por su coraje, su visión del porvenir y su innata sabiduría.

El Papa se reacomodó en la silla y frunció el ceño antes de decir, con una pizca de candidez.

—Pedro Mártir, quisiera que me permitierais hablar con la franqueza que se acostumbra entre buenos amigos que, siento yo, comenzamos a ser. Si bien el descubrimiento de un nuevo mundo es la obra más grandiosa que puede concebir la humanidad, tanto como lo sería alcanzar las estrellas, aquel acontecimiento ocurrió hace ya casi treinta años. No he conocido personalmente al almirante Colón, pero es tanto lo que se ha hablado y escrito que creo que ya aprendí lo que de él y de su gran hazaña hay que saber. Por ejemplo, que no es español ni portugués, como se ha dicho, sino oriundo de la República de Génova, y que nunca llegó a la tierra de las especias, como él creyó al principio. —León X observó el rostro sorprendido del cronista y prosiguió—. Sin embargo, hay un incidente, cuyos primeros capítulos contáis en vuestras hermosas cartas, que ha llamado poderosamente mi atención.

El Papa esperó la reacción de un asombrado Pedro Mártir.

—Lo que desee escuchar Vuestra Santidad será para mí una orden inapelable —dijo, por fin, el cronista.

—Gracias, Pedro Mártir. Sobresalen en vuestras narraciones dos conquistadores españoles que han protagonizado un episodio, tan insólito como incomprensible, que me llena de interrogantes. Me refiero, por supuesto, a Pedrarias Dávila y a Vasco Núñez de Balboa. A través de vuestras cartas he podido conocer algunas de las acciones de estos dos hombres. —El Papa calló por un instante—. Balboa, además, descubrió un nuevo mar océano. Sé también, y es lo más sorprendente, que el decapitado era yerno de su verdugo y, aun así, el suegro terminó cortándole la cabeza. Me intriga sobremanera entender cómo es posible que ello ocurriera.

Pedro Mártir iba a decir algo, pero el Sumo Pontífice lo detuvo con un gesto de la mano.

—Aguardad, por favor, y permitidme aclarar que no somos extraños a las decapitaciones, que han ocurrido aquí muy cerca, en el Castillo San Ángel, pero siempre como consecuencia de algún proceso legal por delitos muy graves. —El balanceo involuntario de la cabeza se había acentuado—. Lo que sí os puedo asegurar es que allí jamás un padre le ha cortado la cabeza a un hijo o un suegro a su yerno. Por otra parte, sé que vuestras crónicas sobre el Nuevo Mundo no han alcanzado a narrar la decapitación de Balboa, seguramente porque aún no habéis dispuesto del tiempo necesario para escribirlas, porque, según entiendo, del hecho infame no han transcurrido ni dos años. Sin embargo, dada vuestra condición de cronista de Indias designado por el rey Carlos, supongo que conocéis el incidente tan bien como el mejor. Si no os importa, quisiera que centrarais vuestra narración en la decapitación de Balboa. Como os he dicho, se trata de un asunto que, además de horrorizarme, me apasiona y llena de curiosidad.

Pedro Mártir permaneció un instante con aire ausente, mirando hacia el jardín.

—Es cierto, Vuestra Beatitud, como bien afirmáis, que se trata de un acontecimiento difícil de entender y de aceptar. Quien os habla no ha terminado de comprenderlo a cabalidad, y, mucho menos, de juzgarlo. Aunque todavía no he escrito sobre el tema, sí he hecho las averiguaciones necesarias para conocerlo íntimamente, resultado que se encuentra en las notas que aquí traigo. Y si bien no tengo ningún reparo en iniciar nuestra conversación refiriendo lo ocurrido entre Pedrarias Dávila y Vasco Núñez de Balboa, para poder entenderlo con mirada histórica debemos remontarnos al

origen tan disímil de ambos conquistadores y, en consecuencia, a la manera tan diferente como cada uno puso pie en el Nuevo Mundo.

—De acuerdo, estimado amigo. Ni falta hace que os diga, como jefe de la Iglesia católica, que me anima también el enorme interés de conocer mejor y tratar de comprender la situación que prevalece en el Nuevo Mundo, especialmente en lo relativo a la propagación de nuestra fe entre los nuevos paganos. Imagino que es un tema que siempre estará presente en vuestra narración.

—Así es, Vuestra Santidad. También debo aclarar que en nuestras conversaciones surgirán algunos asuntos o detalles que tal vez no aparecen en las cartas que os envié, detalles que vine a conocer más tarde.

—Tanto mejor, Pedro Mártir, tanto mejor. Os confieso que vuestra presencia aquí obedece, en gran medida, a mi interés por la cultura de la cual, como bien sabéis, la historia es parte esencial. Y, ¿por qué no decirlo?, también responde a la necesidad que siento de gozar de ratos de solaz en medio de los acontecimientos inquietantes que hoy ocupan casi todas las horas de mis días. Guerras, rebeliones, herejías y tantas otras vicisitudes que me obligan a bregar contra las más bajas de las pasiones humanas. En fin, Pedro Mártir, estas dos semanas que espero que paséis aquí hablándome de acontecimientos y regiones ajenas a mi diario vivir, harán las veces de unas vacaciones que, de otra manera, no puedo darme el lujo de disfrutar.

—Será un honor para mí.

—Proseguid, entonces, amigo mío.

Pedro Mártir rebuscó entre sus papeles, los reacomodó y los examinó rápidamente.

—Habréis de saber, Santo Padre, que...

Dos

... Pedro Arias Dávila descende de una familia de judíos conversos. El apellido le viene por su abuelo, Diego Arias, hombre de origen humilde, que nació en Ávila y desde muy niño renunció al judaísmo y a su nombre original, Isaac Abenazar, para abrazar la fe católica. Ciertos pecados graves de juventud le merecieron una condena a muerte, pero fue perdonado por la intercesión de su amigo Enrique de Castilla, entonces príncipe heredero. Cuando este ascendió al trono castellano como Enrique IV, nombró a Diego para desempeñar el cargo de contador mayor del reino, que ejerció por muchos años permitiéndole amasar una apreciable fortuna y adquirir títulos nobiliarios. El padre de Pedrarias fue el primogénito de los cuatro hijos de Diego Arias. El cuarto, Juan, obispo de Segovia, sería gran amigo de los Borgia, y...

—¿Ser amigo de los Borgia es acaso una cualidad? —interrumpió León X, frunciendo el ceño.

—Lo menciono —respondió Pedro Mártir, algo cohibido— solamente para destacar que esa amistad le ofreció la oportunidad de tener aún más influencia en la corte. El obispo Juan Arias Dávila falleció siendo un hombre muy rico.

—Ser amigo de los Borgia más que prestigio debería acarrear deshonor —insistió el Papa, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ellos provienen de Borja, un pueblucho de Aragón, de donde tomaron el nombre familiar. Se trata de una familia que ha sido tradicionalmente enemiga de todo aquello que es valioso o decente. —El Papa vaciló un momento, se aproximó a Pedro Mártir y continuó en voz más baja—. Uno de los grandes errores que ha cometido la Iglesia católica fue permitir que el cardenal Rodrigo Borgia, un hombre corrupto como el que más, ocupara la silla de San Pedro con el nombre de Alejandro VI. Al Vaticano trajo deshonor y vergüenza que mucho han mortificado a los verdaderos servidores de Cristo... Pero continuad, continuad.

—Si Vuestra Santidad me lo permite, antes de proseguir quisiera recordar que fue, precisamente, Alejandro VI quien emitió la bula *Inter caetera*, cuyo

propósito era trazar la línea geográfica entre el septentrión y el mediodía a fin de zanjar diferencias entre los reinos de Portugal y España derivadas del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

—Se trataba de alta política, Pedro Mártir. El Papa Borgia lo hizo para pagar favores a Fernando e Isabel, por lo que otorgó la bendición celestial al dominio de los Reyes Católicos sobre todas las tierras descubiertas por Colón y sus seguidores. Al mismo tiempo, Alejandro VI mantenía al rey Juan II de Portugal en posesión de tierras que su país ya usufructuaba antes del descubrimiento. Esa intervención papal fue confirmada posteriormente por ambas naciones mediante el tratado de Tordesillas. Me pregunto, sin embargo, qué ocurrirá cuando Francia e Inglaterra comiencen a hacerse a la mar océano. ¿Tendrán prohibido navegar y comerciar en esas aguas y esas tierras? ¿No habrá el Vaticano, sin quererlo, creado un terreno abonado para futuras guerras?

—Es obvio que este humilde servidor tiene mucho que aprender de Vuestra Santidad. Os agradeceré evitar que mi exposición se convierta en un monólogo y espero que nuestro diálogo continúe a lo largo de mi narración.

León X desechó las palabras del cronista con un gesto condescendiente.

—Volviendo al obispo Arias —prosiguió Pedro Mártir— es interesante señalar que al morir legó toda su fortuna, que era mucha, a Pedrarias, probablemente por ser el más distinguido de sus sobrinos. O sea que, mucho antes de su viaje al Nuevo Mundo, Pedrarias era ya un hombre adinerado. A fuer de ser honesto, y ya que hablamos del obispo Arias, debo decir a su favor que a él se le considera responsable de la introducción de la imprenta en España.

—Bien por el obispo Juan Arias —masculló el Papa.

Pedro Mártir aguardó un momento hasta que León X, con un gesto, lo invitó a proseguir.

—El primogénito de Diego, Pedro, padre de nuestro Pedrarias, se decidió por la milicia desde muy temprano, y destacó en varias batallas al servicio de la Corona, entre ellas las guerras de Navarra y la toma de Torrejón de Velasco, que le valieron el apodo de el Valiente. Fue miembro del Consejo de Enrique IV de Castilla y entre otros títulos se le confirió el de Señor de la Villa de Puñonrostro. Pedro tuvo ocho hijos, de los cuales Pedrarias es el tercero.

—Se podría afirmar, entonces, que Pedrarias nació en cuna de oro —comentó el Papa—. Muy hábil debió ser el abuelo que pasó en tan poco tiempo de judío converso a miembro de la nobleza y servidor de reyes.

—Así es, Vuestra Santidad, pero sin olvidar los méritos del padre de Pedrarias, que fue un militar distinguido sin ninguna mácula en su hoja de vida. Como os decía, Pedrarias fue su tercer hijo que, por ir detrás de los dos primeros, fue enviado desde niño como paje a la corte del rey Juan II. Desde muy temprano abrazó la carrera de las armas y durante el reinado de Enrique IV participó en la guerra de sucesión del reinado de Castilla. Luchó después junto a los Reyes Católicos contra los musulmanes en la toma de Granada y más tarde acompañó al cardenal Cisneros en sus campañas para la conquista de Orán y la toma de Bujía en el norte de África, donde por su valor fue ascendido a coronel de los Ejércitos Reales.

—El cardenal Cisneros era en esos días regente de la Corona española —comentó el Papa.

—Así es. Fue nombrado en 1504, después de la muerte de la reina Isabel, con ocasión de haberse ausentado de Castilla el rey Fernando.

—Recuerdo también que, precisamente por insistencia de la Corona española, en esos días el Vaticano le otorgó el cardenalato.

León X se había levantado para servirse un vaso de agua e invitó a Pedro Mártir a hacer otro tanto.

—Impresionante hasta aquí la hoja de vida de Pedrarias —comentó el Papa—. Nada hacía pensar que terminaría decapitando a su yerno. ¿Terminamos, entonces, con los orígenes y desempeños de Pedrarias antes de zarpar?

—Sí, salvo señalar que Pedrarias también es contino de la casa real y contrajo matrimonio con una dama segoviana, de mucha alcurnia, doña Isabel de Bobadilla y Peñalosa. El hecho tiene importancia, como más adelante veremos.

—Sí, las mujeres, sobre todo si son de carácter, pueden ejercer una influencia decisiva sobre los actos de sus maridos. Para bien o para mal.

Extrañado por el comentario, Pedro Mártir titubeó antes de continuar.

—Para terminar debo mencionar que, igual que a su padre, a Pedrarias le han endilgado varios apodos, derivados de las diferentes destrezas o mañas que ha exhibido a lo largo de su vida. El Galante, por sus vestimentas y frivolidades cortesanas; el Bravo, por su valor y fiereza en los combates, y el Gran Justador, porque casi siempre resultaba vencedor en las justas en las que participaba.

—Un individuo muy interesante el tal Pedrarias.

—Sin lugar a duda, Vuestra Santidad. Lo conozco personalmente por haber coincidido varias veces con él en actividades de la Corte. Sostuvimos

nuestra última conversación cuando faltaban pocas semanas para que zarpara hacia el Nuevo Mundo y puedo confirmar que es hombre de muchos bríos. Pero también os confío que no existe amistad entre nosotros.

El vicario de Cristo interrogó con la mirada al cronista de Indias antes de que regresaran a sus respectivas poltronas. Parecía evidente que una corriente de simpatía surgía entre ellos.

—Me temo, Vuestra Santidad, que sobre los orígenes y primeros años de Vasco Núñez de Balboa no hay mucho que decir. Su vida pública, si podemos llamarla así, comienza cuando decide embarcarse en la expedición de Rodrigo de Bastidas.

—Es comprensible que así sea, Pedro Mártir. Las circunstancias son las que determinan, en gran medida, el reconocimiento terrenal que brindamos a los seres humanos. Pedrarias Dávila habría ocupado un lugar en la historia de España, aunque Colón no hubiera descubierto el Nuevo Mundo. En cambio, Vasco Núñez de Balboa existirá en la historia solamente por haberse embarcado hacia ese Nuevo Mundo.

—Mejor no podría haberse explicado, Vuestra Santidad. Pero después de escribir mis *Décadas* he averiguado algunos detalles de los primeros años de Núñez de Balboa que ayudan a comprender su conducta de adulto. Puedo contaros que él vio la luz en 1475 en Jerez de los Caballeros, un pueblo de Extremadura próximo a la frontera con Portugal. Su padre, Nuño Arias de Balboa, es un hidalgo venido a menos. Desconozco el nombre de la madre, aunque se sabe que era oriunda de Badajoz. Vasco ha debido tener por lo menos un hermano mayor que él porque desde pequeño lo colocaron como criado en casa de Pedro Portocarrero, cabeza de la familia más rica y pudiente de Jerez de los Caballeros y alrededores. Y entre los hidalgos tal cosa nunca ocurre con los primogénitos, que permanecen junto a su padre en la casa familiar como futuros herederos. Los Portocarrero educaron a Vasco Núñez en letras, modales y armas, de aquí su fama de buen espadachín. Don Pedro era también señor de Moguer, ciudad en la que se ubica el puerto fluvial de Palos, del cual zarpó Colón en el viaje que lo llevó a descubrir un nuevo mundo, circunstancia que me hace pensar que es muy probable que el joven extremeño escuchara hablar de ese viaje antes de decidir embarcarse rumbo a su destino. Hasta aquí lo que he logrado averiguar del origen familiar de nuestro personaje.

—Si nació en 1475 tendría apenas diecisiete años en 1492, cuando Colón se embarcó en busca de la tierra de las especias —comentó el Papa—. Es, precisamente, la edad donde se comienza a soñar en serio.

—Y nueve años después Vasco Núñez se embarcaría hacia al Nuevo Mundo, Vuestra Santidad. Es decir, a los veintiséis años. Es a partir de ese momento cuando comienza su historia.

—Hablando de edades, ¿cuántos años contaba Pedrarias cuando zarpo para Tierrafirme?

Pedro Mártir meditó un momento antes de responder.

—La última vez que hablé con él fue a su regreso de las campañas en el norte de África, en 1512. Como ya mencioné a Vuestra Beatitud, poco después me lo topé antes de que zarpara para el Nuevo Mundo. Yo diría que para entonces Pedrarias contaría unos cincuenta años, bien llevados.

—A esa edad los eclesiásticos ya hemos comenzado a envejecer, pero no sé si ocurre igual con los militares. ¿Hacemos una pausa para tomar un refrigerio? He pedido que nos traigan algunas viandas.

Mientras comían, Pedro Mártir aprovechó el intervalo para preguntar al Papa sobre el gran Miguel Ángel, con quien se había tropezado esa mañana.

—Ah, Miguel Ángel, Miguel Ángel. Un gran artista, de los mejores, sin duda, pero ¡qué carácter, qué carácter! Esta mañana salió de aquí enojado porque insiste en que la fachada de la Basílica de San Lorenzo, que él construye en Florencia bajo los auspicios de mi familia, sea orientada de una forma que no conviene a los feligreses que asistirán al culto. Pero creo que lo puedo contentar ofreciéndole que diseñe, a su antojo, la nueva sacristía que requiere la basílica.

—¡Qué maravilla la época que vive Italia! En Florencia, en Roma, el arte brota por doquier —comentó Pedro Mártir.

—Es verdad, pero a pesar de tantas cosas bellas aún continúan las guerras, políticas y religiosas, que afectan no solamente a las repúblicas italianas, sino a la Iglesia que represento. Pero ese no es tema para ahora. Si estáis listo, continuamos, Pedro. ¿Me permitís llamaros así?

—Vuestra Santidad me dignifica llamándome por el nombre que me pusieron mis padres en honor del primer apóstol que ocupó la silla papal. Si os parece comienzo por narraros cómo llegó Vasco Núñez de Balboa al Nuevo Mundo, casi veinte años antes de que lo hiciera Pedrarias. ¡Y aquí sí hay mucho que contar sobre el de Jerez de los Caballeros!

Tres

—Vasco Núñez de Balboa —continuó Pedro Mártir— se había trasladado desde finales del siglo pasado a Sevilla, donde los descubrimientos y conquistas eran temas cotidianos que se discutían en hogares, iglesias, plazas y comercios. Su propósito, sin duda, era participar en la gran aventura iniciada por Colón y a la primera oportunidad se enroló como escudero en una expedición que preparaba Rodrigo de Bastidas.

—¿Bastidas, decís? ¿El mismo que acompañó a Colón en su primer viaje?

—El mismo, Vuestra Santidad. Y con Bastidas iba también Juan de la Cosa, el cartógrafo que aportó a la empresa de Colón su propia nave, Santa María, que además pilotó y fue la capitana de la expedición porque en ella navegaba el gran almirante.

—Parece que los grandes acontecimientos giran siempre alrededor de los mismos personajes —reflexionó León X.

—Los mismos valientes y soñadores que no rehúyen lo que les depara la divina providencia.

—Así es, Pedro. En buena compañía iba Balboa.

—La expedición de Bastidas zarpó de Cádiz en 1501 integrada por una nao, la Santa María de Gracias, una carabela, la San Antón, y un bergantín auxiliar. Luego de atravesar la mar océano, la pequeña flota arribó a la costa occidental de lo que entonces se conocía ya como el reino de Tierrafirme, por oposición a las ínsulas encontradas por Colón en su primer viaje. En ese viaje Bastidas descubrió, entre otros lugares, una acogedora rada, a la que nombró Santa Marta y, siguiendo por la costa hacia el poniente, la desembocadura de un gran río, que llamó Magdalena, y poco más adelante la hermosa bahía de Cartagena. Siempre costeanado llegó al Golfo de Urabá, que adquirirá importancia posteriormente en las aventuras de Vasco Núñez. En ese punto la exploración se vio interrumpida porque las naves fueron atacadas por la broma y Bastidas se vio forzado a poner proa hacia la Española sin concluir su recorrido por las costas de Tierrafirme.

—¿Atacadas por la broma? ¿A qué os referís? —preguntó el Papa, intrigado.

—La broma, nombre originalísimo, por cierto, es un gusano que se alimenta de madera y parece existir en abundancia en las aguas oceánicas próximas al Nuevo Mundo. Como consecuencia del ataque, solamente dos de las embarcaciones de Bastidas pudieron llegar a la Española. La otra, en la que navegaban Vasco Núñez, De la Cosa y el propio Bastidas, naufragó al sur de la isla, frente a la costa, lo que provocó la muerte de algunos tripulantes y la de todos los esclavos apresados en las guerras que habían librado contra algunas tribus de Tierrafirme. Bastidas, Vasco Núñez, De la Cosa y los demás sobrevivientes se vieron forzados a atravesar a pie toda la isla hasta llegar al asentamiento de Santo Domingo. En el camino combatieron con las tribus taínas, de las que tomaron prisioneros que les servirían de guías.

—¡Qué manera de comenzar Balboa su aventura en el Nuevo Mundo! Aunque debo suponer que en esos días la tragedia y las contrariedades no eran la excepción, sino la norma, y aquellos que se embarcaban para atravesar la mar océano en busca de fama y fortuna así lo esperaban. ¿En qué año andamos ahora?

—Vasco Núñez, Bastidas y De la Cosa llegaron a Santo Domingo en 1502, aunque no estoy seguro del mes. Lo que sí puedo informaros es que Bastidas fue puesto preso por orden del gobernador y enviado de vuelta a España.

—¡Válgame, Dios! Después de tanta zozobra acabar preso por orden de un representante del rey. ¿De qué lo acusaron?

Pedro Mártir hizo un gesto de displicencia.

—El acusador era el mismo gobernador, Francisco de Bobadilla, que un año antes había ordenado apresar al Gran Almirante de la Mar Océano para enviarlo encadenado a Castilla junto a sus hermanos Bartolomé y Diego Colón. Los acusaba de abuso de autoridad y de malos manejos de los bienes de la Corona. A Rodrigo de Bastidas lo culpó de haber adquirido oro de los indígenas que, desnudos y con prendas doradas cubriéndoles sus partes íntimas, habían entrado junto con él en Santo Domingo. Según el gobernador y representante de la Corona, la supuesta negociación se había hecho sin su autorización. En Castilla, la Corona absolvió prontamente a Bastidas de semejante acusación, igual que se había absuelto antes a Cristóbal Colón y a sus hermanos.

—Menos mal. ¿Y cuál fue el destino de tan iracundo gobernador?

—La Corona lo relevó del mando de la Española y poco después, en su viaje de regreso a España, pereció cuando la nave en que viajaba naufragó en medio de una gran tempestad.

—¿Justicia divina? —sugirió León X, y, sin esperar respuesta, volvió a preguntar—: Y nuestro Balboa ¿permaneció en Santo Domingo?

—Varios años, Santo Padre. Formó parte del ejército que llevó adelante las guerras de justificación en el resto de la isla hasta la pacificación de los indígenas. Como consecuencia se le otorgó...

—Detengámonos aquí, si no os importa. Alcanzo a ver que entre las nubes se muestran tímidamente unos rayos de sol y os invito a salir un momento a los jardines mientras me contáis acerca de esas guerras en las que participó Balboa. No creo que hagan falta los abrigos porque todavía el frío es soportable.

Los jardines que acogieron a León X y Pedro Mártir rivalizaban en esplendor con los interiores del palacio papal. Alineados en impecable armonía, los árboles vestían colores otoñales, alrededor de albercas que luego se tornaban en fuentes de imperturbable belleza.

—Es mi lugar favorito cuando necesito meditar —dijo el Papa—. Pero también lo es para seguir escuchándoos acerca de esas guerras que llamáis de justificación en las que intervino el futuro decapitado.

Pedro Mártir guardó silencio por un momento, confundido ante la muy áspera expresión que utilizaba el Papa para referirse a Vasco Núñez.

—El concepto de la justificación no se formalizó jurídicamente hasta el Consejo de Burgos de 1512, cuando los reyes se vieron obligados a actuar por las numerosas quejas de varios teólogos y eclesiásticos derivadas del maltrato que se dispensaba a los nativos del Nuevo Mundo. Surgieron así las ordenanzas de protección al indígena, que prohibían esclavizarlos y les otorgaban un mínimo de derechos, siempre y cuando se sometieran a la Corona y aceptaran el cristianismo como su religión. De no hacerlo y mantenerse infieles, se justificaban las guerras y su posterior esclavización. Aunque las ordenanzas emanadas de la Junta de Burgos, que obligaron a los conquistadores a requerir a los aborígenes su obediencia a los reyes y a los preceptos del cristianismo, no entraron a regir hasta 1512, ya desde la conquista de la Española las guerras de justificación se practicaban de hecho. A los soldados que se destacaban en esos combates se les premiaba otorgándoles tierra para cultivar y esclavos que la trabajasen. Vasco Núñez debió combatir bravamente porque, además de esclavos, recibió varias fanegas de buenas tierras en el extremo occidental de la Española, junto al mar, lugar que recibió el nombre de Sabanas de Salvatierra, siendo sabanas un vocablo indígena equivalente en español a la palabra llanos. Vasco Núñez, que conocía algo de puercos porque estos se criaban en abundancia alrededor

de Jerez de los Caballeros, estableció allá, con ayuda de sus esclavos, una gran porqueriza de la cual vivió cómodamente durante varios años hasta acumular una modesta fortuna. Pero la hacienda, muy expuesta al mar, fue barrida por un huracán y de ella nada quedó: ni la casa, ni los puercos, ni los esclavos. Los que no fallecieron huyeron hacia las montañas.

—He leído y escuchado hablar de huracanes, esos grandes ventarrones acompañados de intensas lluvias que al parecer son frecuentes por aquellos lares. ¿Habéis presenciado alguno?

—No, Vuestra Santidad, os confieso que nunca he pisado las tierras del Nuevo Mundo y a mis años ya no creo que lo haga.

—Es que describís tan bien lo que allá existe y ocurre...

—Por información que recojo de documentos oficiales, declaraciones, cartas, testimonios y, sobre todo, conversaciones con quienes sí han estado y vivido en el Nuevo Mundo. Podéis confiar en que todo lo que os he escrito y ahora os estoy contando es tan cierto como estos hermosos jardines por los que paseamos.

—Ninguna duda tengo, Pedro, ninguna. Seguid, seguid.

—De vuelta en Santo Domingo después del huracán, Vasco Núñez se enfrentó a la ruina total. Carecía de fondos para pagar a sus acreedores, que lo vigilaban de cerca para asegurarse de que el producto de cualquier negocio o trabajo que su deudor emprendiera sería destinado a pagar lo adeudado. Así las cosas, Vasco Núñez trató de embarcarse en alguna nave que lo condujese de vuelta a Sevilla o lo llevara a Tierrafirme, pero, perseguido y sin dinero, le resultaba sumamente difícil.

—Si recuerdo bien lo leído en una de vuestras epístolas, es cuando decide meterse en el barril —dijo el Papa, sonriendo—. Pero ya hoy se nos hace tarde así es que dejemos aquí el relato. Os advierto que para pasado mañana tengo preparada una sorpresa que estoy seguro os agradará.

—Cualquier gesto de Vuestra Beatitud será de mi mayor agrado.

—Hasta pronto, entonces, Pedro Mártir. Como mañana es domingo, y supongo que querréis decir o atender la misa, a las nueve habrá una en mi capilla privada. Si os interesa, Filipo puede pasar por vuestra habitación.

—Gracias, Santidad. Hace ya mucho tiempo que no oficio misa, pero sí quisiera atenderla para comenzar el domingo más cerca de Nuestro Señor.

—Muy bien, así será. ¿Podréis hallar sin problema el camino de regreso a vuestros aposentos?

—Seguro estoy de que sí. Y si me extravió disfrutaré aún más de tanta belleza que nos rodea.

—Entonces, mañana, después de la misa, continuaremos en el mismo salón a la misma hora.

Antes de que León X y el cronista de Indias se separaran, aparecieron Filipo de Lombardía y los acostumbrados uniformados para escoltar al Santo Padre.

La mañana siguiente, después de comulgar y de ingerir un desayuno ligero, Pedro Mártir, siempre guiado por monseñor de Lombardía, llegó al salón donde, con la puerta abierta, esperaba León X.

—Buenos días otra vez, Pedro. Espero que hayáis dormido y desayunado bien después de la misa porque nos espera un día intenso. Hoy domingo he decidido dedicar dos horas más a nuestra conversación para que cuando concluyamos estas reuniones podáis emplear vuestro tiempo en otros menesteres. No debéis iros de Roma sin visitar y conocer los lugares donde el arte se refleja aún con mayor despliegue que en este palacio. A propósito, ayer me olvidé de preguntaros ¿hasta qué día tenéis previsto permanecer con nosotros?

—He dormido muy bien, Vuestra Santidad, y después de oír misa y recibir la santa comunión tomé un desayuno muy reconfortante, así es que estoy presto a compartir el tiempo que sea necesario. Para responder a vuestra pregunta, de ser posible quisiera estar de vuelta en Valladolid unos días antes del 25 de diciembre para poder acompañar al rey Carlos en la celebración de la Natividad de Nuestro Señor. Mi presencia siempre es requerida en esa fecha y también el primer día del nuevo año, pero debo insistir en que mi tiempo está a vuestro mandar.

—Gracias, gracias, Pedro Mártir. Bien podremos extender las horas para asegurarnos de que zarpéis de Civitavecchia con la antelación necesaria para llegar a Valladolid y acompañar a vuestro rey en fechas tan importantes. ¿Vamos al episodio del barril?

—Gracias, Vuestra Santidad, vamos allá. Habíamos dejado a Vasco Núñez tratando de abandonar Santo Domingo para escapar de sus acreedores. La primera oportunidad que se le presentó fue la expedición que Alonso de Ojeda organizaba para ir a desempeñar en Tierrafirme el cargo de gobernador de Nueva Andalucía que le había sido conferido por los Reyes Católicos. Aquí conviene recordar que la Corona de Castilla había decidido dividir el reino de Tierrafirme en dos gobernaciones, una al poniente y otra al levante, partiendo de un punto medio en el golfo de Urabá. La que recorría la costa hacia el levante, la confirió a Alonso de Ojeda bajo el nombre de Nueva Andalucía y la que recorría la costa hacia el poniente, que llamó Nueva

Castilla o Veraguas, la confirió a Diego de Nicuesa. Vasco Núñez se ofreció y fue aceptado como parte de la milicia que acompañaría a Ojeda, pero los acreedores le impidieron abordar la nave. En apoyo de esta expedición seguiría algún tiempo después la del bachiller Martín Fernández de Enciso, que tras ocho años de ejercer como abogado en Santo Domingo había logrado acumular una no despreciable fortuna y a quien Ojeda había prometido la Alcaldía Mayor de su gobernación. Para evitar a los acreedores, Vasco Núñez decidió subir furtivamente a bordo de la nave de Enciso, para lo cual obtuvo la complicidad de su amigo, Bartolomé de Hurtado. Esa ayuda se hacía necesaria, además, porque el polizón pretendía viajar con su perro, que después se haría famoso entre los canes que arribaron con sus amos a las tierras recién descubiertas. Según ha contado uno de los navegantes que fue testigo del hecho, Leoncico, que así se llamaba el can, subió a bordo en compañía de Hurtado mientras Balboa lo hacía dentro de un gran barril, de los que normalmente se rellenan de harina.

—¡Mucho mejor iba el perro que el amo! —exclamó el Papa, al tiempo que se golpeaba un muslo y soltaba una risotada.

—Así es —rio también Pedro Mártir—, aunque lo peor estaba aún por ocurrir. La expedición partió en septiembre de 1510 y luego de un día de navegación Balboa emergió del barril y fue a ofrecer sus servicios al bachiller Enciso, quien, sin detenerse a escucharlo, ordenó abandonarlo en la primera isla que encontraran como castigo por haberse embarcado como polizón, delito que en la mar se reputa como muy grave. Al parecer se hallaban cerca de un islote desierto y el piloto recibió la orden de enrumbar hacia allá la nave. Pero, liderados por Hurtado y por algunos extremeños coterráneos de Balboa, la tripulación en pleno fue a pedir a Enciso perdón para el furtivo. Tras varias negativas, Enciso accedió finalmente a incluirlo como parte de la tripulación a cambio de que realizara trabajos extraordinarios durante la travesía. La nao y el bergantín de Enciso pusieron proa hacia el golfo de Urabá donde debían encontrarse con el gobernador Ojeda. Pero, al acercarse a la costa, cerca de Cartagena, divisaron uno de los bergantines de Ojeda, a cuyo mando iba Francisco Pizarro, quien, luego de expresar su gran alegría por encontrarles, les refirió las penurias que habían pasado desde su arribo a tierra firme. —El cronista meditó un instante—. Si Vuestra Santidad me lo permite, quizás pueda tomarme un momento para relatarle la tragedia de Alonso de Ojeda, a la que debo sumar la de Juan de la Cosa. Aunque estos episodios no fueron incluidos en mis crónicas originales, conozco muy bien

los detalles por conversaciones que sostuve con varios de los tripulantes que lograron regresar a España.

—Recuerdo haber leído sobre Ojeda y De la Cosa en vuestras cartas, pero mi memoria no ha retenido mayores detalles.

—Seré breve, Vuestra Santidad. Debo comenzar advirtiéndole que Alonso de Ojeda fue un conquistador muy audaz que desde 1493 había participado en el segundo viaje de Colón a las Indias. Cuatro años más tarde, en 1497, logró romper el monopolio que sobre viajes al Nuevo Mundo mantenía la familia de Cristóbal Colón y recibió una capitulación de la Corona para explorar la tierra firme, expedición que llevó a cabo en compañía de Américo Vesputio y de Juan de la Cosa. Después de recorrer las costas orientales y hacer algunas entradas contra los aborígenes, regresó a España donde terminó preso acusado de no haber cumplido con la entrega del quinto real a la Corona, cargo del cual sería absuelto. Tres años después, gracias a sus experiencias previas en el Nuevo Mundo y a las influencias de su protector, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, logró el nombramiento de gobernador de Nueva Andalucía, al que nos hemos referido.

—Realmente, un individuo persistente.

—Y, como ya dije, audaz. En su viaje hacia el golfo de Urabá para ejercer el cargo de gobernador, arribó primero a la bahía de Cartagena, donde bajó a tierra para someter a algunos indígenas costeños que poseían mucho oro.

—No hemos hablado casi del tema —interrumpió el Papa— pero ¿convenís en que el oro era el principal propósito que empujaba a los conquistadores?

—Así es y, ¿por qué no decirlo?, también el beneficio que producía la esclavitud de los indígenas sometidos, que valían tanto como el oro. Pero justo es reconocer que, si bien los Reyes Católicos apreciaban el oro y demás riquezas que salían de las tierras recién descubiertas, sus planes fueron concebidos, con la bendición papal, alrededor de la evangelización de los nuevos paganos y el establecimiento de ciudades y villas similares a las de España. Ciertamente es que desde el descubrimiento de la Española, Colón había quedado fascinado con el oro allí encontrado, aunque fueron los conquistadores que vendrían después de él quienes realmente padecieron más agudamente de la ambición desmedida de riquezas.

—Bien dicho, Pedro Mártir, bien dicho. Además, tanto distaba Castilla del Nuevo Mundo que resultaba imposible para los Reyes Católicos vigilar lo que allende los mares hacían sus súbditos.

—Así es, Vuestra Santidad. Siguiendo con mi relato, animado Ojeda por información recibida de los recién sometidos indígenas acerca de la riqueza aurífera de otro poblado más importante, llamado Turbaco, marchó cuatro leguas tierra adentro en su busca. Recién iniciado el combate en la periferia del poblado, sintieron los conquistadores, por primera vez, el efecto de las flechas envenenadas, principal defensa de esos aborígenes. Gracias a ellas y a la habilidad con la que los nativos manejaban sus arcos, las huestes de Ojeda fueron masacradas. Su lugarteniente, Juan de la Cosa, el mejor cartógrafo de la Corona española, cayó herido de muerte con más de una docena de flechas envenenadas clavadas en su cuerpo. Ojeda, que tenía fama de ser un hombre muy ágil, pudo escapar de la masacre y, en compañía de Pizarro, a quien nombró su nuevo lugarteniente para remplazar a De la Cosa, logró llegar a su destino en el golfo de Urabá, donde en la costa oriental fundó la pequeña fortaleza de San Sebastián. Enterado de que los indios de la región poseían mucho oro, fue tras ellos y en el primer encuentro cayó herido en la pierna por una flecha envenenada. Para sanar de la pierna herida y averiguar la suerte corrida por el bachiller Enciso, Ojeda se embarcó de vuelta a la Española. La nao que lo llevaba encalló en la costa oriental de la isla de Cuba, la cual hubo de recorrer a pie, herido y con grandes penurias, hasta que finalmente, en una carabela enviada providencialmente por el gobernador de Jamaica, pudo embarcarse rumbo a la Española. Allí ingresó a la orden de los franciscanos y poco tiempo después murió a consecuencia del flechazo recibido en Urabá, sin un maravedí y sin haber vuelto a saber de Enciso ni del destino de su fallida gobernación.

—Como en toda aventura humana, en la de Ojeda hay lecciones que aprender —sentenció León X—. Pero, explicadme ¿cómo fue que apareció Pizarro en las costas de Cartagena?

—Francisco de Pizarro había permanecido con cincuenta hombres a cargo de San Sebastián de Urabá, con instrucciones de Ojeda de abandonar el poblado en caso de que él no regresara con ayuda dentro de los próximos dos meses. Asediado siempre por los indígenas, al expirar el plazo Pizarro zarpó con todos sus hombres en dos bergantines con la esperanza de encontrar la expedición de Enciso y, en caso de no lograrlo, continuar rumbo a la Española. Uno de los bergantines naufragó, pero la providencia quiso que el otro, en el que iba Pizarro, se topara con las naves de Enciso cerca del golfo de Cartagena. Allí volvieron a verse las caras los extremeños Pizarro y Balboa, quienes seguramente ya se habían conocido años antes en la Española. Después de relatar lo ocurrido en Turbaco y en San Sebastián,

Pizarro rogó a Enciso desistir de seguir hacia Urabá, pero el bachiller, consciente de su deber como alcalde mayor, insistió en poner proa rumbo a su destino original con la esperanza de encontrar allí al gobernador Ojeda. En la entrada del golfo, la nave en la que viajaba Vasco Núñez naufragó y se perdieron gran parte de los bastimentos y de los animales que traían para el desarrollo de la recién fundada población. Al desembarcar en San Sebastián encontraron que la fortaleza y las treinta viviendas levantadas por los españoles habían sido destruidas y quemadas por los indígenas. Fue así como, luego de contratiempos y peripecias, en el año del señor de 1510, arribó Vasco Núñez de Balboa al Darién, donde permanecería el resto de su trunca vida. —Pedro Mártir colocó sus papeles en la mesita antes de proseguir—. Tocaría ahora relatar cómo, cuatro años más tarde, llegaría Pedrarias Dávila al mismo golfo de Urabá por el que entró Balboa a tierra firme, pero, si Vuestra Santidad está conforme, tal vez convenga, para claridad del relato, que continuemos con la saga de Balboa y retomemos después la llegada de Pedrarias.

—Vos decidís, Pedro. Si os parece, continuaremos mañana en este mismo salón. Pero antes Filipo pasará a recogeros para que yo pueda mostraros la sorpresa que tengo reservada. Os pido que estéis listo a las siete y media, en ayunas.

—Gracias, Santo Padre. Hiervo en deseos de conocer de qué se trata.

Cuatro

La mañana siguiente, poco antes de las siete y media, monseñor Filipo de Lombardía guio a Pedro Mártir hasta una de las puertas laterales del palacio donde aguardaba un coche.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —quiso saber Pedro Mártir, mientras se acomodaban.

—El Santo Padre me ha pedido no revelarlo. Se trata de una sorpresa —respondió el secretario evasivo y sonriente.

Pedro Mártir también sonrió y se dispuso a disfrutar el paseo.

—Veo que se están derribando muchas casas —comentó, mientras miraba por la ventana.

—Así es, excelencia. En su lugar se levantarán edificios muy hermosos, mucho más dignos de esta ciudad que estas casas antiguas y arruinadas que datan del medioevo. Cuando lleguemos al otro lado del río podréis observar algunas de las nuevas construcciones.

El coche cruzó el Tíber por el puente de San Ángel, dobló luego a la derecha en la amplia avenida que orillaba el río y Pedro Mártir pudo comprobar que Filipo de Lombardía no exageraba: en ambos márgenes cientos de trabajadores levantaban edificaciones de gran tamaño y hermosa arquitectura. Más adelante, el coche dobló a la izquierda hacia la Vía Vaticana, al final de la cual se observaba una inmensa estructura en construcción que culminaba con el esqueleto de una gran cúpula.

—Cuando la construcción que contempláis esté terminada, será la nueva Basílica de San Pedro, para lo cual faltan muchos años —explicó el secretario papal.

—¿Qué le ocurrió a la basílica original? Recuerdo haber orado ahí varias veces durante los años que viví en Roma.

—La original, construida por el emperador Constantino en el siglo IV, se hallaba muy deteriorada. Hace catorce años, el Papa Julio II ordenó remplazarla y encomendó la obra al famoso arquitecto Donato Bramante quien, luego de derruir la original, comenzó la construcción de una basílica enteramente nueva, diseñada por él. Pero Bramante falleció hace seis años y

ahora el encargado de la obra es Rafael, que por cierto se encuentra muy enfermo. El Papa está consultando a otros arquitectos, entre ellos a Miguel Ángel, a quien os topasteis recientemente saliendo del salón de los relatos. Me temo que pasarán muchísimos años antes de que se pueda celebrar una misa en la nueva Basílica de San Pedro.

—Es lo que normalmente ocurre con todas las grandes iglesias y catedrales. Se construyen pensando en la eternidad más que en el futuro.

Antes de llegar a la plaza donde se construía la basílica, el coche dobló ligeramente a la derecha y casi enseguida los caballos se detuvieron. Frente a un edificio cuadrado, de varios altos pero sin mayor atractivo, esperaba León X en compañía de los acostumbrados guardas de uniforme.

—Buenos días, Vuestra Santidad —saludó Pedro Mártir con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, Pedro Mártir. Venid conmigo por favor.

El Papa y su comitiva caminaron hasta llegar frente a la enorme doble puerta que daba acceso al edificio.

—Os suplico cubriros los ojos mientras entramos a este recinto. Es lo que siempre pido a los primeros visitantes.

Entre perplejo y curioso, Pedro Mártir se tapó los ojos con la mano derecha mientras Filipo de Lombardía le servía de lazarillo. Caminaron unos treinta pasos hasta que León X exclamó:

—¡Ya podéis mirar!

Pedro Mártir retiró la mano, abrió lentamente los ojos y quedó sin habla. Desde las paredes hasta la bóveda, toda la nave estaba cubierta de hermosas pinturas cuyos colores resaltaban aún más a la luz de la mañana que entraba por los amplios y altos ventanales.

—¡Jamás habían visto mis ojos belleza igual! —exclamó—. Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir para contemplarla y al Sumo Pontífice por traerme aquí esta inolvidable mañana de noviembre.

—Era la sorpresa que os quería mostrar, Pedro, la Capilla Sixtina, —dijo León X, muy animado—. Los tapices que veis en la pared de la derecha son de Rafael, los frescos de los muros opuestos son de Botticelli, Signorelle, Rossellini, Cosimo y Perugino, todos pintores excelsos. Los frescos de la bóveda son, por supuesto, de Miguel Ángel, el más grande de todos los artistas que he acogido bajo mi protección.

—Pero ¿cómo hizo Miguel Ángel para pintar figuras tan majestuosas a semejante altura?

—El hombre, además de un genio, es un trabajador insigne... cuando se siente a gusto. Él mismo diseñó un enorme andamio y durante cuatro años estuvo allá en lo alto, acostado boca arriba, pintando esas escenas que representan el *Génesis*, la relación de Dios con el hombre y la caída en desgracia de la humanidad. Durante vuestra estadía estáis autorizado para visitar este sitio, deleitaros y escribir lo que queráis. Monseñor Filippo es un conocedor insigne de todo lo que veis aquí en el Vaticano y también de las obras de arte que adornan el palacio papal y sus jardines. Yo tuve la dicha de que la obra de Miguel Ángel estuviera terminada en el año del señor de 1512, uno antes de mi elevación a Papa. El cónclave en el que fui electo se celebró en esta misma capilla, bajo la mirada de todos los personajes surgidos de los pinceles de Miguel Ángel, de Rafael y de los demás artistas.

—¡Qué maravilla, qué maravilla! Debo confesar que presenciar esta joya me hace sentir más cerca de Dios.

—Y para que os acerquéis aún más, ahora os invito a que me asistáis en la misa que oficiaremos en esta misma capilla. Como podéis observar —añadió León X, mientras se aproximaban al altar—, el muro de fondo está todavía desnudo a la espera de que Miguel Ángel decida aceptar el encargo de pintarlo.

—¿Y qué puede impedírselo?

—El carácter endemoniado que lo distingue. Pero creo firmemente que, tarde o temprano, su arte se proyectará también aquí.

Luego de una misa sin mayores solemnidades, el Papa invitó a Pedro Mártir a regresar al palacio para compartir el desayuno en el mismo salón que venía sirviendo de testigo a los relatos del cronista de Indias. Después de ingerir exquisitos manjares y de ahondar en la genialidad de Miguel Ángel, ambos volvieron a acomodarse en sus respectivas poltronas frente al ventanal.

—Al concluir ayer vuestro relato dejasteis a Balboa en el golfo de Urabá, en compañía de Enciso.

—Así es, Vuestra Santidad. Desde allí daría su primer paso rumbo a la historia. A pesar de las protestas en contra, entre ellas la de su lugarteniente Pizarro, Enciso decidió permanecer en San Sebastián, tratar de reconstruir el poblado y así poder ejercer su gobernación. Al principio todo marchaba bien porque en las proximidades encontraron una gran cantidad de jabalíes que les proporcionaron carne de buen gusto y valía. Descubrieron, además, los frutos de unas palmas que crecían cerca de la costa, de los que extraían sustento y agua muy dulce. Pero cuando los jabalíes comenzaron a escasear, Enciso dispuso ir a reconocer los alrededores al mando de cien hombres, entre los

que seguramente marcharía Vasco Núñez. Luego de penetrar en la selva se encontraron con unos pocos indios desnudos que comenzaron a dispararles flechas con asombrosa precisión. Tras de herir a varios, los aborígenes desaparecieron en la espesura y muy pronto los españoles se percataron de que la punta de las flechas contenía una sustancia venenosa que causó la gravedad y, en algunos casos, la muerte de varios de los heridos.

—Recuerdo que dos cosas llamaron mi atención cuando leí este episodio en las cartas que me enviabais —intercaló el Papa—. Primero, la existencia de jabalíes en el Nuevo Mundo, iguales a los que tenemos por acá. Y segundo, un tema del que ya habéis hablado antes: el uso de flechas envenenadas por parte de los aborígenes. Algo muy ingenioso que, a mi saber, nunca se ha utilizado en Europa y supone conocimientos naturales profundos. ¿Conocéis cómo lo hacían?

—Los jabalíes son muy similares a los nuestros, aunque algo más pequeños. Sobre el veneno, os confirmo que el arco y la flecha y, en algunos casos, los dardos de la cerbatana, son el principal instrumento de combate de los nativos. Pero, como veréis más adelante, no todas las tribus conocen el uso del veneno para hacer más mortíferas las flechas. Las que sí lo utilizan lo extraen de plantas cuyo jugo y sedimentos aplican en las puntas. Se cree que algunas tribus, más sofisticadas, han llegado a conocer y a utilizar también como veneno extractos de ciertos animales, principalmente batracios muy pequeños.

—Serán salvajes, pero no tontos —comentó León X.

—De acuerdo, Vuestra Santidad. La inteligencia de los naturales es algo que me han confirmado varios de los nuestros que interactuaron con ellos más allá de la guerra. Si os parece, continúo.

—Adelante, adelante, Pedro.

—De regreso en San Sebastián, Enciso reunió a sus hombres para decidir qué hacer. Conscientes de la peligrosidad del enemigo y de que no podían permanecer más tiempo en aquel sitio, discutían hacia dónde dirigirse cuando pidió la palabra Vasco Núñez. —Pedro Mártir hizo una pausa antes de continuar—. Conviene describir aquí, porque todavía no lo he hecho, la figura del descubridor de la Mar del Sur. Según se me ha informado por quienes lo conocieron y trataron personalmente, Balboa era un hombre de buena estatura, fornido sin ser grueso, de cabello rojizo y ojos claros. Hablaba pausadamente y sus palabras inspiraban confianza a sus interlocutores. En la reunión convocada por Enciso para decidir el rumbo a seguir, Vasco Núñez tomó la palabra para referir que había estado antes en el golfo de Urabá, como

miembro de la expedición liderada por Rodrigo de Bastidas, y que recordaba que al otro lado del golfo, hacia el poniente, había una población indígena que sembraba en buenas tierras, bordeadas por un río de aguas claras y profundas. Lo más importante, añadió, es que las tribus de aquella orilla no envenenaban sus flechas por lo que sería más fácil combatirlos. —El cronista volvió a hacer un alto en el relato—. Os debo recordar que el punto medio del golfo de Urabá marcaba el límite entre la gobernación de Nueva Andalucía, que comprendía la costa de Tierra firme hacia el levante, otorgada por el rey a Ojeda, y la de Nueva Castilla, otorgada a Nicuesa, que partía del mismo punto hacia el poniente. O sea que, al cruzar el golfo hacia la orilla opuesta, Enciso estaría invadiendo una jurisdicción que no le pertenecía y, por ende, incurriendo en una acción criminal ante los ojos de la Corona. Pero aquello no fue óbice para que siguiera la recomendación de Vasco Núñez, cuyo liderazgo en aquellas regiones del nuevo mundo comenzaba a surgir.

—Y quedaba relegado el de Enciso, quien le había perdonado la vida cuando emergió del barril.

—Es así, Vuestra Santidad, y como consecuencia surgió la rivalidad entre ambos. Pero en ese momento de incertidumbre, Enciso se vio obligado a seguir la recomendación del de Jerez de los Caballeros. En los dos bergantines de que disponían, cuya capacidad como sabéis es muy limitada, se embarcaron los noventa soldados mejor dispuestos para el combate, mientras el resto permanecía en San Sebastián esperando a que regresaran por ellos. Desde la costa, los nativos divisaron el velamen de las naves y mientras se preparaban para la guerra enviaron a los niños y a las mujeres a esconderse en los cerros aledaños al poblado. Al desembarcar, los hombres de Enciso, sevillanos en su mayoría, conscientes de la superioridad numérica de los indígenas, se arrodillaron para implorar la protección de Santa María de la Antigua, patrona de Sevilla, y prometer que de resultar triunfadores levantarían en ese sitio una capilla en su honor. Tan pronto comenzaron las hostilidades, los españoles se percataron de que, tal como afirmara Balboa, las flechas que disparaban los aborígenes no eran ponzoñosas. Animados por esta realidad y por la superioridad de sus arcabuces, lanzas, espadas, escudos y ballestas, atacaron con gran empuje, obligando al enemigo a huir hacia las montañas. En este combate también intervendrían los perros traídos por los españoles, casi todos mastines, entre los que se encontraba el de Balboa, Leoncico, que tiene ganado su renglón en la historia. Aquellos canes eran verdaderos soldados por quienes sus amos recibían, como pago por su

participación en los combates, los mismos emolumentos que un balletero, es decir, media vez más que el común de los soldados.

—Cuando leí vuestras cartas me pareció fascinante la participación de perros en la conquista del Nuevo Mundo y más aún saber que se les recompensaba como verdaderos soldados. Aparte del can de Balboa, ¿hubo algún otro que hiciera historia?

—También a mí, que tengo gran apego a mis perros falderos, me llamó la atención el papel que los canes desempeñaron en la conquista y por ello me propuse profundizar en el tema. Los aborígenes del nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón solamente conocían un perro pequeño y mudo, verdaderos animales domésticos conocidos como gozques. No ladraban, acompañaban siempre a sus amos y en caso de extrema necesidad servían como alimento. No fueron pocos los españoles que saciaron su hambre con estos canes que, según algunos, tenían el gusto de un cabrito. En cambio, los perros traídos de Castilla, en su mayoría mastines, lebreles y alanos, parados sobre sus dos patas traseras alcanzaban en tamaño a cualquier indígena. Su ladrido era muy potente, igual que su mordida, y su ferocidad espantaba al más valiente. En los combates solían marchar al frente de la tropa, con collares de púas de los cuales iban sujetos por sus amos hasta que llegaba el momento de soltarlos al inicio de la batalla. Al ver semejantes monstruos que vociferaban mostrando sus amenazantes colmillos, los aborígenes huían despavoridos tratando de escapar de las mortales mordidas. Entre esas fieras hasta hoy la más famosa ha sido sin duda Leoncico, no solamente por haber pertenecido al descubridor de la Mar del Sur, sino por su fiereza ante el enemigo. Para responder a vuestra pregunta, no conozco de otro can que se destacara en combate, aunque de seguro los hubo.

—Verdaderamente increíble, Pedro Mártir. Como habréis podido observar, ni en este palacio ni en sus jardines hay canes. Tal vez, cuando termine mi misión como Vicario de Cristo, consiga alguno para llevar como compañía a mi Florencia natal, donde pienso pasar mis últimos años. ¿Cuál recomendáis?

—Yo prefiero los blanchetes, Vuestra Santidad. Los hay oriundos de Bolonia, que son pequeñitos y muy amorosos.

—Os tomaré la palabra, Pedro —dijo el Papa, complacido—. Pero continuad, por favor.

—En el poblado recién conquistado encontraron los españoles una buena variedad de comestibles que les permitieron saciar el hambre. Al día siguiente, mientras los bergantines regresaban a San Sebastián para traer los

sesenta y cinco soldados que allá habían quedado, el resto de los hombres, bien nutridos y descansados, salieron al mando de Enciso a reconocer el territorio que circundaba el poblado. Caminaron río arriba y fue mucha su alegría cuando, en unos cañaverales cercanos a la orilla, descubrieron artefactos y ornamentos de oro, además de otros enseres, que los indios habían escondido antes de la batalla.

—Y, si os puedo preguntar, Pedro Mártir, mientras todo esto ocurría, ¿qué hacía Pedrarias en España? —quiso saber León X.

—Para decirlo muy claramente, Pedrarias buscaba la manera de utilizar su influencia y sus méritos militares para lograr que la Corona lo enviara como gobernador a Tierrafirme. Ese nombramiento había recaído sobre Diego del Águila, otro militar distinguido en varias batallas, quien, al no aceptar el cargo, abrió la puerta para que, finalmente, en julio de 1513, Pedrarias fuera designado gobernador de Castilla del Oro, gracias a la influencia de su protector, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, hacedor de todos los asuntos indianos.

—Muchas ganas tendría de viajar al Nuevo Mundo el señor Pedrarias. Supongo que porque ya sabía que abundaban el oro y las oportunidades de alcanzar fama y fortuna.

—Pedrarias, Vuestra Santidad, era un militar muy audaz y aventurero, que no rehuía enfrentamientos con el destino, sino más bien los buscaba. Pero todavía pasaría un tiempo antes de su arribo al Nuevo Mundo. Mientras tanto, en el asentamiento arrebatado a los indios, Enciso y su gente comenzaban a ser presa de la fiebre de oro e iniciaron exploraciones para averiguar de dónde sacaban los indios el metal precioso con el que se adornaban. En eso estaban cuando, en son de paz, se presentó el cacique de la tribu vencida, Cémaco, a pactar con los invasores a cambio de que le permitieran regresar a sus tierras. Lo primero que los españoles le exigieron fue revelar dónde se encontraban las minas de oro y como Cémaco se rehusara a responder, lo sometieron a torturas. El cacique logró escapar y desde entonces se convirtió en un enemigo permanente de los intrusos españoles. Enciso bautizó el poblado con el nombre de La Guardia e hizo uso de su autoridad para dictar normas que disgustaron mucho a sus hombres. Entre otras, estableció la pena de muerte para cualquiera que negociara con el oro sin su autorización y se negó a repartir el que habían arrebatado a los indígenas, alegando que tal reparto le correspondería hacerlo a su jefe, el gobernador Ojeda, cuando regresara a Urabá. Balboa, que ya poseía cierta fama por haber guiado a sus compañeros de armas hacia un lugar seguro, decidió aprovechar la falta de habilidad

política de Enciso para minar su autoridad. Comenzaba la colonia a venir a menos por falta de alimentos y por el acoso permanente de los indígenas, cuando, providencialmente, arribaron al Darién dos carabelas bajo el mando de Rodrigo de Colmenares, quien había sido designado por Diego de Nicuesa como su lugarteniente y futuro alcalde de Nueva Castilla, la otra gobernación de Tierrafirme. Venía costearo rumbo al poniente en busca de su jefe del que nada se había sabido después de que zarpara de la Española. Cuando Colmenares llegó al poblado de La Guardia, no encontró a Nicuesa, sino a un grupo de compatriotas asediados por el hambre y la enfermedad. Antes de seguir viaje, repartió parte de sus provisiones y medicamentos, que no solamente ayudaron a sobrevivir a los que allí vivían, sino que granjeó simpatías para su jefe y gobernador en cuya busca andaba. —Pedro Mártir hizo un alto en la narración—. Creo oportuno referir a Vuestra Santidad algunas consideraciones sobre este Nicuesa, uno de los más infortunados conquistadores que hasta ahora recuerda la historia.

—Exceptuando a Balboa —comentó el Papa, con cierta ironía.

—Tal vez tras terminar mi relato, Vuestra Santidad estará en capacidad de juzgar mejor —ripostó, también irónico, Pedro Mártir—. Nicuesa había partido de la Española con cuatro naos y setecientos hombres. Frente a la costa de Veraguas, al occidente de su gobernación, tuvo una disputa con el piloto de su flota, López de Olano, a quien obligó a trasladarse a otra nave. Sin tanta experiencia como su piloto, Nicuesa perdió el rumbo y luego de mil incidentes y de combatir a los aborígenes en desventaja numérica, acabó naufrago en una isla desolada, ubicada al occidente de Veraguas, lejos de la costa. Cuando López de Olano llegó a rescatarlo, se encontró con un cuadro desgarrador: Nicuesa y los pocos hombres que permanecían con vida andaban como animales, en cuatro patas, comiendo hierba por falta de fuerzas para poder siquiera ponerse en pie. Una vez recuperado, Nicuesa emprendió el regreso y llegó a la bahía de Portobello, de cuya belleza tanto ha dicho Colón. Allí desembarcó con el propósito de establecer un poblado, pero los nativos del lugar lo obligaron a huir y nuevamente levó anclas hacia el oriente hasta que dio con una buena bahía cuya costa se hallaba deshabitada. Con los pocos hombres que le quedaban, desembarcó y levantó una fortalecilla a la que denominó Nombre de Dios, lugar donde lo encontraría finalmente Colmenares después de zarpar de La Guardia. No era menos trágico el cuadro que presencié su lugarteniente: de los setecientos hombres que habían zarpado de la Española, solamente quedaban vivos sesenta, casi todos enfermos y próximos a morir de hambre. Para no perecer se habían comido

todo lo que se movía, incluyendo varios perros sarnosos y abandonados. Enterado de la existencia de una población bien asentada dentro de su jurisdicción en el golfo de Urabá, en la que regía Enciso, lugarteniente de su rival Ojeda, Nicuesa zarpó de Nombre de Dios y tan pronto arribó a La Guardia hizo valer su condición de gobernador, advirtiéndole a la población que tomaba posesión del poblado, y demandó que le fuera entregado todo el oro que hasta ese momento se hubiera recogido. La buena voluntad ganada entre los vecinos del lugar gracias al gesto de su lugarteniente Colmenares se tornó en repudio generalizado y luego de reñir inútilmente con Enciso y con Balboa, que ya lideraba una de las facciones que pretendían controlar la nueva colonia, Nicuesa fue obligado a abandonar el Darién. Antes de embarcarse expresó que zarparía rumbo a la Española para lograr que las autoridades reales le devolviesen la autoridad perdida, ignorante de que para ese momento la Corona había dispuesto que la villa de La Guardia, o del Darién, como era conocida, no estaría ya bajo su jurisdicción, sino que permanecería dentro de los límites de la gobernación concedida a Ojeda. La nave en la que zarpó Nicuesa no llegó a la Española y nunca más se supo de él. Este incidente motivó que algunos años más tarde Vasco Núñez fuera acusado por Pedrarias de la muerte de Nicuesa por haberlo obligado a embarcarse en una nao no apta para navegar.

—Muy desafortunado en verdad el pobre Nicuesa. ¡Cuántas tragedias similares habrán ocurrido sin quedar registradas en las páginas de la historia! Pero me guardo el veredicto sobre quién fue más desgraciado, si él o Balboa, hasta no escuchar el final de vuestro relato.

Pedro Mártir de Anglería esbozó una leve sonrisa antes de continuar.

—Me permitiré recordároslo, Vuestra Santidad. Volvamos, entonces, a Vasco Núñez. Después de la partida de Nicuesa, los primeros habitantes españoles asentados en el Darién, liderados por el capitán extremeño, se plantearon la necesidad de organizar un cabildo abierto para elegir autoridades. Dos grupos principales se disputaban el poder: quienes apoyaban al bachiller Enciso, que ahora, como lugarteniente de Ojeda, se consideraba a sí mismo la autoridad por mandato real, y aquellos que apoyaban al nuevo líder, Vasco Núñez de Balboa, representante del poder popular, a quienes se habían sumado también los partidarios de Nicuesa. El cabildo abierto se celebró sin inconvenientes, resultando elegido como alcalde primero Vasco Núñez de Balboa. El resto del Consejo que gobernaría La Guardia quedó integrado por el segundo alcalde, un tesorero, cuatro regidores y un alguacil mayor, todos pertenecientes a la facción de Vasco Núñez, incluido Bartolomé

de Hurtado, el amigo que lo había ayudado a esconderse en la nave de Enciso, quien ocupó el cargo de alguacil. Otros dos amigos fieles, Martín Zamudio y Juan de Valdivia, fueron electos segundo alcalde y regidor, respectivamente. De nada valieron las protestas de Enciso, que seguía insistiendo en que era él quien representaba la autoridad legítima, aunque nunca logró mostrar ningún documento que acreditara su condición de alcalde mayor y lugarteniente del desaparecido gobernador Ojeda. Tan violentos se tornaron los reclamos de Enciso que terminó encadenado y en prisión, de la cual lo liberó Vasco Núñez a condición de que abandonara el Darién. En la misma carabela en la que zarpó Enciso rumbo a Santo Domingo, Balboa envió a Zamudio y a Valdivia en busca de la ayuda y mercedes que requería la nueva colonia. También los instruyó para solicitar al entonces virrey, Diego Colón, que lo nombrara en el cargo de gobernador interino del Darién en sustitución de Ojeda y que dicho nombramiento fuera enviado a Castilla para ser ratificado por la Corona, misión que Zamudio se comprometió a cumplir.

—¿Sería justo decir —preguntó el Papa— que la de Balboa fue la primera elección popular llevada a cabo en el nuevo mundo?

—Con seguridad fue el primer cabildo abierto y el primer consejo elegido popularmente en tierra firme, pero debo aclarar que desconozco lo ocurrido en los territorios insulares a los que primero arribó Colón.

—Y también fue Balboa el primer alcalde electo por el pueblo y ratificado posteriormente por el monarca; el primer político, si se quiere —remarcó León X, con cierto sarcasmo.

—No lo había visto de esa manera, pero Vuestra Santidad tiene razón. Debo asegurarnos, sin embargo, que la política había surgido en el Nuevo Mundo desde el momento mismo del descubrimiento. A manera de ejemplo, a pesar de que a Cristóbal Colón la Corona le había concedido el título de Gran Almirante de la Mar Océano y gobernador de Tierrafirme, la misma Corona, influida por políticos cortesanos, no tuvo ningún reparo en designar, posteriormente, a Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa como gobernadores de Nueva Andalucía y de Veraguas, que formaban parte de Tierrafirme. Se violaba así, de manera evidente, la concesión previamente otorgada a Cristóbal Colón, tal como lo denunciaría más tarde su hijo Diego.

—Razón tenéis, Pedro Mártir. Lamentablemente, la mala política ni siquiera respeta a la Iglesia de Cristo. Ya veis lo que ocurre hoy con la rebelión de Martín Lutero, cuyas noventa y cinco tesis no son más que la manifestación política de un monje insignificante que quiere escalar a Papa sin merecer siquiera ser diácono. Afortunadamente, ya estamos terminando de

resolver ese enojoso asunto. Pero no me dejéis distraeros con mis comentarios, continuad, continuad.

—Antes debo recalcar que no era el poder lo único que motivaba los movimientos políticos de quienes se disputaban el mando en Tierrafirme. Varias veces en nuestra conversación ha salido a relucir otro motivo: la búsqueda de la riqueza, representada principalmente por el oro. En el Darién, las improvisadas e intermitentes incursiones contra los indígenas habían permitido recoger una cantidad no despreciable del codiciado metal. Con Zamudio y Valdivia, Balboa envió a Santo Domingo mil quinientos pesos oro, correspondiente al cuarto que se reservaba la Corona de las ganancias obtenidas por los conquistadores en el Nuevo Mundo. Nada mal para unas primeras entradas contra los nativos, plenas de improvisaciones, contrariedades y tragedias.

—Sí, Pedro Mártir, casi siempre detrás de la búsqueda del poder se esconde el interés de engrandecer las fortunas de quienes lo practican como una forma de vida.

—Coincido plenamente con Vuestra Santidad —dijo Pedro Mártir—. Continuando con mi relato, uno de los primeros actos de Balboa como alcalde fue enviar a recoger los hombres de Nicuesa, que permanecían abandonados en Nombre de Dios. Después, para cumplir la promesa hecha a la virgen, en un acto tan solemne como en aquellas difíciles condiciones se podía escenificar, cambió al poblado el nombre de La Guardia por el de Santa María de la Antigua del Darién y ordenó la construcción de una iglesia.

—¡Bien por él!

—En varias de sus acciones posteriores, Vuestra Santidad, el descubridor de la Mar del Sur continuaría dando claros indicios de religiosidad. Lo cierto es que, bajo el liderazgo de Vasco Núñez, los habitantes de Santa María de la Antigua comenzaron a organizarse para convertir el antiguo poblado indígena en el símil de una villa española. Se distribuyeron solares, se creó una plaza mayor, se construyeron caminos y nuevas viviendas, se mejoraron los bohíos indígenas, se pusieron los cimientos para la construcción de la primera iglesia, se desarrollaron sementeras de maíz y se comenzaron a labrar los campos, con la intención de descifrar el comportamiento de cultivos que nunca habían conocido. Para sorpresa de los españoles, en aquellas latitudes del nuevo mundo la tierra bien cultivada producía más de una cosecha anual y muy pronto dispusieron de lo necesario para vencer el hambre. Cuando ya se sintió más asentado, el primer alcalde de Tierrafirme inició las exploraciones destinadas a conocer el territorio que rodeaba Santa María de la Antigua y

planificar las entradas o ataques contra los aborígenes. Vasco Núñez confió la primera incursión exploratoria a Francisco Pizarro, ascendido a capitán gracias a su buen desempeño en combate. Salió el natural de Trujillo con apenas seis hombres y pronto se vio atacado por más de doscientos indígenas enviados por el cacique Cémaco, el mismo que había jurado enemistad eterna a los invasores del Darién. A pesar de la inferioridad numérica, los españoles, con sus perros, arcabuces, ballestas y espadas, hicieron huir a los atacantes. De regreso a Santa María, al conocer Vasco Núñez que con Pizarro regresaban solamente cinco hombres, quiso saber la suerte del sexto. Pizarro respondió que, dada la urgencia de escapar de los indios, que se reagrupaban para atacar, se había visto obligado a abandonar en el camino de regreso a quien ya estaba herido de muerte. Vasco Núñez lo reprendió públicamente, recordándole que un buen capitán jamás dejaba en el campo de batalla a uno de sus hombres heridos y lo obligó a ir en su busca. De mala gana lo hizo Pizarro y logró traer, aún con vida, al herido. Refiero esta anécdota porque el incidente provocó un distanciamiento entre Vasco Núñez y Pizarro que, años después, tendría consecuencias inimaginables. De más está decir que el proceder de Balboa le valió la confianza y cariño de sus hombres, lo que reforzó aún más su liderazgo.

—Algo recuerdo de aquella anécdota de vuestras cartas, leídas hace ya algún tiempo. Imagino que, ahora sí, Balboa está listo para emprender el descubrimiento del nuevo mar.

—Faltarían aún dos años, Vuestra Santidad. Mientras tanto seguía preparando el terreno para saltar a la fama.

—Me atrevo a afirmar, Pedro Mártir, que ya para entonces Balboa había puesto el pie para dejar entreabierta la puerta por la que entraría a la historia. Basta repasar lo que hasta ahora habéis narrado: después del descubrimiento de tierra firme, los reyes españoles comenzaron a organizar el gobierno de las nuevas posesiones, dividiéndolas en dos gobernaciones a partir del punto medio del golfo de Urabá: la del levante u oriente, que se otorgó a Ojeda, y la del poniente u occidente, que fue concedida a Nicuesa. Por los motivos que fueran ninguno de los dos gobernadores pudo cumplir su misión. El único de los conquistadores que allá quedó fue Balboa quien mantuvo, para beneficio de la Corona, el dominio efectivo de aquella porción del Nuevo Mundo después de haber sido electo como el primer alcalde de Tierrafirme. Es bastante para entrar a la historia, ¿no? ¿Estáis de acuerdo?

—Por supuesto que sí, Vuestra Santidad. Lo habéis resumido muy bien.

—Sigamos, pues —dijo León X con mal disimulada jactancia. Pero enseguida pareció recapacitar—. Nos hemos pasado de la hora, mi estimado Pedro Mártir. Y aunque el tiempo no parece transcurrir mientras os escucho, no puedo abusar de tan distinguido huésped. ¿Os parece bien si continuamos mañana?

—Aunque podría estar conversando con Vuestra Santidad tanto tiempo como me lo permitáis, comprendo que conviene hacer un alto por hoy.

Cinco

Al día siguiente, Pedro Mártir se sorprendió al no encontrar al Papa en el salón a la hora prevista y decidió entrar a esperarlo. Veinte minutos después, debatiendo con Filipo de Lombardía, apareció León X.

—Siento mucho que hayáis tenido que esperar, Pedro Mártir. Llego con retraso porque este monje alemán me está sacando de las casillas. —El balanceo de la cabeza del Papa se había acentuado—. Pareciera que hace todo lo posible para ser excomulgado. Pero vamos, sentémonos para que prosigáis con vuestro relato que me permitirá olvidar a Lutero, aunque sea por unas horas.

—Gracias, Vuestra Santidad. —Pedro Mártir hizo una larga pausa antes de proseguir—. Habíamos dejado a Vasco Núñez cuando comenzaba a ejercer como alcalde de Santa María de la Antigua. La primera misión que emprendió fue la de salir a reconocer el territorio bajo su mando en busca de fuentes de alimento y de aquello que más apetecían la Corona y sus adelantados: el oro. Para entonces, ya sabía de la existencia de diferentes tribus que respondían cada una a un caudillo, a quien llamaban cacique, e ideó un plan que consistía en dominar el territorio combinando la guerra con la diplomacia. Otorgaría a los indígenas la oportunidad de someterse a los invasores y aceptar su religión, pero si se negaban los doblegaría por la fuerza y los reduciría a la esclavitud. Todavía entonces les permitiría arrepentirse y convertirse en aliados. La primera entrada la hizo al cacicazgo de Careta, distante apenas cincuenta leguas por mar, que tenía fama de poseer tierras de labranza muy productivas. Pero Careta recibió con amistad a Balboa y le entregó a tres compatriotas que formaron parte de la expedición de Nicuesa. Habían logrado escapar con vida de Nombre de Dios y desde entonces convivían con los aborígenes. Uno de ellos, Juan Alonso, actuó como traductor, cargo que ejercería hasta que otros españoles aprendieron la lengua que hablaban aquellos naturales, que se hacían llamar Cuevas. Pero Careta se negó a la petición de Balboa de suministrarle alimentos con la excusa de que las guerras que sostenía con su rival y vecino, el cacique Ponca, lo obligaban a mantener reservas de comida para varios meses. Ante la negativa, Balboa

tomó prisionero a Careta y a toda su familia y los llevó consigo a Santa María. Muy pronto el cacique decidió que lo mejor era pactar con el jefe de los españoles y le prometió proveerle alimentos y esclavos a cambio de que lo ayudara a combatir contra Ponca, su enemigo más cercano. Para sellar el pacto le entregó como compañera a su hija mayor, ya manceba, que Balboa recibió con agrado. Además, Careta aceptó ser bautizado y adoptó el nombre cristiano de Fernando, en honor del rey de España.

—¿El primer aborígen bautizado en tierra firme? —preguntó el Papa.

—No os lo puedo asegurar, Vuestra Santidad, pero probablemente no, porque sé de seguro que para entonces en Santa María ya había monjes. El nombre que más escucho en los relatos que hasta mí llegan es el del dominico Andrés de Vera y debo suponer que también habría monjes franciscanos y mercedarios, que fueron las primeras órdenes religiosas en llegar a la Española. Si os interesa, a mi regreso a Valladolid lo investigaré y os escribiré con el resultado.

—Os lo agradezco, Pedro. Es una información que como Papa preciso conocer.

—Contad con ello, Vuestra Santidad. Lo que sí puedo informaros ahora es que la Corona de España dictó después una cédula real, en la que pedía a sus súbditos que cuando arribaran al Nuevo Mundo no dudaran en contraer matrimonio con los aborígenes para levantar familias cristianas.

—Sorprendente visión la de vuestros monarcas, Pedro Mártir, sin duda derivada de su muy acendrado catolicismo. ¿Sabemos si Balboa contrajo nupcias con la hija del cacique?

—Lo ignoro, pero debo suponer que de haberlo hecho se conocería. También han resultado infructuosos mis esfuerzos por averiguar si de la unión de Vasco Núñez con la hija de Careta nació algún vástago. ¿Continuamos, Vuestra Santidad?

—Adelante, adelante.

—Vasco Núñez cumplió su palabra y en compañía del propio Careta atacó el territorio de Ponca, quien huyó con su gente a los montes circundantes sin dar batalla. En ese cacicazgo recogió Balboa una cantidad apreciable de oro, cuyo cuarto guardó para enviar a la Corona. —Pedro Mártir meditó un instante—. Debo aclarar que la mayor parte del oro que recogían los españoles en sus entradas no era producto del saqueo o de la amenaza sino del trueque. El oro lo entregaban los caciques a cambio de baratijas: cascabeles, collares, pulseras de vidrio y espejos, pero, sobre todo, de instrumentos como seguetas, hachas y cuchillos, fabricadas de hierro, metal que ellos

desconocían y cuyo uso les resultaba de mucha utilidad. Regresó Balboa sin mayor demora a Santa María con los bastimentos y el oro, quizás preocupado por el posible regreso de Nicuesa a reclamar los derechos derivados de su fallida gobernación. Después de comprobar que la colonia progresaba sin mayores inconvenientes, y, tras acoger las recomendaciones de Careta, se dirigió hacia los dominios de Comagre, el cacique de la tribu más rica y poderosa del Darién, la que más territorio controlaba. Enterado de la suerte corrida por quienes habían osado enfrentar al invasor, Comagre recibió a Balboa a la entrada de su pueblo con expresivos gestos de amistad y lo invitó a conocer su caserío y sus habitaciones. Grande fue la sorpresa de los españoles cuando se encontraron con gente vistosa, entre la que las mujeres vestían faldas de colores, elaboradas con fibras de algodón y cáñamo. A diferencia de otros poblados indígenas, gran parte de las viviendas eran espaciales y sólidas, de dos y tres altos, con muros de piedra y vigas de madera. En el interior los techos y el piso se hallaban bellamente labrados y en la despensa de la vivienda de Comagre se guardaba gran cantidad de alimentos diversos además de toneles de madera en los que se fermentaban bebidas, similares al vino, que extraían de las raíces de diversos cultivos. En los aposentos privados del cacique se espantaron al encontrar colgados del techo cadáveres disecados, pero lujosamente vestidos, que resultaron ser restos de los antepasados de Comagre que él mantenía cerca para que lo aconsejaran y fortalecieran a la hora de tomar las grandes decisiones. La riqueza del cacicazgo se evidenció también en la cantidad de oro, equivalente a cuatro mil pesos, que el cacique entregó a Balboa a cambio de las acostumbradas baratijas, hachas, seguetas y cuchillos. Para satisfacción de Balboa y sus hombres, el cacique ofreció bautizarse como señal de aceptación de la religión que profesaban sus visitantes. En vista de que el nombre del rey Fernando ya había sido otorgado a Careta, escogió el de Carlos, sucesor al trono de los hombres blancos, y desde entonces exigió que lo llamaran Don Carlos. Sin embargo, la mejor recompensa del encuentro pacífico con el poderoso cacique fue que por primera vez Balboa oyó hablar de un gran mar que se hallaba al sur de la tierra y allende las montañas. Fue Panquiaco, hijo mayor de Comagre y poseedor de un verbo elocuente, quien, con ayuda del intérprete, se lo comunicó al tiempo que, asombrado ante el apetito de los españoles por el oro, le contaba de otras tribus muy poderosas y ricas que moraban en las orillas distantes de ese otro mar. A finales de 1511 regresó Balboa a Santa María decidido a emprender la marcha en busca del nuevo océano.

—Sin embargo, no sería sino dos años después que realizaría el descubrimiento. ¿A qué atribuíis la demora en llevar a cabo la hazaña? —preguntó el Santo Padre.

—He cavilado mucho sobre la respuesta a la pregunta de Vuestra Santidad. Pienso que fueron varios los factores que influyeron. El primero, que Vasco Núñez todavía no había recibido noticias de su nombramiento como gobernador interino y no debía sentirse muy seguro de su total dominio sobre los pobladores de Santa María donde habitaban varios de los antiguos partidarios de Enciso. Es muy probable que Balboa decidiera esperar a recibir su designación como gobernador en propiedad por parte de la Corona española antes de aventurarse a lograr grandes cosas que tal vez heredaría otro que viniera en su remplazo. Por ello, después de la visita a Comagre, pidió a su amigo Valdivia que se embarcara rumbo a la Española a llevar el cuarto correspondiente al rey de los tesoros hasta ahora recabados y a solicitar el apoyo de mil hombres, armas y bastimentos para iniciar la búsqueda del nuevo mar del que le había hablado Panquiaco. Lamentablemente, ese fue el último viaje de Valdivia, quien nunca llegó a su destino y de quien nunca se volvió a saber nada más. El segundo factor, no menos importante, es que cada vez con más frecuencia llegaban a Santa María noticias sobre caciques muy belicosos, enemigos de sus aliados Careta y Comagre, que controlaban territorios no muy lejanos de Santa María, deseosos de hacerle la guerra al invasor blanco, sin que Balboa contara con hombres suficientes para defender la recién instalada colonia y al mismo tiempo aventurarse a atravesar aquellas montañas inhóspitas y atestadas de enemigos en busca del nuevo mar. El tercer factor sería que constantemente le llegaba más información de indígenas amigos acerca de la gran cantidad de oro que existía en ciertos lugares no muy distantes de Santa María, lo que provocaba una natural avidez de ir en su busca.

—Me parece muy entendible vuestra explicación, Pedro. ¿Pero dejar transcurrir dos años?

—Os recuerdo, Santo Padre, que el tiempo en aquellas latitudes donde lo desconocido es la norma y cualquier empresa, por sencilla que fuera, es más difícil de llevar a cabo, no transcurre a la misma velocidad que entre nosotros.

—No tenéis que decir más, Pedro Mártir. Los seres humanos, y los Papas no somos la excepción, tenemos la costumbre de juzgar y medir los acontecimientos conforme a las circunstancias que nos rodean, olvidando realidades que nos son ajenas. Pero, por favor, proseguid.

—Para reafirmar lo antes dicho, al poco tiempo de regresar Balboa a Santa María escuchó el rumor de que antiguos partidarios de Enciso, que lideraba un tal Diego del Corral, planeaban una conspiración en su contra para arrebatárle el poder y los diez mil pesos de oro acumulados hasta ese momento. El rumor le fue confirmado por sus más leales seguidores, entre los que se contaban Pizarro y Colmenares, quienes se ofrecieron para apresar y castigar a los conspiradores. Pero Balboa, siempre inclinado a contemporizar, decidió que en lugar de castigarlos los llevaría consigo durante la próxima entrada hacia la región del cacique Dabaibe, en cuyos dominios, según referían los indígenas, se levantaba un templo construido de oro macizo y donde el precioso metal se podía recoger del suelo como si fueran frutos caídos de un árbol. La estrategia de llevar consigo a sus enemigos pretendía evitar que en su ausencia hubiera otras conjuras. Para mayor seguridad, decidió dejar a cargo de la colonia a hombres de su entera confianza.

—¿Pizarro entre ellos? —preguntó el Papa, con malicia.

—Pizarro entre ellos, Vuestra Santidad. Desde los albores de la historia la volubilidad ha sido característica de quienes rondan el poder.

—Bien dicho, Pedro Mártir, bien dicho. Y últimamente en Italia hemos tenido ejemplos muy claros de ello. Basta con leer *El Príncipe*, la obra del florentino Maquiavelo, donde aconseja al gobernante ser todo lo voluble que se requiera para conservar el poder.

—A España también ha llegado la filosofía de Maquiavelo, si es que puede llamarse así a lo que escribe. ¿Conocéis al personaje?

—Mejor de lo que quisiera. —La cabeza de León X volvía a moverse involuntariamente—. Maquiavelo ha sido fiel amigo de los Borgia y, por consiguiente, enemigo de los Médicis, enemistad que motivó que fuera a parar a la cárcel. Me tocó a mí, después de ascender a Papa, perdonarlo y ponerlo en libertad. Me dicen que ahora vive exiliado por su propia voluntad en algún poblado de los alrededores de Roma. Pero no perdamos el tiempo hablando de él.

Sorprendido, Pedro Mártir demoró en reaccionar.

—Pues bien, con vuestra venia, continúo. En marzo de 1512, llevando como lugarteniente a Rodrigo de Colmenares, el mismo que fuera segundo de Nicuesa en su fallido intento de gobernar Veraguas, zarpó Balboa de Santa María, pero esta vez enrumbo su bergantín hacia el levante, más allá de la entrada al golfo de Urabá, en busca del río por el cual, según los guías indígenas, se subía a las faldas de la gran montaña en cuya cima se hallaba la región del cacique Dabaibe. Tras mucho luchar contra aguas correntosas y

ascender a través de una jungla impenetrable, Balboa y sus hombres llegaron a una población cercana al dominio de Dabaibe, que encontraron desierta porque sus habitantes habían huido. En la aldea pudieron recoger diversos objetos de oro, finamente labrados y de mucho valor, así como gran cantidad de arcos y flechas. Pero la mañana siguiente, cuando la sierra amaneció sin nubes que la cubrieran, Balboa quedó sobrecogido por lo muy altos y enhiestos que aparecían los picos de las montañas, más allá de cuya cumbre se decía que se hallaban las ricas minas de Dabaibe. Para ascender la serranía y vencer a los indios feroces que la custodiaban, tan feroces que se comían unos a otros, se necesitaría un ejército más numeroso y mejor pertrechado que aquel que ahora lo acompañaba. Después de la fallida primera incursión en las míticas tierras de Dabaibe, Balboa seguiría soñando con la gran riqueza aurífera de aquellos lugares tan poco accesibles. —Pedro Mártir calló un instante—. Tal vez Vasco Núñez nunca supo que, de acuerdo con las tradiciones indígenas, Dabaibe fue, en realidad, una hermosa mujer que había enseñado a sus súbditos todo lo que ella sabía sobre el arte de tejer cestas, moldear y pintar la arcilla, sembrar los campos y otras tareas domésticas. En la mitología de los aborígenes que la veneraban, se decía que era hija del cielo y que manifestaba su estado de ánimo a través de los truenos, rayos, relámpagos y demás fenómenos naturales. Igual que ella, el templo de oro que se había levantado en su honor nunca existió.

—Observo que la mitología no fue ejercicio exclusivo de griegos y romanos. Surge siempre que los hombres no pueden explicar lo que solamente a Dios le es dado conocer.

—Sabias palabras, Vuestra Santidad. Los indígenas del Nuevo Mundo también tuvieron sus Ares y Atenea. Pero vuelvo al relato. La segunda noche que pernoctaron en aquella inhóspita región, los españoles fueron atacados por enormes murciélagos que parecían brotar de las orillas del río.

—No hemos hablado mucho de los animales que tan bien describís en vuestras cartas —observó León X.

—Es cierto, Vuestra Santidad. Quise dejarlo para más adelante, cuando sea el momento de referiros con mayor detalle la dificultosa travesía que emprendió Balboa para descubrir la Mar del Sur. Pero no hay razón para no recordar ahora que los conquistadores no solamente tenían que enfrentar las flechas envenenadas y la belicosidad de los naturales, sino también los peligros que para ellos significaban animales hasta entonces desconocidos. Serpientes, algunas de tamaños inconcebibles, capaces de estrujar y tragarse a un ser humano, y otras, más pequeñas, cuyas mordeduras mataban al instante;

grandes felinos, devoradores de hombres, que atacaban sin aviso; cocodrilos, que abundaban en ciénagas y ríos; escorpiones, arañas venenosas e insectos, como los mosquitos y las garrapatas, que no por pequeños menos dañinos. Y a tantas calamidades habría que sumar lo escarpado de las montañas selváticas, el caudal turbulento de los ríos, el clima, húmedo y caluroso, y las lluvias torrenciales que durante casi todo el año azotaban aquellos parajes, obligando a los hombres a atravesar extensos pantanos, ciénagas y barriales para alcanzar su destino. Y cuando esas lluvias se hacían acompañar por ventarrones, se formaban los temibles huracanes que tanto daño infligían en mar y en tierra.

—Me quedan más claros ahora los grandes riesgos que afrontaban quienes pretendían conquistar y colonizar ese mundo nuevo pleno de riesgos y complejidades —reflexionó León X—. Más allá de la codicia, es evidente que también tenía que haber en aquellas almas un gran amor por la aventura. Proseguid, Pedro Mártir, que no era mi deseo interrumpiros.

—Solamente añadido a lo expresado por Vuestra Santidad que, atraídos por la fama y la fortuna, cada día es mayor el número de aventureros que todavía siguen enfrentándose a inimaginables peligros en el Nuevo Mundo. Pero prosigo. Preocupado por lo que podría ocurrir en Santa María durante su ausencia, Vasco Núñez decidió regresar a la colonia y dejar a Colmenares al mando de la expedición, a quien pidió marchar en sentido contrario, hacia el poniente, rodeando por tierra el golfo de Urabá para esperar allá su retorno. Antes de llegar a la desembocadura del río, una inesperada tormenta hundió las canoas de Balboa, quien, una vez más, se salvó de perecer ahogado en un naufragio. En Santa María lo esperaba la mala noticia de que el mismo huracán que lo había hecho naufragar, también había azotado la villa, destruyendo varias viviendas y arruinando los cultivos. Luego de tomar algunas providencias, Balboa salió al encuentro de Colmenares. Atravesó primero el golfo de Urabá para subir después por un gran río, que él bautizó con el nombre de San Juan en honor del santo cuya fecha se festejaba el día que lo navegaba por primera vez. Al quinto día se encontró con Colmenares y el resto de sus huestes y decidieron continuar explorando para verificar si era cierto, como afirmaban tantos indígenas, que en algunos afluentes de aquel gran río el oro era tan abundante que se podía recoger con redes. Mientras ascendían, encontraron en los márgenes algunos poblados indígenas de pocas viviendas, cuyos habitantes huían tan pronto avistaban las largas canoas en las que navegaban aquellos hombres blancos y barbudos, tan extrañamente vestidos. Cuando ya no fue posible navegar, los españoles marcharon a pie

por la orilla izquierda del río hasta llegar al cacicazgo de Abenamache, quien decidió enfrentarlos. Recién iniciaba el combate cuando los indios huyeron despavoridos al ver que su jefe, de un espadazo, había perdido el brazo izquierdo. Como siempre, los españoles saquearon el poblado y se apoderaron del oro y de los alimentos que pudieron encontrar. Más adelante, Balboa y su tropa arribaron a un lugar inundado de agua encenagada donde crecían árboles de mucha altura y grosor. Grande fue su sorpresa al descubrir que los aborígenes habían construido sus viviendas en las copas de esos árboles, a las cuales trepaban utilizando larguísimas escalas tejidas con lianas y caña brava. Desde las alturas disparaban sus flechas con gran precisión, manteniendo a raya a los invasores. Pronto, por su gran tamaño y ornamentos, Balboa pudo localizar la casa arbórea del jefe y hacia allá se dirigió en son de paz a pedirle que bajara a parlamentar. Como no recibiera respuesta, ordenó tumbar el árbol a hachazos, lo que obligó al cacique a desenrollar la escalera vegetal y bajar a hablar con los invasores. Abibeiba, que así se llamaba, juró no poseer oro por no usarlo en las copas de los árboles, pero aseguró que más allá vivía una tribu que sí lo extraía del río en grandes cantidades y se ofreció a ir a buscarlo con algunos de sus hombres para entregarlo a los vencedores. Balboa aceptó la oferta de Abibeiba, pero mantuvo a su mujer e hijos como rehenes. Dos días después, como el cacique no cumpliera su promesa, se llevó prisionera a la familia. Otras tribus enfrentaron a Balboa en sus entradas sin mayores consecuencias, pero después del último combate, algunos de los aborígenes capturados le informaron, con más altivez que temor, que muy pronto el invasor dejaría de castigar a los naturales porque cinco caciques poderosos se habían unido para atacar y destruir Santa María.

—¡Cuánta guerra, Pedro! —exclamó el Papa—. No recordaba que Balboa hubiese tenido que combatir tanto a los aborígenes del Darién. Más bien creía recordar de vuestras epístolas que su gran virtud había consistido en convivir en paz con ellos.

—Ambas afirmaciones son ciertas, Vuestra Santidad. Como expliqué antes, el método de Vasco Núñez consistía en demostrar primero superioridad militar para después pactar y forjar alianzas. Pero combates hubo y muy cruentos, en los que se perdieron muchas vidas españolas.

—Y de los naturales —remarcó León X.

—Sí, las de los aborígenes fueron muchas más, a pesar de que se afirma que entre todos los conquistadores fue el descubridor de la Mar del Sur quien mejor trato les dispensó. Pero también es probable que sean muchos más los

aborígenes que han fallecido a causa de las enfermedades llevadas por los europeos al Nuevo Mundo que los que perecieron en los combates.

León X se levantó para asomarse al ventanal. Afuera llovía mansamente.

—Existe en lo que acabáis de afirmar un trasfondo moral al que nuestra Iglesia debe dedicar mayor atención —dijo, mientras volvía a sentarse—. A los paganos del Nuevo Mundo no solamente hay que bautizarlos, sino también respetarles sus vidas, que incluye evitar contagiarles nuestras enfermedades. Es parte del problema que enfrenta hoy la Iglesia de Cristo gracias a la bula *Inter caetera*, de la que ya hablamos, expedida por el nefasto Papa Borgia Alejandro VI, que otorgó a Fernando e Isabel la responsabilidad de catequizar a los nuevos paganos y la obligación de costear el envío de religiosos al Nuevo Mundo con ese propósito. Esta potestad la ejerció la Corona española a través de órdenes religiosas, pero al margen del control de las autoridades eclesiásticas, todo lo cual causó gran desagrado en el Vaticano y motivará que yo me vea obligado a expedir una bula que establezca claramente que donde existan autoridades eclesiásticas sean estas las que manden en los temas religiosos. —León X calló un instante—. Lo que acabo de afirmar, que ya estamos negociando con delegados del rey Carlos, os lo confío como un secreto de Estado.

—Ya lo había escuchado en la corte española, pero podéis confiar en que mis labios permanecerán sellados. ¿Os parece si continúo? Ya es poco lo que falta antes del descubrimiento de la Mar del Sur.

—Por supuesto, Pedro. Adelante, adelante.

—Balboa emprendió rápidamente el regreso a Santa María para enfrentar la amenaza de los cinco caciques que, comandados por Cémaco, el sempiterno enemigo, se habían unido para invadirla. En el camino, una avanzada de los indígenas sublevados trató de tenderle una emboscada, pero fueron fácilmente rechazados. Al mismo tiempo, procedente de Santa María, llegaba un mensajero enviado por Bartolomé de Hurtado, quien reiteró la noticia de la gran conjura indígena contra la colonia. Dispuso Balboa entonces atacar a Cémaco y enviar a Colmenares al cacicazgo de Tichiri, donde, según los rumores, los indios se reunirían para acumular bastimentos y preparar el ataque. Colmenares cayó sorpresivamente sobre Tichiri, sometió a cinco de sus lugartenientes y ordenó colgarlos a todos de un mismo árbol. Después saqueó las bodegas donde guardaban los alimentos y algunas piezas de oro y permaneció días celebrando el triunfo que ponía fin a la conjura. De vuelta en Santa María, sin embargo, Colmenares y Vasco Núñez encontraron un panorama desolador. Después del último huracán que había destruido las

siembras, los alimentos escaseaban aún más y se percibía una gran intranquilidad entre los doscientos vecinos que allí habitaban. Balboa tomó la decisión de viajar a la Española para pedir ayuda a Diego Colón, gobernador real de la isla, pero el pueblo de Santa María le exigió que permaneciera con ellos y enviara a otro en su lugar. A finales de octubre de 1512, en un pequeño bergantín, primera nave construida en Santa María de la Antigua, zarpó Rodrigo Colmenares con diez hombres a cumplir el encargo. A principios del año siguiente regresó con la ayuda enviada por Diego Colón, que incluía cien hombres, provisiones y armamentos. Es entonces cuando Balboa escribe su famosa carta al rey, fechada el 20 de enero de 1513, y la envía a España con el mismo Colmenares.

Pedro Mártir rebuscó entre sus papeles.

—Aquí os entrego copia de la misiva escrita por Vasco Núñez, de su puño y letra, a la Corona. La he hecho transcribir con caracteres más legibles para facilitar vuestra lectura, que os dará una idea cabal de su personalidad, de cómo describía el Darién y la gran cantidad de oro que allí había. Además, expresa su opinión sobre sus predecesores en el mando, habla de su relación con los aborígenes y de otros temas que sin duda interesarán a Vuestra Santidad.

—Veo que se trata de una carta muy extensa. La leeré esta misma noche para que mañana podamos hablar de ella. Suficiente entonces por hoy, que bastante hemos avanzado. Dios mediante, nos vemos aquí mañana como siempre, cuando ahora sí está próximo Vasco Núñez para ir en busca de ese nuevo mar. ¿No?

—Así es, Vuestra Santidad. Os deseo un buen descanso.

—Ojalá pudiera tomarlo. La situación con Lutero se ha vuelto insostenible y debo acudir a un cónclave con los cardenales para decidir la suerte del monje rebelde.

Seis

Como de costumbre, Pedro Mártir llegó a las diez de la mañana al salón privado del Papa, quien se demoró unos instantes en levantar la vista del documento que leía.

—Buenos días, Vuestra Santidad —saludó el cronista de Indias.

—Que sean muy buenos, Pedro. Estaba releendo algunos fragmentos de la carta de Balboa al rey de España. Fascinante documento que mucho revela del remitente. Aunque es evidente que sabía escribir, noto que lo hace con desgreño.

—Concuerdo, Vuestra Santidad. Estaba seguro de que os gustaría conocerla de primera mano.

—Debo decir que ese Balboa que describen vuestras crónicas no parece ser el mismo que refleja la carta. Y no me refiero solamente al hecho evidente de que se trata de un súbdito dirigiéndose a su monarca, donde el protocolo exige mucho respeto y sumisión. No. El individuo que escribe la carta parece mucho más fascinado por el oro y la riqueza que el conquistador perseverante que en vuestra narración se pasea por los cacicazgos del Darién, ora combatiendo ora negociando con los naturales, pero siempre tratando de incorporarlos a la fe católica.

—Es cierto, pero me permito comentaros que el Vasco Núñez de la carta es, antes que nada, como bien afirmáis, un súbdito que quiere deslumbrar a su monarca. Resulta obvio que exagera la abundancia del oro que existe en el Darién tanto, que la Corona, poco después de recibir la carta, decidió cambiar el nombre de Tierrafirme por el de Castilla del Oro.

—Cualquiera que la lea pensará que en los innumerables ríos que menciona Balboa el agua corre sobre lechos de oro. Y que los naturales de aquellas regiones, sin mucho esfuerzo, lo recogen del suelo para llevarlo en cestas como si de frutas o vegetales se tratara.

Pedro Mártir rio de buena gana, risa que fue compartida por León X.

—Supongo que Vasco Núñez pensó que esa carta sería su única oportunidad de transmitir a la Corona la importancia del Darién, cuya gobernación ejercía interinamente —subrayó Pedro Mártir.

—Por supuesto, por supuesto. Pero ¿no os parece raro que Balboa insistiera muchísimo más en el oro que en la existencia de un nuevo mar por descubrir?

—Os confieso que a mí también me pareció extraño cuando leí la carta por primera vez. Sin embargo, luego de examinarla más a fondo, llegué a la conclusión de que Balboa no quería hacer una gran algarabía de la existencia del nuevo mar para evitar que otros conquistadores, con más medios e influencia en la corte, se adelantaran a ir en su busca. Si observáis bien, no habla de un nuevo mar, sino de otro mar, al que dedica apenas unas líneas hacia la mitad y hacia el final de la misiva. Y lo hace sin mucho énfasis, a diferencia de cuando habla del oro, cuya abundancia resalta desde que comienza hasta que termina la carta, todo ello a pesar de que, según él mismo afirma, el cuarto real que en concepto de impuesto había enviado a la Corona no sumaba gran cosa todavía.

—Lleváis razón, Pedro Mártir. ¿No os llamó también la atención la manera tan despectiva como se expresa de los abogados? ¡Los compara con diablos! —exclamó, jocosamente, León X.

—Es cierto, Vuestra Santidad. Me pareció tan divertido como impertinente. Enseguida pensé en que esa aversión era consecuencia de sus desavenencias con el bachiller Enciso.

—Sin duda por ahí va el asunto —León X volvió a reír, con más gusto—. Y para llamar más la atención del rey, lo señala hacia el final de la carta e insiste en que los abogados tienen vida de diablos porque todo lo enredan y suplica que si algún bachiller debe enviar el monarca que sea médico, que esos sí hacen falta. Ardo en deseos de mostrarle la carta a un par de eclesiásticos, bachilleres en leyes, que últimamente me han hecho enojar con leguleyadas sobre el tema de Lutero. Pero no os preocupéis por lo que digo pues desde el inicio acordamos que lo que aquí se habla aquí permanece.

—Nada impide a Vuestra Santidad comentar esta carta con quien a bien tengáis.

—Gracias, Pedro. Ya veremos —dijo el Papa sin dejar de sonreír—. Lo otro que llamó poderosamente mi atención es que Vasco Núñez hace suya la leyenda de Dabaibe. El vendedor exagera mucho sin tener en cuenta la dignidad del comprador.

—Difícil explicarlo, salvo por el marcado interés del vendedor en lograr un fin superior, el apoyo necesario para el descubrimiento de la Mar del Sur. Y tal vez también pensó en colocar un señuelo a quienes vendrían al Darién tras el oro para que buscaran en la región equivocada.

—Demasiada malicia, ¿no os parece? Pero lo cierto es que después de descubierta la Mar del Sur, los conquistadores han tenido nuevas leyendas que perseguir. Veamos ahora algunos párrafos de la carta que hablan positivamente del carácter de nuestro personaje. En primer lugar, Balboa hace gala de su catolicismo al invocar varias veces a Nuestro Señor para agradecerle los logros alcanzados. Expresa, además, que hubiera preferido contar con más alimentos y salud para su gente y menos oro, con lo que denota sencillez y valor. En algunas de las peticiones que hace al monarca, demuestra verdaderas dotes de gobernante y preocupación por su gente, rasgo muy positivo en un líder. Así, cuando solicita mil hombres y doscientas ballestas para continuar sus conquistas y descubrimientos, también pide bastimentos para explotar mejor la tierra y los elementos necesarios para construir embarcaciones, como velas y jarcias. Debo reconocer también que Vasco Núñez fue modesto al formular sus peticiones personales al rey, pues solamente solicitó que le permitiera continuar en el cargo que ya ejercía. Ahora bien, si vamos a lo criticable de la carta debo señalar, primero, que se expresa muy mal de Nicuesa y de Enciso, a quienes acusa de negligencia porque de ochocientos hombres que trajeron consigo al Darién, solamente cincuenta quedaron con vida. Para ser justo tendría que haber explicado también todas las penurias que ellos enfrentaron, tal como las habéis explicado. Por otra parte, aunque Balboa comenzaba su carta afirmando que él era un verdadero defensor de los nativos, razón por la cual pudo averiguar mucho de lo que informaba a su majestad, más adelante se refiere a los indios que comen hombres para manifestar que debían de ser quemados y desaparecidos para siempre. Debo insistir en que, aunque sus costumbres sean más bárbaras, tan paganos y humanos son los unos como los otros.

—Muy de acuerdo. Veo que Vuestra Santidad ha estudiado el documento a profundidad —dijo Pedro Mártir, complacido—. Otro detalle importante para conocer al personaje es que se atreve a sugerir una rebaja en el impuesto que recibía la Corona de las riquezas del Nuevo Mundo al solicitarle al rey que en lugar de que la Corona recibiera un cuarto, se conformara con un quinto.

—Muy cierto, Pedro. Lo había olvidado. Podemos decir que allí corría un gran riesgo. ¿Sabemos si hubo alguna respuesta a esa solicitud?

—No conozco constancia de que la Corona hubiera respondido directamente a Balboa, pero lo cierto es que después de aquella carta el rey bajó el cobro del cuarto al quinto.

—¡Bien por Balboa! —exclamó León X—. Nunca sabrán los conquistadores cuánto le deben al hidalgo de Jerez de los Caballeros que llegó al Nuevo Mundo como polizón en un barril.

—Debo añadir que, tal vez preparando el terreno para la rebaja de los impuestos, Balboa no fue parco al describir lo inhóspito del terreno y las grandes dificultades que él y sus hombres habían encontrado mientras trataban de cumplir con las expectativas de la Corona. Menciona con gran detalle los peligros que enfrentaban al recorrer los ríos, las ciénagas y las selvas darienitas.

—Cierto —convino León X— pero en ninguna parte menciona ni los huracanes ni los tres naufragios que sufrió mientras navegaba por aquellas aguas desconocidas.

—Nuevamente debo reconocer que me lleváis ventaja en el conocimiento del personaje —dijo Pedro Mártir, con graciosa humildad—. Pero todavía hay un detalle en esa carta que, por premonitorio, llamó mucho mi atención. No sé si Vuestra Santidad también lo percibió así. Me refiero a...

—Os referís, sin duda —interrumpió el Papa—, a la frase que utiliza Vasco Núñez para asegurar al rey que cumpliría todo cuanto le prometía. Me impactó tanto que aquí la traigo transcrita. «No tengo mejor cosa que mi cabeza que pongo en prenda». Supongo que se trata de un decir común en España.

—Sí lo es, sobre todo por las clases más encumbradas.

—Además, no sería el rey quien le cortaría la cabeza.

Pedro Mártir hizo un tímido gesto de desacuerdo.

—Podría afirmarse que no fue el rey en persona, pero no hay que olvidar que Pedrarias Dávila era un representante de la Corona y en tal capacidad ordenó la decapitación. Pero nos estamos adelantando al tema principal de este diálogo tan estimulante. Si Vuestra Santidad estuviera de acuerdo, podemos volver a hablar de la decapitación de Balboa cuando lleguemos a ese punto.

—Me parece justo y necesario, Pedro. ¿Nos vamos entonces a la Mar del Sur?

—¡Ya casi! Poco después de que Balboa despachara su primera carta al rey, llegaron a Santa María tres naves procedentes de la Española con ciento cincuenta nuevos colonos, bastimentos y correspondencia en la cual venía, finalmente, el nombramiento oficial de Balboa como gobernador interino. Pero la buena noticia fue opacada enseguida por otra muy preocupante: el rey estaba por nombrar un nuevo gobernador en propiedad, alejado de las

facciones existentes en el Darién. Vasco Núñez se enteraría más tarde de que, aparte de Enciso, había sido su amigo Colmenares, portador de la carta enviada al rey, uno de quienes lo indispusiera con la Corona al tildarlo de revoltoso y autoritario.

—Lo de Enciso lo entiendo —comentó enseguida León X— pero ¿por qué Colmenares?

—Nunca he podido averiguarlo, pero supongo que en su ánimo pesaría el hecho de que en algún momento había sido lugarteniente de Nicuesa, a quien Vasco Núñez no trató nada bien. Rodrigo de Colmenares era un hidalgo con vasta experiencia militar antes de embarcarse para el Nuevo Mundo. Hace tres o cuatro años yo tuve la oportunidad de conversar brevemente con él en la Corte, donde siempre merodeaba en busca de la autorización real para zarpar en pos de nuevos descubrimientos. En esa ocasión me pude percatar de que se sentía protegido por Pedrarias, aunque a mí no me expresó sentimiento alguno ni en favor ni en contra de Vasco Núñez. Como ya vimos, durante su estadía en el Darién había gozado de la confianza del capitán extremeño, a quien acompañó en varias entradas a cacicazgos indígenas, entre estas la que emprendieron para ir en busca del mítico tesoro de Dabaibe.

—Es difícil auscultar el alma humana, sobre todo cuando ha habido pasiones capaces de enturbiarla. Sin embargo, resulta indudable que, por la razón que fuera, Balboa no carecía de enemigos.

—Así lo comprobaremos ampliamente más adelante, Vuestra Santidad. La noticia de la designación de un nuevo gobernador, cuyo nombre todavía se ignoraba, sirvió de estímulo para que Vasco Núñez se decidiera a emprender el viaje rumbo a ese ignoto mar situado hacia el mediodía, detrás de la cordillera. Sabemos que, aconsejado por Careta y Comagre, había venido estudiando la ruta y preparándose para enfrentar en el trayecto a caciques enemigos. La víspera de la partida hizo celebrar una misa para implorar la protección de la Virgen de Santa María de la Antigua y allí mismo pasó revista a la tropa de ciento noventa hombres, escogidos entre los antiguos vecinos y los refuerzos recién llegados. Al día siguiente, 1.º de septiembre de 1513, tras formar una larga hilera, marcharon de la villa de Santa María rumbo al puerto donde se embarcaron en un bergantín y en varias canoas largas de las utilizadas por los naturales. Aparte de los ciento noventa hombres, de las provisiones y del armamento, compuesto por arcabuces, ballestas, lanzas y espadas, iba un buen número de perros, Leoncico entre ellos. Su primer destino sería el cacicazgo de Careta, o Don Fernando, por su nombre cristiano, como se hacía llamar ahora el cacique, cuya hija seguía

cohabitando con Vasco Núñez. En el puerto de Careta desembarcaron al cuarto día y allí dejaron una guarnición de cien hombres para cuidar la retaguardia de la expedición en caso de alguna eventualidad. Además de los noventa soldados restantes, marchaban dos curas, el escribano real Andrés de Valderrábano, encargado de dejar constancia escrita de la expedición, y un buen número de indios de la tribu de Careta que servían como guías y porteadores. Salieron con destino al cacicazgo montañoso de Ponca, donde arribaron dos días más tarde para encontrarse con que el cacique, siempre temeroso de su antiguo rival, había huido del poblado. Varios días demoró Ponca en atender el llamado de paz que a través de varios mensajeros le enviaba Vasco Núñez. Finalmente, llegó a parlamentar con el conquistador español para ayudarlo a definir el resto de la ruta hasta alcanzar el nuevo mar. Siguiendo la costumbre, el cacique Ponca le entregó algo de oro y le suministró nuevos guías y algunos taladores para despejar el cruce de la serranía. Doce días después de su arribo a la región de Ponca, el 20 de septiembre, continuó Balboa su marcha rumbo al nuevo mar.

—Cosechaba así Balboa la amistad que había sembrado con los caciques del Darién —observó el Papa—. Pero ¿cuál fue la causa de tanta demora en las tierras de Ponca?

—En primer lugar, Ponca se tomó un tiempo en bajar de las montañas a parlamentar con Vasco Núñez. Pero lo que más demoró su partida fue la decisión de esperar a que se recuperaran varios de los hombres que habían caído enfermos durante la travesía, doce de los cuales, incluyendo uno de los clérigos, no lograron sanar y quedaron al cuidado de Ponca. El tramo que ahora emprendía sería, sin duda, el más difícil de toda la ruta porque además de atravesar una abrupta serranía y cruzar varios ríos, entre ellos el caudaloso Chuquaque, tendría que cruzar la región de Carecuá, donde imperaba Torecha, enemigo encarnizado de Ponca. Cuatro días tardaron los españoles en llegar a la población de Torecha, quien, al frente de sus guerreros, salió a impedir que el invasor pasara por sus tierras. Fue esta una de las más feroces y crueles acometidas de Balboa contra los aborígenes Cuevas del Darién. En corto tiempo los perros, las escopetas, las espadas, las ballestas y las lanzas españolas dejaron muertos sobre el terreno a más de seiscientos guerreros indígenas, incluido al mismo Torecha. Los españoles, en cambio, no perdieron un solo hombre en el combate.

—Una verdadera masacre, Pedro Mártir, incompatible con las actuaciones previas de Vasco Núñez para con los naturales. ¿Qué lo impulsaría a ser tan despiadado?

—Sin ánimo de excusarlo, sino solamente tratando de explicar lo que a veces resulta inexplicable, los españoles venían de una jornada muy ardua, soportando no solamente las vicisitudes de la travesía, sino también el peor clima del año en aquellas regiones, donde la lluvia no cesaba. Según escuché de labios de Andrés de Vera, el clérigo dominico que acompañaba a Balboa, el extremeño trató de parlamentar con el cacique Torecha, pero este le gritó que regresara por donde había venido porque por sus tierras no pasaría jamás.

—Yo imagino algo más, Pedro Mártir. Balboa ha debido sentir una gran presión por la anunciada venida de un nuevo gobernador al Darién. Se sabía muy cerca del nuevo mar y no quería que por el desplante de un jefe indígena se le escapara la gloria.

—Resulta muy atendible lo que afirmáis, Santidad. Pero no hay duda de que la masacre de Cuarecuá es un baldón en las glorias alcanzadas por el descubridor de la Mar del Sur.

—¿A qué días de septiembre estamos?

—A 23 de septiembre. Aún faltaban dos días para el descubrimiento.

—Prosigamos entonces.

Pedro Mártir titubeó antes de continuar.

—Hubo otro incidente que, por desagradable y perverso, dudé en incluir en mis *Décadas*, así como dudo ahora en detallar a Vuestra Beatitud.

—¿Os referís a lo ocurrido con el hermano del cacique? —preguntó León X, la cabeza le oscilaba de un lado a otro—. Lo recuerdo bien por lo mucho que me impresionó. Pero perversidades como el homosexualismo son parte de la historia y entre hombres cultos no hay por qué silenciarlas.

—No me refería solamente a las prácticas homosexuales del hermano de Torecha y de otros naturales, a quienes los españoles sorprendieron vestidos de mujer en actos deshonorosos. Me refiero, más bien, a la reacción de Balboa ante tan bochornoso espectáculo. Mandó echarles a los perros para que los despedazaran.

—¿Leoncico entre ellos? —comentó el Papa, mordaz.

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero debo suponer que sí.

—La mancha en la reputación de Vasco Núñez por la matanza innecesaria se oscurece aún más con este incidente. Pero prosigamos, Pedro, que ya estamos casi allí —dijo León X con evidente impaciencia.

Pedro Mártir vaciló un instante.

—Si Vuestra Santidad me lo permite, hay otro detalle ocurrido en la región del cacique Torecha que me gustaría comentar.

—Adelante, adelante —respondió León X, resignado.

—Se trata de una curiosidad histórica, pero digna de ser rescatada. Según el relato de algunos de los integrantes de la expedición de Balboa, encontraron varios negros africanos, que habitaban con la tribu de una pequeña aldea más próxima a la costa, contra la que frecuentemente combatía Torecha.

—Ahora que lo mencionáis lo recuerdo de vuestras cartas. La pregunta, por supuesto, que me hice entonces y os hago ahora, es ¿de dónde salieron esos negros y cómo llegaron allí antes que los descubridores del Darién?

—Investigué hasta donde pude sin llegar a ninguna conclusión. Sabemos que ya había negros esclavos en el Nuevo Mundo desde principios de los mil quinientos, algunos de ellos traídos de la metrópoli. Así, uno de los acompañantes de Balboa durante el descubrimiento era un negro africano, Nuflo de Olano, aunque no iba como esclavo. Pero, según lo que se me ha dicho, el mismo Nuflo era muy diferente en su aspecto a los africanos que se encontraban en el poblado de Torecha. Se asegura que estos habían llegado de Etiopía, aunque desconozco con qué fundamento.

—Un verdadero enigma. Aunque cabría hacerse la misma pregunta sobre los aborígenes que habitan en el Darién. ¿Han estado allí desde siempre? Pero misterios más grandes se han visto en la historia que permanecen sin resolver.

—¿Continuamos, entonces, con el último trayecto que recorrió Balboa antes del descubrimiento?

—Adelante, Pedro Mártir.

En ese momento tocaron a la puerta y el Papa ordenó que pasaran. Filippo de Lombardía entró a la estancia con paso apresurado, saludó con una inclinación de cabeza y susurró algo al oído de León X.

—¿Están todos los cardenales reunidos? —preguntó el Papa, molesto.

—Así es, Padre Santo.

—Perdón, Pedro Mártir —dijo León X mientras se levantaba—, pero tengo un asunto urgente que atender. Continuaremos mañana.

—Aquí estaré a la misma hora, Vuestra Santidad.

Siete

A las diez en punto entró León X al salón de los relatos, donde ya lo esperaba Pedro Mártir. Su ceño fruncido reflejaba una preocupación que no pasó inadvertida al cronista.

—Buenos días, Pedro —saludó, la cabeza le oscilaba—. Hoy dispondremos de menos tiempo del acostumbrado porque mis deberes papales me obligan a atender sin demora la situación con Lutero, que se ha vuelto urgente. No entiendo cómo los agustinos permitieron que un ser tan despreciable ingresara en su orden. Es un borracho incorregible que trata de aprovecharse de un mal momento de la Iglesia para iniciar una rebelión. Pero vamos a lo nuestro que ya la Mar del Sur está más cerca.

—Gracias, Vuestra Santidad. No hace falta decirlo que, si fuera necesario, no tengo ningún reparo en permanecer unos días más en Roma de modo que podáis atender los importantes asuntos relacionados a vuestra misión como cabeza de la Iglesia católica.

—Os lo agradezco, Pedro. Es cierto que nuestra Iglesia atraviesa hoy por un momento difícil, peligroso para su universalidad. Pero, creedme, puedo atenderlo sin necesidad de sacrificar el placer que me producen estas charlas con el autor de las *Décadas del Nuevo Mundo*. Como habréis podido notar, la cultura, y la historia como parte de ella, son muy importantes en mi vida. Y ¿qué más se puede pedir que escudriñar y comprender los hechos históricos de labios de quien le ha tocado conocerlos de muy cerca? Así es que, adelante, por favor.

—Gracias por vuestra amabilidad. Los indígenas de Torecha, tomados prisioneros por Vasco Núñez, le aseguraron que para divisar el nuevo mar solamente hacía falta escalar la montaña que se levantaba frente a ellos y que no les tomaría más de una puesta de sol alcanzar la cima. Le advirtieron que tendría que pasar por el poblado de otro cacique llamado Poroque, aunque añadieron que él y sus guerreros, enterados ya de la matanza de Cuarecuá, probablemente huirían para no sufrir la misma suerte bajo el poder del invasor. Vasco Núñez dejó en el poblado una guarnición con quince de sus hombres, los menos aptos para continuar, y emprendió nuevamente la marcha

el día 24, tan pronto amaneció. En el camino habían pasado por el poblado del cacique Poroque y, tal como anticiparan los guías, lo encontraron desierto. Cuando el sol comenzaba a ocultarse, la columna de los sesenta y siete hombres restantes todavía no alcanzaba la cima. La mañana siguiente, con la salida del sol, reemprendieron la marcha, siempre un hombre detrás de otro. A cada paso el ascenso se tornaba más arduo por lo escarpado y empinado del terreno y, cerca del mediodía, según anotó el escribano Valderrábano en su sumario, los guías de Torecha se detuvieron para indicarle a Vasco Núñez que desde la pequeña cúspide que se alzaba frente a ellos, a escasos doscientos pasos, se podía divisar el gran mar que buscaban. Vasco Núñez pidió a sus hombres que se detuvieran y continuó el ascenso solo. Cuando llegó a la cumbre, lo vieron detenerse y mirar hacia el horizonte antes de levantar los brazos al cielo, caer de rodillas e inclinar la cabeza en gesto de oración. Tan pronto se incorporó llamó al resto del contingente, que subió con renovada energía para finalmente contemplar la infinita masa de agua azulada que, interrumpida únicamente por la silueta de algunas islas distantes, se ofrecía ante sus ojos. Abajo, a unas cuatro leguas de distancia, frente a la costa selvática, se abría un hermoso golfo. Cuando estuvieron todos reunidos, Vasco Núñez invocó a la Virgen y a Nuestro Señor, pidió a los hombres que se arrodillaran y le solicitó al canónigo Andrés de Vera bendecir el momento y el lugar. Concluidas las solemnidades se incorporaron y el dominico entonó un *Te Deum laudamus*, que varios corearon. Después, Vasco Núñez se dirigió a la tropa, destacó la importancia del momento para la Corona de Castilla, en cuyo nombre tomaría posesión del nuevo mar y de todas sus costas, conocidas y por conocer. Les habló también de las grandes riquezas que el descubrimiento de la Mar del Sur traería para cada uno de los que lo acompañaban en ese momento histórico y pidió al escribano real que levantara un acta con los nombres de los sesenta y siete varones que allí se encontraban esa hermosa mañana del 25 de septiembre de 1513. El primer nombre que escribió Andrés de Valderrábano fue el de Vasco Núñez y luego siguieron, como segundo y tercero, los del canónigo Andrés de Vera y del capitán Francisco Pizarro. —Pedro Mártir hizo una breve pausa—. Quiero confesaros que, transcurridos varios años del descubrimiento, he leído el acta donde constan los sesenta y siete nombres y la emoción que sentí es indescriptible.

—¡Qué momento tan memorable para Balboa, para sus acompañantes y para todos los hombres! —exclamó, conmovido, León X.

—Así pasará a la historia, Vuestra Santidad, como un momento estelar de la humanidad. Terminadas las ceremonias, los hombres comenzaron a felicitarse y a dar saltos y exclamaciones de alegría, ante el asombro de los indígenas que nada entendían del alboroto suscitado entre aquellos extraños invasores por un mar que sus ojos habían contemplado desde siempre.

—¿Así es que Pizarro estuvo también al lado de Balboa aquel 25 de septiembre de 1513? —más que preguntar afirmó socarronamente el Papa.

—Y como tercero en la lista de los sesenta y siete. Seguramente Pizarro vislumbró desde entonces, igual que Vasco Núñez, que la exploración de ese nuevo mar produciría riquezas enormes a la Corona y a aquellos que se aventuraran a navegarlo. Este es un tema al que regresaremos cuando nos acerquemos al final de la saga de Vasco Núñez.

—Para lo cual todavía faltan ¿cuántos años? Seis, ¿no? Increíble que en tan poco tiempo Balboa pasara de flamante descubridor a primer conquistador decapitado en el Nuevo Mundo.

—Lamentablemente así ocurrió. En el sitio desde el cual había divisado por primera vez la Mar del Sur, Vasco Núñez hizo improvisar con piedras un pequeño túmulo y mandó a cortar un árbol para insertar allí una gran cruz y repetir que tomaba posesión del nuevo mar en nombre de Nuestro Señor, de la Virgen y de los reyes de España. Poco después inició el descenso. Los guías de Torecha le advirtieron que para alcanzar la orilla tendrían que avanzar por el cacicazgo de Chape, cuya líder era una mujer de bravura bien conocida. En las afueras del poblado esperaban los indígenas para combatir a los invasores, pero bastaron la fiereza de los perros, los disparos atronadores de los arcabuces y los certeros flechazos de las ballestas para hacerlos huir.

—Imagino el asombro y el terror de los naturales del Darién cuando veían y escuchaban por primera vez el disparo de un arma de fuego —comentó el Papa.

—Según lo que me han dicho algunos soldados, cuando sonaban los disparos los aborígenes creían que los españoles guardaban en los arcabuces el trueno y el relámpago. El temor de pensar que se enfrentaban a dioses permitió a los conquistadores, a pesar de su gran inferioridad numérica, vencer más fácilmente a las tribus indígenas.

—¿Se sabe, aunque sea aproximadamente, cuantos indígenas habitaban en el Darién el año del descubrimiento? —preguntó el Papa.

—Es difícil precisarlo, Vuestra Santidad. Sabemos que había por lo menos cuarenta cacicazgos que hablaban el idioma Cueva, algunos más poblados que otros. Yo calculo que, en promedio, en cada uno habitarían

alrededor de seis mil naturales, lo que nos daría un total aproximado de doscientos cuarenta mil nativos, solamente en el Darién. Por su parte, los españoles que arribaron y permanecieron durante ese período no pasaron nunca de quinientos. El descubrimiento y las últimas entradas las llevó a cabo Vasco Núñez con menos de cien hombres.

—La superioridad numérica fue vencida por los arcabuces, las ballestas, las espadas, las picas, las lanzas y los perros —comentó León X.

—Espadas, picas y lanzas de hierro, Vuestra Santidad. Los indígenas también las tenían, pero fabricadas de madera, que herían y golpeaban, pero no mataban. Y las flechas envenenadas, que podían haber contribuido a igualar la letalidad del armamento del invasor, no existían en el Darién. Debo decir también que, en el caso de Vasco Núñez, particularmente, influyó también la política de guante de hierro y guante de seda que él practicó con gran éxito, y que convirtió en aliados a muchas de esas tribus. Él podía, en un momento, pasar de ser un odiado Goliat a convertirse en un anhelado Elíseo.

—Interesante comparación, Pedro Mártir, en la que combináis la Biblia con la mitología.

—Gracias, Santo Padre, aunque sé que a veces tiendo a exagerar. Sabiéndose a menos de una legua del mar recién descubierto, Vasco Núñez decidió acampar en Chape y envió por la cacica para parlamentar. Quien apareció al día siguiente fue su hermano, que rápidamente congenió con aquel hombre alto y blanco, sin duda un enviado de dios porque tenía la potestad de dominar el relámpago y el trueno en los palos lanzafuegos de sus soldados. El capitán extremeño decidió entonces enviar de vuelta a Cuarecuá a un par de sus soldados y a los guías prestados por el cacique Torecha para traer a los compañeros de armas que habían permanecido allá, recuperándose. Después de averiguar con el hermano de la cacica la existencia de varias rutas para llegar al golfo que contemplaran desde las alturas el día del descubrimiento, Vasco Núñez formó tres grupos de doce hombres para encontrar el trayecto más conveniente, al frente de uno de los cuales iba Francisco Pizarro. La partida que logró llegar primero al nuevo mar fue la que dirigía Alonso Martín, a quien la historia reconocerá como el primer español en mojarse en las aguas de la Mar del Sur y comprobar que era salada como la de la Mar del Norte. Tras un merecido descanso, Vasco Núñez mandó a hacer los preparativos para consumir la posesión del nuevo mar y el 29 de septiembre, cuatro días después del descubrimiento, acompañado de veintiséis de sus hombres, inició la marcha hacia el golfo que él había denominado San Miguel, por ser ese el día que el santoral reconoce al Arcángel jefe de los

ejércitos de Dios. Al final de la mañana, vistiendo sus mejores galas y portando un estandarte en el que figuraban de un lado la Virgen y el Niño y del otro el escudo de Castilla y de León, llegó finalmente Vasco Núñez a la orilla de su mar. Allí se encontró con una lama blanda y profunda que hacía muy dificultoso caminar hasta el lugar donde en ese momento llegaba la marea. Recordó entonces que el hermano de la cacica había comentado que el mar que buscaban iba y regresaba y decidió esperar con sus hombres junto a los árboles que, hasta donde alcanzaba la vista, crecían a lo largo de la orilla. Al cabo de unas horas observaron cómo iba avanzando el mar hasta que las aguas alcanzaron las raíces de la arboleda. Vasco Núñez se colocó entonces el yelmo y la coraza, entró en el agua hasta la altura de las rodillas, el estandarte en una mano y su espada en la otra, y proclamó que tomaba posesión real de aquel mar y de todas sus costas en nombre de los reyes don Fernando y doña Juana para bien de la humanidad. Luego invitó a los que permanecían en la orilla a acompañarlo para probar que el agua, como la del mar ya conocido por ellos, sabía a sal. Antes de concluir la ceremonia, el canónigo de Vera entonó el *Te Deum laudamus*, que todos corearon en honor al Creador de la tierra, del mar y de todo lo visible y lo invisible. De vuelta en la orilla, Vasco Núñez ordenó a Valderrábano que dejara constancia del acto, mediante el registro del nombre de cada uno de los veintisiete que allí se encontraban esa tarde gloriosa del 29 de septiembre de 1513. Una vez más, los tres primeros nombres que encabezaron la lista fueron los de Vasco Núñez de Balboa, Andrés de Vera y Francisco Pizarro. Después, los hombres se dedicaron a levantar un montículo de piedra rematado por una cruz y a escribir los nombres de los reyes en los árboles más próximos a la orilla.

—¡Qué gran descubrimiento y qué acontecimiento tan hermoso! — exclamó León X—. Al escucharlo de vuestros labios se contagia uno de la emoción que debieron sentir aquellos hombres ese 29 de septiembre de 1513.

—Os agradezco, Vuestra Santidad. También yo me emociono al narrarlo, sobre todo porque, a pesar de la importancia y trascendencia del hecho, hubo sencillez en la forma de llevarlo a cabo. Pero Vasco Núñez no se conformaría con descubrir el nuevo mar sino que quiso enseguida saber más de lo que sus costas y sus islas podían ofrecer. Varios meses se tardaría el capitán extremeño en regresar a Santa María después del descubrimiento, tiempo durante el cual se dedicó a explorar hasta donde pudo las costas y algunas islas cercanas. Guiado por el hermano de la cacica, guerrero chape cuyo nombre nunca pude averiguar, se internó de nuevo en la selva para realizar una entrada en el cacicazgo de Coquera, de quien se decía que guardaba

mucho oro y conocía de lugares donde abundaban las perlas. Coquera se puso al frente de sus guerreros para enfrentar al invasor, pero, una vez más, aquellos hombres blancos extrañamente vestidos, las caras llenas de pelos, con sus perros y sus armamentos, los hicieron huir sin combatir. Persuadido por los mensajeros chape, enviados por Vasco Núñez, Coquera regresó a parlamentar y acabó cambiando seiscientos cincuenta pesos de oro por collares de vidrio, espejos y utensilios de hierro. También habló de una isla muy rica cuyo cacique, Terarequí, un hombre cruel, hacía alarde de la cantidad de perlas que allí se recogían. El extremeño regresó a Chape para organizar una excursión a la isla de las perlas y, desoyendo el consejo del hermano de la cacica sobre lo encrespado del mar en esa época, hizo preparar varias canoas para embarcarse con algunos de sus hombres rumbo a la isla, que ya había denominado Isla Rica. Tal como le habían advertido, tan pronto salieron del golfo, el oleaje embravecido amenazó con hacerlos naufragar teniendo que buscar refugio en un islote desierto. Esa noche, cuando subió la marea, estuvieron a punto de perecer ahogados y al amanecer se vieron obligados a regresar a la costa con las canoas seriamente deterioradas. El hermano de la cacica le habló entonces a Vasco Núñez del cacicazgo de Tumaco, que también era rico en perlas y al que, por estar ubicado en la costa, se podía llegar navegando sin los peligros de alta mar. Hacia allá partieron los españoles en canoas prestadas por el jefe chape, quien, en compañía de varios de los suyos, fue con ellos.

—Veo que ahora las perlas remplazaban al oro —comentó León X.

—Efectivamente, la abundancia de perlas fue una agradable sorpresa para Vasco Núñez, quien permaneció veintidós días en Chape —hasta el 18 de octubre— una semana menos de lo que le había tomado llegar desde Santa María a la Mar del Sur. Mucho influyó en tan larga estadía la necesidad de descansar, de permitir que se recuperaran sus hombres enfermos o heridos, y de explorar el área, a la que estaba seguro de regresar un día no muy lejano. También fue determinante la amistad que le profesó el pueblo Chape, especialmente el hermano de la famosa cacica, de cuya existencia he llegado a dudar porque nunca se dejó ver ni aparece en ninguna de las narraciones que a mí han llegado.

—Comprendo los motivos de Balboa, Pedro, pero, aun así, me resulta extraño que se alejara por tanto tiempo de Santa María, consciente como estaba de que la Corona había decidido remplazarlo como gobernador.

—He meditado en ello, Santo Padre, sobre todo porque Vasco Núñez no regresaría a Santa María hasta el 19 de enero de 1514, es decir, casi cinco

meses después de su partida. Creo que su principal interés se cifraba en conocer muy bien el territorio, saber cómo eran y cómo tratar a los demás caciques y en qué región había más abundancia de oro u otras riquezas. En otras palabras, fortalecer su presencia en el Darién de modo que el nuevo gobernador no pudiera prescindir de él.

—Lo que decís es muy lógico. Pero os interrumpí cuando llegaba Balboa a un nuevo cacicazgo en la costa de la Mar del Sur.

—Interrupciones que aprecio, como ya lo sabe Vuestra Santidad. En Tumaco ocurrió igual que en las otras entradas de los españoles. Hubo un breve enfrentamiento en el que fallecieron algunos indígenas y ningún español. El cacique, que resultó herido en la batalla, huyó a esconderse en las montañas y poco después, convencido por los mensajeros chape de que el invasor era un hombre justo, envió por delante a su hijo. A los dos días llegó él mismo con oro y doscientas cuarenta perlas magníficas que, como ya era costumbre, entregó a Vasco Núñez a cambio de baratijas, seguetas y machetes. Deseoso de hacer amistad con el invasor y enterado de su apetencia por las perlas, Tumaco envió a varios de los suyos a pescarlas en unas isletas no muy alejadas de la costa. Regresaron los indígenas con más de doce libras de perlas tan grandes como habas, que mucho impresionaron al de Jerez de los Caballeros e igual habrían impresionado a la misma Cleopatra. Vasco Núñez estableció con el cacique Tumaco, su familia y sus vasallos una amistad tan estrecha como la que ya tenía con los chape. Fue Tumaco quien le habló a Vasco Núñez de otra tribu, que habitaba mucho más allá de donde terminaba el sur, que navegaba a vela y poseía grandes cantidades de oro. También volvió a hablarle de Terarequí, el poderoso y malvado cacique que dominaba la gran isla que desde los bohíos de Tumaco se miraba en lontananza, la misma que ya Vasco Núñez había denominado Isla Rica y que conocía por referencia de los chape. Enterado de los abusos de ese cacique contra el pueblo de Tumaco, y deseoso de apoderarse de las riquezas que la isla podía ofrecer, Vasco Núñez propuso ir a combatirlo, pero el cacique y el jefe chape le hablaron de que en esa época se embravecía mucho la mar y resultaba imposible navegar. Tras mucho discutir, Vasco desistió de su propósito, no sin antes prometerse a sí mismo que muy pronto regresaría con embarcaciones que le permitieran navegar sin peligros para conquistar Isla Rica.

—Algo que, si bien recuerdo, haría más tarde —comento León X.

—Así ocurriría después de la llegada de Pedrarias Dávila como nuevo gobernador de Santa María. En Tumaco permaneció hasta que decidió que

había llegado el momento de regresar a Santa María, pero antes se propuso tomar nuevamente posesión de su mar. En esta ocasión se hizo acompañar por el jefe chape, por el cacique Tumaco, varios de sus súbditos y por veintiocho de sus soldados, muchos de los cuales, por haber estado recuperándose de sus heridas o enfermedades, no habían podido participar en la primera toma de posesión. El sitio escogido esta vez fue una hermosa playa de arena clara y fina situada en la orilla de un pequeño golfo que bautizó con el nombre de San Lucas. Allí, el 29 de octubre, ante la mirada curiosa de los indios, exactamente un mes después repitió Vasco Núñez la misma escena de la toma de posesión original. De nuevo levantó el escribano Valderrábano el acta del acontecimiento, esta vez con 28 nombres entre los que todavía figuraba en tercer lugar el del capitán Francisco Pizarro. El segundo nombre fue esta vez el de Bartolomé de Hurtado, aquel amigo que le había ayudado a embarcarse en la Española como polizón rumbo al Nuevo Mundo.

—¿A qué obedecería que Balboa quisiera realizar una segunda toma de posesión de la Mar del Sur? ¿No os parece curioso?

—Pienso que fueron varias las razones. La más importante, el deseo de que en ella participaran e inscribieran sus nombres los soldados que no habían podido hacerlo la primera vez. La segunda, su deseo de que los caciques amigos fueran testigos de que ese mar y sus costas pertenecían ahora a la Corona española. La tercera, y tal vez la más trivial, que el paraje era más hermoso y ahora podía entrar en el agua sin necesidad de esperar porque conocía el comportamiento del nuevo mar donde la marea podía subir y bajar la altura de tres hombres.

—¿Tanto así sube la marea en la Mar del Sur? —preguntó, extrañado, León X.

—Así me cuentan, Vuestra Santidad, a diferencia de la Mar del Norte donde las mareas no suben más allá de la cintura de un hombre.

—¡Increíble! En cuanto a lo que decís de la segunda toma de posesión —dijo León X, con picardía—, debo señalar que a veces las trivialidades sirven para explicar conductas que de otro modo resultarían inexplicables. Pero estoy convencido de que será la primera fecha la que quedará inscrita en la historia, el 29 de septiembre.

—Sin lugar a duda. Puedo aseguraros de que así se reconoce ya y se reconocerá siempre. Algunos días más tarde, cuando llegó el momento de decidir por qué ruta regresaría a Santa María, Vasco Núñez se sentó a analizar las alternativas con los caciques y los guías aborígenes que aún lo acompañaban. Podían volver por el mismo camino por el que habían venido o

dirigirse hacia el noroeste, bordeando la serranía para cruzarla cuando disminuyera su altura, y explorar así nuevos cacicazgos que, según aseveraban los caciques rivales, eran los más ricos de la región. La ruta tenía también la ventaja de que al girar de vuelta hacia el levante, rumbo a Santa María, pasaría por el cacicazgo de Comagre, cuya amistad y generosidad eran dignas de otra visita.

—Nuevamente debo señalar, Pedro Mártir, que me parece extraño que Balboa no escogiera regresar por el camino más corto. Muy confiado debería estar en quienes permanecían al frente del gobierno de Santa María.

—Como ya comenté a Vuestra Santidad, el afán de explorar era notorio en Vasco Núñez, más aún si la recompensa se traducía en mayores riquezas, como realmente ocurrió. Por otra parte, él sabía que en Santa María no había nadie capaz de liderar una revuelta contra él. El único que tal vez podría hacerlo, Francisco Pizarro, permanecía a su lado.

—Aun así, en aquellos tiempos... pero seguid.

Observando que el Papa se impacientaba ante el extenso recorrido de Vasco Núñez luego del descubrimiento, Pedro Mártir decidió ahorrar detalles y acelerar la narración.

—En el camino de vuelta a Santa María, el descubridor de la Mar del Sur hizo entrada en varios cacicazgos: Tevaca, Pacra, Buchibirica, Pocorosa y Tubanama, entre los más importantes, de los cuales vale la pena detenerse únicamente en los de Pacra y Tubanama, porque allí ocurrieron incidentes dignos de destacar. Ya se ha visto que en todas las entradas del capitán extremeño la rutina era la misma: hubiera o no batalla, que las hubo, aunque pocas, los caciques huían, Vasco Núñez enviaba mensajeros a pedirles que regresaran a parlamentar y al final intercambiaba regalos insignificantes por oro. Invariablemente se celebraban acuerdos de paz, que a veces resultaban en una verdadera amistad entre los caciques y el capitán español. Los acuerdos eran necesarios porque tras cada jornada había soldados que enfermaban y debían permanecer un tiempo recuperándose. Además, en cada cacicazgo que conquistaba, Vasco Núñez reclutaba nuevos guías que conocían mejor los caminos por recorrer. Sin embargo, en el cacicazgo de Pacra ocurrió un incidente que no por trágico deja de ser curioso. Ante la llegada de los españoles, el cacique, igual que muchos, había huido de la población y cuando regresó en son de paz los españoles se sorprendieron ante su repulsiva fealdad. Se trataba de un individuo muy grande, totalmente deforme de cuerpo y rostro, un verdadero monstruo al decir de todos. Sin embargo, su cacicazgo era de los más ricos y de todos los recorridos hasta ese momento

fue el de Pacra el que más oro intercambiaría con Vasco Núñez. Tanta riqueza motivó que se le interrogara para saber la ubicación de sus minas, que Pacra se negó a revelar. Sometido a torturas, no soltó palabra, por lo que Vasco Núñez, enterado además de que practicaba la sodomía desde joven, ordenó que lo aperrearan.

—¿Qué lo aperrearán? —preguntó, extrañado León X.

—Sí, que le soltarán los perros, Vuestra Santidad.

—Extraño y vergonzoso proceder, como bien decís, Pedro Mártir. Supongo que, antes que su fealdad y malos hábitos, fue su negativa a revelar dónde se hallaba el oro lo que determinó que Pacra sufriera una muerte tan inhumana.

—Concuerdo en que así fue, en detrimento de la reputación de Vasco Núñez, quien permaneció veinte días en el cacicazgo de Pacra recuperando fuerzas mientras recibía regalos y loas de algunos cacicazgos menores de la región por haber dado muerte al gran enemigo común. De allí decidió continuar rumbo al norte y al poniente hasta la región de Pocorosa, cacicazgo que se encontraba cercano a la costa de la Mar del Norte, donde fue bien recibido. Una semana después, confrontado con un agotamiento que presagiaba enfermedad, Vasco Núñez decidió, finalmente, emprender el regreso a Santa María. Giró hacia el levante con el ánimo de visitar de paso a los caciques amigos Comagre, Ponca y Careta. En la ruta tendría que pasar por el territorio de Tubanama, de cuyo cacique se decía que era el más fiero y rico de la región. Con los sesenta hombres que todavía mantenían fuerzas para combatir, Vasco Núñez llegó al poblado de noche y en sigilo para sorprender y hacer prisionero al cacique, a quien amenazó de muerte si no le entregaba oro y le revelaba los lugares de donde lo extraía. Tubanama era temido y odiado por el resto de los caciques porque, siendo rico y poderoso, robaba las mujeres de otras tribus para mantenerlas como rehenes y concubinas. Como ya era costumbre, Vasco Núñez llegó a un acuerdo de paz con Tubanama, tras intercambiar oro por las consabidas baratijas, seguetas y cuchillos de hierro. Pero, a pesar de los regalos, el cacique insistió en que no poseía minas de oro, porque el metal le era traído como tributo de otros cacicazgos, entre ellos el de Comagre. En Tubanama, enflaquecido y desfalleciente por los rigores de los combates y el largo peregrinaje, Vasco Núñez cayó enfermo con grandes calenturas, a tal punto que tan pronto el resto de sus hombres llegaron de Pocorosa, hubo de salir de Tubanama cargado por los indígenas en una hamaca.

—¿Hamaca? —preguntó, curioso, León X.

—Sí —respondió, sonriente, Pedro Mártir—. Son una especie de mantas alargadas, entretejidas de alguna fibra, algodón casi siempre, que normalmente se amarran por cada uno de sus extremos a las columnas de las viviendas o entre dos árboles. Los aborígenes las utilizan para descansar y dormir. Son muy comunes entre los nativos de la Española y del Darién y, según me cuentan, ahora se llevan en las embarcaciones cuando se emprenden largas travesías por el poco espacio que ocupan y por su comodidad. Mientras los hombres duermen o descansan, las hamacas se balancean al compás del barco.

—Interesante, Pedro Mártir. Me parece que en Italia aún no se conocen.

—Se me dificulta imaginármelas en palacios como este —bromeó Pedro Mártir.

—Habría que probar si son tan útiles y cómodas como las describís —reflexionó León X—. Hasta para llevar a un hombre enfermo sirven, como fue el caso de Balboa, quien, finalmente, ya está llegando de regreso a Santa María.

—Así es, Vuestra Santidad —afirmó Pedro Mártir, sonriendo discretamente—. De Tubanama salió Vasco Núñez el 25 de diciembre, día de la Natividad del Señor, rumbo a la región de Comagre. Con él iban, además de sus hombres y los aborígenes que lo acompañaban, las más de sesenta mujeres secuestradas por Tubanama, que este había accedido a entregar a Vasco Núñez para ser devueltas a sus tribus. Marchaba también uno de los hijos que el cacique confió al capitán español para que lo criase conforme a las costumbres, la religión y el idioma de los hombres blancos.

—Muy interesante esa actitud del cacique, anticipando el dominio de los españoles sobre aquellas regiones salvajes. Me pregunto qué sería de aquel muchacho.

—Imposible saberlo, Vuestra Beatitud. Pero si se educó en nuestra religión y nuestras costumbres y aún sigue con vida, no sería extraño que, para bien de su pueblo, hoy ejerza algún liderazgo en aquella región.

—Es lo que debe esperarse de una acción colonizadora apegada a las enseñanzas del cristianismo —subrayó León X.

—Que es, precisamente, lo que se ha propuesto la Corona española y la misión que corresponde, primordialmente, a las órdenes religiosas y a los servidores de Nuestro Señor, como somos nosotros, Vuestra Santidad.

—Concuerdo, Pedro Mártir, aunque resulte difícil velar por que nuestros deseos se cumplan, dado lo muy lejos que estamos los reyes y los papas del

Nuevo Mundo. Pero proseguid, por favor, que ya va siendo poco el tiempo del que dispongo esta tarde para seguir escuchando tan agradable charla.

—Si Vuestra Santidad así lo desea podemos continuar mañana.

—Mañana no podré, Pedro Mártir, pero antes de que terminemos hoy quisiera que llevéis a Balboa hasta Santa María. Os adelanto que para celebrar que se cumple ya una semana del inicio de nuestras conversaciones he pedido a Filipo que os acompañe a conocer algo de Roma y el resto del Vaticano.

—Gracias por tanta amabilidad. Os aseguro que ahora sí ya es poco lo que falta. A la región de Comagre llegó Balboa el 1.º de enero de 1514 y fue recibido con pompa y alegría por Panquiaco, el primer indígena que le había hablado de la existencia del otro mar, quien, debido al reciente fallecimiento de su padre, ahora lideraba la tribu. Se hacía llamar Don Carlos, como el heredero del rey de España, cuyo nombre el gran Comagre ya no podría llevar. Con Panquiaco permaneció Vasco Núñez doce días, todavía tratando de recuperarse de sus dolencias, y el 13 de enero salió rumbo a la región del cacique Ponca, donde arribó dos días más tarde. A diferencia de la última vez, fue recibido con gran cordialidad y le informaron de que hacía tres días habían fondeado frente a Santa María dos embarcaciones de gran velamen. Preocupado por las noticias que podrían haber llegado de España, Vasco Núñez escogió entre sus hombres los veinte que se hallaban en mejores condiciones y siguió ese mismo día rumbo a Careta. Agotado por la marcha forzada, llegó el 17 de enero y fue recibido por su suegro con grandes muestras de alegría. Debo señalar que en cada uno de estos tres cacicazgos, Comagre, Ponca y Careta, también había recogido Vasco Núñez, siempre en trueque, valiosas piezas de oro. En el puerto aguardaban las mismas embarcaciones que habían traído a Vasco Núñez y a su tropa desde Santa María hacía cinco meses y en ellas se embarcó la tarde del día siguiente en compañía de veinte de sus hombres y de doscientos indios naborías procedentes de las diferentes tribus por él visitadas. Dos días más tarde, el 19 de enero de 1514, arribó de vuelta a Santa María.

—¡Finalmente completó Balboa el viaje del descubrimiento! —exclamó, alborozado, León X, mientras se levantaba—. Espero que os divirtáis mañana, porque pasado mañana continuaremos para saber qué noticias esperaban en Santa María al descubridor de la Mar del Sur.

Ocho

Al día siguiente, pasadas las diez de la mañana, Filippo de Lombardía y Pedro Mártir abordaron el carruaje papal para ir a visitar algunos de los edificios, monumentos, esculturas y obras de arte que el despertar cultural había traído a Roma y al Vaticano. Recorrieron primero algunas de las ruinas cuyo rescate y preservación habían ordenado los papas Alejandro VI, Julio II y el mismo León X. El gran Coliseo, el Panteón, el Teatro de Marcelo, el Mausoleo de Adriano y el Estadio de Domiciano, entre muchas otras, hicieron recordar a Pedro Mártir las lecturas que habían despertado en él una permanente admiración por el Imperio romano.

—Las ruinas están en mucho mejor estado que la última vez que las vi, hace treinta años —comentaba el humanista italiano a medida que el coche avanzaba.

—Los papas las han cuidado. Podríamos ver algunos otros restos milenarios bien conservados, pero quisiera llevaros al Vaticano donde guardamos obras de arte recientes de increíble exquisitez —dijo Filippo.

Camino de la Plaza de San Pedro pasaron por las vías recién construidas de la Scroffa y de la Ripetta, a lo largo de las cuales se levantaban edificios majestuosos, unos ya terminados y otros en plena construcción.

—Cuando todas estas obras hayan sido concluidas Roma será sin duda la ciudad más hermosa de Europa —observó Pedro Mártir.

—Es una de las tareas que se ha impuesto el Santo Pontífice por ser Roma la capital de los Estados Pontificios —respondió, con cierto orgullo, monseñor de Lombardía—. Pero, repito, lo mejor, que son las esculturas y pinturas que algún día adornarán el interior de la Basílica de San Pedro, aún no las hemos visto.

En la Plaza de San Pedro la construcción de la gran iglesia parecía progresar lentamente dada la poca cantidad de trabajadores que allí laboraban. Después de descender del coche, Filippo de Lombardía y Pedro Mártir continuaron a pie para entrar al sitio de la obra. Las dimensiones eran de un tamaño inimaginable, pero lo que más impresionó al cronista de Indias fue la altura a la que se trabajaba para armar la estructura de la cúpula.

—Esta será sin duda la edificación más grandiosa de Europa —comentó, levantando la vista hacia el domo.

—Varios pontífices tendrán que continuar la construcción —respondió Filipo, algo resignado—. En la cúpula que observáis se trabaja el esqueleto de la estructura para saber cómo lucirá cuando la obra finalice.

—No alcanzo a imaginar siquiera cómo podrán llevar los materiales a esas alturas.

—Para los legos es incomprensible, pero si escucháis a Rafael, quien, aunque enfermo, es ahora el arquitecto encargado, llegaréis a la conclusión de que nada es imposible. Pasemos a la capilla temporal, que sirve también como depósito, donde os enseñaré algunas de las obras de arte que algún día enriquecerán los diferentes altares, paredes y muros de la basílica.

—Espero que antes de regresar tengamos tiempo para visitar nuevamente la Capilla Sixtina —casi rogó Pedro Mártir.

—No os preocupéis, excelencia, que así está previsto. De aquí pasaremos allá.

El recinto al que entraron era muy amplio. Todas las paredes estaban cubiertas con pinturas de los artistas más renombrados de Italia, entre ellos algunos cuyos cuadros adornaban también las paredes de la Sixtina.

—¡Qué maravillosa época estamos viviendo! —exclamó Pedro Mártir.

—Tomaos el tiempo que necesitéis, pero después os quiero enseñar la escultura que, en mi opinión, es la obra de arte más hermosa creada por el hombre.

Curioso por conocer a qué respondía el inesperado entusiasmo del secretario papal, Pedro Mártir tardó menos de lo que hubiese querido en apreciar las excelsas pinturas religiosas destinadas a embellecer algún día la Basílica de San Pedro. Después de pasar junto al altar, no por provisional menos espléndido, se encaminaron hacia un costado del edificio para observar la escultura que representaba a Moisés con las tablas de la ley.

—¡Verdaderamente impresionante! —dijo Pedro Mártir, mientras se acercaba a ver los detalles—. Pareciera que Moisés quisiera hablar. ¿Quién es el escultor?

—Miguel Ángel, el de la Capilla Sixtina. Pero no es esta la obra a la que me referí antes. Seguidme.

Al final del recinto entraron a un pasillo que llevaba al salón donde se guardaban otras esculturas de diversas épocas. Filipo de Lombardía se dirigió hacia una de las paredes laterales para mostrar a Pedro Mártir una de gran tamaño que representaba a la virgen María con Jesús en su regazo, recién

bajado de la cruz. Después de contemplarla, extasiado, el cronista de Indias se arrodilló e inclinó la cabeza para orar. Cuando se levantó, ayudado por Filipo, había lágrimas en sus ojos.

—En los años que llevo vividos nunca han visto mis ojos nada tan sublime. El rostro eternamente joven de la virgen, mientras carga en los brazos el cuerpo exánime de su hijo, expresa, a la vez, un gran dolor y una profunda paz. ¿Quién esculpió esta maravilla?

—Si os acercáis un poco más podréis leer la rúbrica del autor.

—¡Miguel Ángel! —exclamó Pedro Mártir—. Y qué apropiado el nombre escogido: *Piedad*.

—Lo más impresionante es que terminó de esculpirla cuando contaba solo veinticuatro años.

—Qué privilegio vivir en Roma en esta época maravillosa y tener la dicha de conocer a genios de la talla de Miguel Ángel. Os envidio, monseñor.

—Seguramente que antes de regresar a España tendréis la oportunidad de conocerlo personalmente. Como ya pudisteis apreciar por el encontrón de hace unos días, su carácter es impredecible pero su genialidad incuestionable. Cuando tengáis a bien podemos pasar a la Capilla Sixtina para seguir admirando su obra. Si os parece, a la una regresaremos al palacio papal para que almorcéis y podáis reposar durante la tarde. Seguro que también queréis escribir.

—Escribir y avanzar con algunas lecturas que tengo rezagadas, monseñor. Tan pronto llegue a Valladolid, contaré al rey sobre el renacer que se advierte en la arquitectura y las artes de esta ciudad eterna. A ver si Carlos I se entusiasma y lleva a España el movimiento cultural que para mayor gloria de Dios se ha apoderado de Italia.

Después de volver a recrearse en la Capilla Sixtina con las pinturas de los más grandes artistas italianos, Pedro Mártir de Anglería emprendió el regreso en compañía de monseñor. En el camino intercambiaron pareceres sobre el alcance del resurgimiento de la cultura en Italia y cómo influiría en el resto de Europa. De vuelta en su habitación, el cronista de Indias descansó un largo rato antes de sentarse a escribir al rey Carlos sus impresiones sobre el renacer cultural de Roma y algunas sugerencias y consejos sobre cómo trasladarlo a España.

La mañana siguiente León X recibió a Pedro Mártir deseoso de saber si había aprovechado bien su día de descanso.

—Gracias a monseñor de Lombardía fue un día muy fructífero en el que aprendí muchísimo sobre las maravillas que el Vaticano, y en especial

Vuestra Santidad, estáis haciendo por dotar a Roma de la belleza que merece la capital de los Estados Pontificios. Y también me convencí de que Miguel Ángel, si no el más excelso de los artistas que han puesto pie en esta tierra del Señor, es por lo menos el más grande de los que os acompañan en este esfuerzo. La *Piedad* es una verdadera joya.

—Opinión que comparto plenamente, Pedro, con la salvedad de que si no fuera tan obcecado su arte sería aún más grandioso. —León X titubeó un instante—. O tal vez no. Es difícil comprender el origen de su genialidad. Pero volvamos a lo nuestro, que estoy deseoso de saber qué encontró Balboa a su regreso a Santa María.

—Prosigo, entonces, Vuestra Santidad. En Santa María, Vasco Núñez y los veinte hombres que llegaron con él fueron recibidos con gran alegría por el pueblo que se congregó en la plaza para vitorear la hazaña del descubridor de la Mar del Sur y de sus acompañantes. El hecho de que lucieran enflaquecidos y extenuados motivó que su proeza fuera aún más apreciada, aunque muchos vecinos preguntaban, inquietos, qué había ocurrido con el resto de los hombres que acompañaban al descubridor al salir de Santa María. Vasco Núñez habló en la pequeña plaza y comenzó por asegurar que, a pesar de haber batallado con varias tribus indígenas durante casi cinco meses, no había perdido uno solo de sus hombres en combate. Explicó que el resto de los soldados, agotados todos y enfermos algunos, aguardaban en el puerto de Careta y que enviaría por ellos tan pronto pudiera disponer de una de las carabelas recién llegadas a Santa María. Habló de la inmensidad del mar descubierto al otro lado del istmo; de los cruentos combates contra algunos aborígenes que se opusieron a que continuara su camino rumbo al descubrimiento que hizo en nombre del Señor, de España y de sus monarcas; de la gran cantidad de oro recogida así como de las valiosas perlas que había encontrado en las costas y en algunas islas del otro mar. Prometió que los tesoros se distribuirían no solamente entre los hombres que lo acompañaron en la aventura, sino también entre el resto de la población que había permanecido al cuidado de la villa para beneficio de todos, los que se fueron y los que se quedaron. Explicó que en la primera nao que zarpó del puerto de Careta de regreso a Santa María decidió traer consigo los doscientos indios naborías, producto de los combates y los acuerdos de paz con los diferentes caciques, por temor de que tratasen de escapar si quedaban rezagados allá. Dijo, además, que los incorporaría de inmediato al servicio de la comunidad.

—¿Indios naborías, decís? —preguntó León X.

—Sí, Vuestra Santidad. Son indígenas apresados en los combates que permanecen al servicio personal de los conquistadores, en la casa o en el campo.

—¿Esclavos, entonces?

—No realmente porque la esclavitud es perpetua y los indios naborías, en teoría, prestan su servicio por un tiempo determinado, aunque en la práctica ambas instituciones se asemejan mucho. La Corona ha querido siempre mantener la distinción para no dar pie a más críticas de las que ya han recibido de los religiosos y los teólogos por la esclavización de los aborígenes del Nuevo Mundo.

El Papa frunció ligeramente el ceño. Iba a decir algo, pero se arrepintió y pidió a Pedro Mártir continuar.

—Cuando Vasco Núñez terminó su alocución, se le acercó un hombre bien aviado que se presentó como el capitán Pedro de Arbolancha, oriundo de Bilbao, concesionario del rey y propietario de las dos carabelas recién llegadas a Santa María y de toda la mercancía de abordó. El bilbaíno, luego de ofrecer una de sus carabelas a Vasco Núñez para traer a los hombres que permanecían en Careta, le informó que la Corona había designado al coronel de los Ejércitos Reales, Pedrarias Dávila, como nuevo gobernador de Castilla del Oro. Vasco Núñez le agradeció el ofrecimiento, la información y, sobre todo, haber traído sus carabelas a Santa María, donde la necesidad de suministros era permanente. Igualmente le pidió que antes de volver a reunirse formalmente, le permitiera atender la repartición de las riquezas obtenidas de sus varias entradas a los cacicazgos indígenas, incluyendo el cuarto real, disponer lo necesario para el alojamiento de los doscientos indígenas llegados con él y ponerse al día en otros asuntos administrativos de la villa. Cinco días después, tan pronto arribaron el resto de sus hombres, Vasco Núñez procedió a repartir equitativamente las riquezas obtenidas, incluyendo los indios naborías, entre sus acompañantes y aquellos que habían aguardado en Santa María durante el tiempo que demoró el descubrimiento del nuevo mar, gesto inusual que acrecentó la estima y el respeto de sus súbditos. Después invitó a Arbolancha a su modesta residencia para ponerse al día con las noticias de España.

—Interesante detalle haber incluido en el reparto a quienes no habían participado de las batallas —comentó León X.

—No era lo acostumbrado, pero respondía al sentido político de Balboa. Además, debo decirlo, reafirmando lo que ya hablamos, que también Leoncico recibió, en la persona de su amo, su parte del tesoro.

Ambos rieron y, antes de que Pedro Mártir continuara, el Papa quiso saber a cuánto había ascendido el tesoro traído por Balboa.

—No me atrevo a deciros una cantidad exacta, pero de seguro fueron más de cuarenta mil pesos oro, sin incluir el valor de los doscientos indios naborías, que también representaban una suma significativa. En la conversación con Vasco Núñez, Arbolancha comenzó por decir que desde principios del siglo él hacía negocios navegando regularmente entre España y el Nuevo Mundo, actividad que le había granjeado ciertos acercamientos en la Corte. Contó que mientras aguardaba la autorización del Consejo de Indias para la expedición que lo trajo a Santa María había escuchado diversos comentarios que le hacían pensar que, por no estar conforme con la administración del actual gobernador interino de la incipiente colonia, el rey había decidido remplazarlo. Los nombres de Enciso y de Colmenares, su antiguo compañero de armas, surgieron entre los que habían motivado la malquerencia de la Corona contra Balboa. Tan profundo era el encono que había hecho instaurar una acción real para que, entre otros reclamos, Vasco Núñez resarciera al bachiller Enciso los daños infligidos al desconocer su autoridad y expulsarlo de la gobernación a él otorgada por la Corona. También aseguró Arbolancha que, luego de conocerlo y verlo actuar, él se sentía capaz de dar fe del buen proceder del gobernador interino de Santa María y que, seguramente, haber realizado un descubrimiento tan importante como el de un nuevo mar inclinaría la balanza real a favor del extremeño. Terminó la conversación ofreciéndose para, una vez concluida su misión, llevar al rey cualquier mensaje de Vasco Núñez.

—Y ¿en qué consistía la misión de Arbolancha? —preguntó León X.

—El bilbaíno venía como delegado del Consejo de Indias para investigar lo que ocurría en la colonia del Darién. Recordará Vuestra Santidad que desde el inicio en Santa María hubo varias facciones que trataban de influir en la Corona en contra de quien había resultado electo primer alcalde de Santa María antes de ser designado gobernador interino. Por ser de origen humilde, Vasco Núñez no gozaba de ningún favor ni influencia en la Corte, salvo los que se pudieran derivar de sus logros en beneficio de la Corona. Pero Arbolancha era, además y sobre todo, un comerciante que compraba en España mercadería diversa para venderla en el Nuevo Mundo, donde todo escaseaba. Me atrevo a afirmar que fue el primer comerciante en arribar al Darién y que allí llegó, sin duda, animado por el rumor de que en la nueva posesión española corrían ríos de oro.

—Es precisamente lo que necesitarán los reyes de España para integrar el Nuevo Mundo a su imperio: comerciantes dispuestos a arriesgarse para que en las nuevas colonias surja una economía que les permitan subsistir y desarrollarse.

—No podría estar más de acuerdo. Esto significaba Arbolancha. El oro y las perlas recién repartidos por Vasco Núñez en Santa María permitieron a sus habitantes adquirir algunos de los bienes traídos por el comerciante bilbaíno y a este realizar una buena ganancia. Mientras Arbolancha comerciaba, Vasco Núñez se preparaba para enviar a la Corona la noticia de su hazaña, para lo cual mandó dibujar un mapa provisional con el contorno de la costa del nuevo mar recién descubierto y la ruta recorrida por él. También hizo redactar una resolución, que firmaron casi todos los vecinos, solicitando a la Corona que, dados sus grandes merecimientos, se nombrara al descubridor de la Mar del Sur gobernador en propiedad de Santa María. Pedro de Arbolancha no estuvo listo para zarpar hasta comienzos de marzo, cuando decidió dejar a Vasco Núñez, con quien había trabado una buena amistad, a cargo de la mercadería que todavía no había logrado vender. El día de la partida de Arbolancha, al momento de entregarle el cuarto de oro destinado a la Corona, Vasco Núñez se sorprendió muy favorablemente al escuchar de labios del bilbaíno que ya el rey había decidido rebajar el impuesto aplicable a la riqueza adquirida en el Nuevo Mundo de un cuarto a un quinto, tal como él había recomendado en su primera carta al monarca. El 12 de marzo zarpó Arbolancha de vuelta para España, llevando en su poder una nueva carta de Vasco Núñez al rey, menos extensa y más sobria que la anterior, en la que le comunicaba el descubrimiento de la Mar del Sur y destacaba que en los enfrentamientos sostenidos con las tribus encontradas en el camino, a pesar de que nunca pudo disponer de más de ochenta hombres para combatir por los muchos que caían enfermos durante el largo y accidentado trayecto, logró traer de vuelta, sanos y salvos, los ciento noventa que habían partido con él rumbo al nuevo mar. Al mencionar el quinto que enviaba, Vasco Núñez reiteraba la gran riqueza que existía en el Darién, no solamente por el oro, ya conocido, sino por las perlas halladas en el otro mar, algunas de las cuales enviaba para que el rey apreciara su gran valor. Finalmente, la carta exaltaba la protección recibida de Nuestro Señor y de la Virgen, sin la cual no habría podido culminar el descubrimiento de la Mar del Sur, del que había tomado posesión en nombre de la Corona de España.

—¿Tenéis copia de esa segunda carta? —quiso saber León X.

—Lamentablemente no, Vuestra Santidad. Tuve acceso a ella por un momento y no me fue posible copiarla. Os prometo volver a intentarlo y enviárosela si lo logro. Como dato curioso debo decir que Arbolancha regaló al rey la piel intacta y rellena de paja de un enorme jaguar capturado en el Darién, regalo que fue muy apreciado por don Fernando, quien la exhibía como ejemplo de los peligros que corrían aquellos valientes que en nombre de la Corona intentaban conquistar el Nuevo Mundo.

—¿Jaguar? —preguntó León X.

—Sí, Vuestra Santidad. Pertenecen a la especie de los grandes felinos. Son algo más pequeños que un tigre, aunque no menos fuertes y fieros.

—Os pregunto, Pedro Mártir, ¿qué ocurría mientras tanto con Pedrarias?

—Allá iba, Vuestra Santidad. Pero, para mayor claridad, antes debo contaros que Arbolancha se convirtió en un verdadero procurador de Vasco Núñez ante el Consejo de Indias y ante la Corona. Fue gracias a su intervención que el rey dispuso perdonar cualquier agravio y desechar los cargos judiciales que pudiera haber contra el extremeño. Además, lo nombró adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba.

—Pero ¿no había nombrado ya el rey a Pedrarias Dávila gobernador de Castilla del Oro, que incluía el Darién?

—Sí, Vuestra Santidad, lo tiene muy claro. La gobernación otorgada a Pedrarias abarcaba las dos gobernaciones otorgadas antes a Nicuesa y Ojeda, es decir, la de Nueva Castilla o Veraguas y la de Nueva Andalucía. El nuevo gobernador general había recibido su nombramiento desde el mes de junio de 1513, antes de que Vasco Núñez iniciara la expedición que lo llevó a descubrir la Mar del Sur. Pero en esos primeros años de la conquista y colonización del Nuevo Mundo las noticias y los documentos viajaban muy lentamente y, si llegaban a su destino, ya era demasiado tarde. Lo cierto es que cuando Pedrarias zarpó rumbo al Nuevo Mundo, el 11 de abril de 1514, Pedro de Arbolancha aún no había arribado a Castilla con la noticia de que Vasco Núñez había descubierto un nuevo mar océano. Y, así, cuando las naves de Pedrarias finalmente fondearon frente a Santa María de la Antigua, el 23 de junio de ese año, el nuevo gobernador ignoraba que Vasco Núñez había sido designado por el rey Fernando como adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba. También lo ignoraba Balboa.

—Entonces la pugna entre Pedrarias y Balboa se inicia por lo conflictivo que resultaban los nombramientos hechos por la Corona española —más que preguntar, aseveró el Papa.

—Me duele reconocerlo, pero es así. Por lo menos hubo falta de claridad en los nombramientos, atribuible, tal vez, a que tanto el Consejo de Indias como la Corona desconocían la incipiente geografía de Tierrafirme. Como he señalado, cuando llegó Pedrarias al Darién, Balboa ignoraba que las gestiones de Arbolancha habían tenido como resultado que se le nombrara gobernador de Panamá y Coiba y adelantado de la Mar del Sur, aunque por decisión del rey quedaría sujeto a la autoridad superior de Pedrarias Dávila, gobernador de toda Tierrafirme, ahora Castilla del Oro.

—Bueno —comentó el Papa—, por lo menos el rey indicó quién era el que en definitiva mandaba. El nombramiento de Balboa parecía, más bien, de carácter honorífico.

—Cierto es. Hemos llegado al punto en el que nos corresponde relatar la llegada de Pedrarias a Santa María de la Antigua. ¿Os parece bien si continuamos mañana?

—Me parece muy bien, Pedro Mártir. Os felicito porque habéis narrado de manera tan prolija el descubrimiento de la Mar del Sur que mi agotamiento es similar al que han debido sentir Balboa y sus hombres. —El Papa rio de su ocurrencia mientras se levantaba—. Aquí os espero mañana a la misma hora, cuando comenzaréis a contarme el inicio del conflicto que culminó con la cabeza de Balboa en una canasta.

Nueve

La mañana del 6 de diciembre Roma amaneció arrebujada en una inusitada ola de frío que obligó a Pedro Mártir a abrigarse antes de acudir a su reunión. El Papa no había llegado aún al salón y el cronista aprovechó para acercarse al fuego generoso que ardía en el hogar.

—Buenos días —saludó León X, mientras se colocaba al lado de Pedro Mártir y extendía las manos hacia las llamas—. El frío que hace es inusual para esta época del año, pero este fuego permitirá que en un momento podamos despojarnos de los abrigos para continuar nuestra conversación.

—Buenos días, Beatísimo Padre. Por suerte se me ocurrió a última hora echar un gabán en el equipaje.

—Sin duda Roma estará aún más fría antes de que os marchéis. Estuve pensando que ayer, por las ganas de seguir con nuestra historia, no pudimos profundizar sobre cómo encontrasteis la ciudad después de tantos años de ausencia. Solamente os dejé hablar de vuestra admiración por Miguel Ángel y su *Piedad*.

—También os comenté, aunque brevemente, lo mucho que me asombra la transformación que ha sufrido Roma gracias al interés del pontificado, especialmente el vuestro, en cuidar las ruinas del Imperio romano y cambiar el rostro a la ciudad con edificios, avenidas, plazas y fuentes de gran hermosura. Lo que si me olvidé mencionar fue lo muy impresionado que quedé con la dimensión de la Basílica de San Pedro.

—Demasiado grande, diría yo. Pero cuando se terminen las obras, de aquí a un siglo —León X sonrió ligeramente—, Roma será también una ciudad mucho más imponente. No sé si Filippo os comentó que hemos tenido algunos problemas con los arquitectos. Bramante, que comenzó la obra, murió hace ya más de cinco años y Rafael, que la continuó, está muy enfermo. Creo que será a Miguel Ángel a quien corresponderá terminar el diseño. Me comentó Filippo que también regresasteis a la Capilla Sixtina.

—Así es, Vuestra Santidad, y pude disfrutarla a plenitud, aunque en realidad nunca acaba uno de ver todos los detalles de lo que han plasmado en las paredes y en la bóveda Miguel Ángel, Rafael y los demás artistas.

—Me alegro de que hayáis disfrutado, Pedro Mártir. Lo merecéis después de que os habéis empeñado en relatarme, tan prolijamente, la historia que me adelantasteis en vuestras cartas.

—Ha sido un verdadero placer para mí porque no solamente he podido contar a Vuestra Santidad episodios excluidos de mis *Décadas*, sino porque también me he enriquecido con vuestras preguntas y acertados comentarios. Ahora, como bien decís, correspondería hablar de la llegada de Pedrarias al Darién, pero antes se imponen unas breves acotaciones. Como ya se ha dicho, las acusaciones de Martín Fernández de Enciso, de Rodrigo de Colmenares y de algunos otros, indispusieron a la Corona contra Vasco Núñez de Balboa, que gobernaba interinamente la primera y única colonia establecida en Tierrafirme, en la cual, de acuerdo con los informes enviados por el propio Vasco Núñez, y confirmados personalmente ante el rey por Colmenares, abundaba tanto el oro que en el suelo se recogía como frutas y en los ríos se pescaba con redes, como peces. Lo dicho motivó al Consejo de Indias y al rey a apresurar la designación de un nuevo gobernador que asegurara que el Darién sería administrado por alguien capaz de hacer cumplir fielmente las reales ordenanzas y aprovechar al máximo las riquezas que esa región del Nuevo Mundo podía aportar a la Corona. Como ya relatamos, el primer individuo seleccionado para desempeñar tan importante misión, don Diego del Águila, no aceptó el cargo que finalmente recayó en Pedrarias, el militar que tanta gloria había dado a Castilla y León en los campos de batalla. En favor de su nombramiento intervinieron algunos personajes muy influyentes en la corte, entre ellos Juan de Fonseca, obispo de Burgos y presidente del Consejo de Indias, y la propia esposa de Pedrarias, Isabel de Bobadilla, sobrina de Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, quien había sido amiga y confidente de la reina Isabel la Católica, ambas ya fallecidas para entonces.

—Siempre ha sido igual, Pedro Mártir —remarcó León X—. Cuanto más poder ejercemos, más susceptibles somos a las habilidades de los influyentes. Pero siempre llega el momento en que debemos confiar únicamente en nuestro propio juicio y en nuestra íntima conciencia. Es lo que está ocurriendo con la decisión que debo tomar con Martín Lutero. Pero, perdonad, perdonad que os haya interrumpido. Por favor, continuad.

—No soy yo quien incurrirá en la irreverencia de perdonar al Vicario de Cristo. Al contrario, siempre os agradecerá la confianza inmerecida que me dispensáis.

—Os merecéis eso y mucho más, Pedro.

—Gracias, Vuestra Santidad, continuó entonces. La magnificencia de la expedición de Pedrarias demuestra la importancia que otorgaba la Corona a la colonización del Darién, no solamente por el número de naves, soldados y colonos que conformaban la flota, sino también por los personajes que integraban la comitiva. En las veintidós embarcaciones que partieron de Sevilla el 11 de abril de 1514 viajaban mil doscientos soldados y quinientos colonos, además de algunas figuras encumbradas, entre ellas el obispo Juan de Quevedo, de la orden de San Francisco de Asís, que, acompañado por un séquito de diecisiete clérigos y seis religiosos franciscanos, iba a fundar la primera diócesis de Tierrafirme.

—Debo indicaros que fue a mí, recién investido como Papa, a quien correspondió designar a Juan de Quevedo como primer obispo de Tierrafirme, a petición de la Corona española.

—Interesante detalle, Vuestra Santidad. La figura del obispo Quevedo es sumamente importante por haber sido, mientras permaneció en Santa María, el gran protector de Vasco Núñez. También se encontraban a bordo de la flota de Pedrarias los individuos que tendrían a su cargo la administración de Santa María: el contador, el factor, el tesorero real, el alcalde mayor, y una veintena de oficiales de distinguida trayectoria. Para desgracia e infelicidad de Vasco Núñez, como alguacil mayor regresaba a Santa María su enemigo declarado, Martín Fernández de Enciso. Igualmente se embarcó Isabel de Bobadilla, gran dama que para mantenerse al lado de su esposo se vio obligada a dejar en Segovia a sus nueve hijos, entre ellos cuatro infantes.

—¿Primera esposa que acompañaba a un conquistador en el Nuevo Mundo? —preguntó León X, con algo de ironía.

—La primera en pisar tierra firme en el Nuevo Mundo —respondió Pedro Mártir, pero enseguida aclaró, sonriendo—: Me refiero a esposas venidas de España.

—Claro, porque nativas conocemos por lo menos a la hija de Careta, aunque no sabemos si pasó de concubina.

Ambos rieron mientras el Papa se levantaba a servirse un vaso de jugo de naranja y otro a Pedro Mártir.

—Gracias, me abruma vuestra amabilidad, Santidad.

—No es nada, Pedro. Adelante, adelante.

—Debo destacar que la expedición de Pedrarias era la más ambiciosa y costosa que enviaba la Corona a Tierrafirme. Doce años antes, en 1502, Nicolás Ovando había arribado a la Española con treinta embarcaciones y dos mil quinientos colonos, pero aquella fue una empresa privada costeadada por el

mismo Ovando, y no una expedición real patrocinada por la Corona, como sí lo fue la del Darién. Además, las canonjías e incentivos recibidos por quienes se embarcaban eran los más generosos jamás otorgados. Aparte de costearles el viaje, a los participantes se les eximía de cualquier impuesto o contribución real por las ganancias que obtuviesen en su lugar de destino. El otro aspecto que debo resaltar es que la misión encomendada a Pedrarias, según las tres Cédulas Reales que le fueron entregadas, lo obligaba a efectuar un juicio de residencia a Vasco Núñez en tiempo perentorio y apresarlo en caso de hallarlo culpable por haber abusado de su autoridad y haberse beneficiado con los bienes de la Corona.

—Veo que, como habéis dicho, la inquina del rey contra Balboa no era poca cosa.

—Así es, pero debo aclarar que para entonces la Corona desconocía que Vasco Núñez había descubierto el otro mar.

—Cuando se está en la cúspide del poder es más fácil, y a veces necesario, cambiar de parecer.

—Una gran verdad, Santo Padre, y así ocurriría. Mediante otra cédula, los reyes ordenaron al futuro gobernador de Castilla del Oro ofrecer el Requerimiento a los indígenas, ritual del que ya hablamos, para dar a los nuevos paganos la oportunidad de abrazar la doctrina cristiana, lo que facilitaría la labor de establecer ciudades y poblarlas, según era el deseo de la Corona.

—En realidad, entonces, Pedrarias no llegaba al Darién como un conquistador, sino como un colonizador —observó el Papa.

—Yo diría que la Corona esperaba que actuara más como un buen administrador que como un buen militar. De ahí el énfasis en que cumpliera con el Requerimiento y dispensara buen trato a los aborígenes.

—En vuestra opinión como cronista de Indias que sois, ¿cumplió su propósito la institución del Requerimiento?

Pedro Mártir vaciló antes de responder.

—Difícil emitir un juicio definitivo. En primer lugar, existía un problema básico de comunicación. El Requerimiento, que tenía más de cuatro hojas, se leía a los aborígenes en castellano y al inicio de la conquista y colonización los españoles no disponían de suficientes traductores para lograr que los nativos comprendieran lo que se les estaba pidiendo. Allí se recitaba, prácticamente, la historia del cristianismo y se pedía a los indígenas reconocer a la Iglesia por señora y superiora del universo y al Papa como su representante.

—Y ¿cómo esperaban que los naturales, que nunca habían oído hablar de nada que no fueran sus propias creencias, entendieran lo que se les estaba leyendo? —cuestionó el Papa.

—Imposible. Además, en muchas ocasiones, antes de que se hubiera siquiera iniciado la lectura ya se habían trabado los combates. Sin embargo, me atrevo a afirmar que de no haberse instituido el Requerimiento, es muy probable que los aborígenes hubiesen recibido un trato todavía peor. Creo que la intención de los reyes, sobre todo de Isabel la Católica, fue siempre que los naturales del Nuevo Mundo recibieran un trato justo que les permitiera convertirse al cristianismo sin mayores desasosiegos. Y también es probable que algunos conquistadores, entre ellos Vasco Núñez, trataran de cumplir con ese mandato. Pero, dicho esto, debo responderos que hay evidencia abundante de que los conquistadores y sus soldados han abusado, a veces brutalmente, de la población indígena.

—Pareciera, estimado Pedro Mártir, que el Requerimiento era una institución dirigida más a orientar a los propios conquistadores en cuanto al proceder que de ellos se esperaba que una cartilla destinada a dictar pautas de conducta a los aborígenes, que de eso nada entendían. Pero, además, está claro, como norma general, que a medida que se desciende en la línea de mando se van perdiendo las intenciones originales. El rey decide y ordena en abstracto, el conquistador ejecuta conforme a las circunstancias de tiempo y lugar en las que le corresponde intervenir y sus soldados son, finalmente, a quienes, al verse cara a cara con el adversario, les toca cumplir o no con el mandato del soberano. Me atrevería a afirmar que, *mutatis mutandis*, igual ocurre en todos los ámbitos de las instituciones humanas. Nuestra Iglesia no escapa de esa realidad.

—Sabias palabras que comparto plenamente, Vuestra Santidad. Continuando con la expedición de Pedrarias, debo deciros que el viaje de las veintidós embarcaciones no careció de contratiempos. Tan pronto zarparon de Sevilla, el mal tiempo y la mar embravecida provocaron el naufragio de dos de las naves, obligándolos a regresar a puerto. Después enfrentaron contratiempos en la isla Dominica y en algunas regiones costeras. No fue hasta el 29 de junio de 1514, que finalmente echaron anclas en el golfo de Urabá.

—Entonces, ¿cuánto tiempo les tomó el viaje? —preguntó León X, extrañado.

—En total, un mes y dieciocho días. Se hicieron a la vela el 11 de abril, pero en la ruta se detuvieron dieciséis días en la isla la Gomera, de las

Canarias, para avituallarse y carenar las naves antes de lanzarse al cruce de la mar océano. Después de superarlo con éxito, estuvieron cuatro días en la isla Dominica, donde enfrentaron a los indios caníbales y perdieron algunos hombres. De allí navegaron hacia Santa Marta, población situada en el extremo oriental de la gobernación otorgada a Pedrarias, donde, después de tratar inútilmente de leer el Requerimiento, hicieron una entrada contra los aborígenes sin mucho éxito. Tres días más tarde, cuando faltaban menos de cincuenta leguas para arribar a su destino, fondearon frente a isla Fuerte y allí permanecieron un par de días más.

Pedro Mártir, que en la medida en que hablaba había ido anotando los días, sumó y restó antes de concluir:

—O sea que en total estuvieron navegando solamente durante veintitrés días.

El Papa, que también había hecho sus anotaciones, comentó:

—Increíble que durante el trayecto estuvieran embarcados dos días menos de los que pasaron en tierra.

—Exactamente, Vuestra Santidad. He escuchado que en los viajes de España a Tierra firme, el tiempo en el mar usualmente coincide con el que se gasta en tierra. Especialmente si las naves echan anclas en la Española, donde ya existe una villa para descansar y recuperar fuerzas.

—Nunca lo había pensado, Pedro Mártir. Aunque supongo que dependerá siempre de cuán azaroso haya sido el cruce de la mar océano. Pero, bueno —dijo el Papa, entusiasmado—, ya tenemos a Pedrarias en el golfo de Urabá, a punto de desembarcar.

—Creo conveniente explicaros brevemente cómo era Santa María de la Antigua del Darién cuando arribó la flota de Pedrarias. Existían algo más de doscientas viviendas o bohíos, como allá se llaman, construidas con paredes de tronco y techos de paja, similares a las que habitaban los aborígenes desplazados, muchas de las cuales aún se conservaban. Frente a la plaza se levantaba una pequeña iglesia, regida por los padres franciscanos, y, en el otro extremo, un hospital, también atendido por ellos. Había una pescadería, un modesto mercado y una fundición para convertir en barras las piezas de oro sustraídas a los indígenas. Aunque circulaban monedas, se aceptaba el trueque, que practicaban sobre todo los aborígenes. En los alrededores del poblado cultivaban principalmente maíz y yuca y se criaban puercos, que, junto a la caza, la pesca y las gallinas, constituían el principal alimento. El espacio quedaba limitado por las montañas que lo rodeaban y, en la parte más baja, por algunas ciénagas insalubres. Muy cerca del poblado corría el río

Darién, de agua clara y bebible, donde abundaban peces que también servían de alimento a la población. Las calles de barro mezclado con piedra estaban bien trazadas y se habían abierto dos caminos, uno que atravesaba los campos hasta llegar al río y otro que conducía al muelle en el golfo de Urabá. Eso era todo. La vida transcurría en medio de una armonía que reflejaba las buenas relaciones entre los vecinos y entre estos y los aborígenes. A esta villa humilde y apacible arribaron aquel 29 de junio Pedrarias Dávila, su armada y su séquito.

—¿Cuánta gente habitaba entonces en Santa María? —preguntó el Papa.

—Entiendo que alrededor de quinientos españoles y mil doscientos indios, Vuestra Santidad.

León X meditó un instante.

—Si calculo bien, eso significa casi diez personas por bohío. Son muchas, ¿no?

—Las viviendas de los españoles disponían de mucho más espacio que las de los indios naborías que, más numerosas, se hallaban en el mismo solar contiguas a las de aquellos a quienes servían. Pero, como dije, el espacio estaba limitado por la propia naturaleza.

—Y a esa villa llegó Pedrarias, imagino que con gran despliegue.

—Así fue. Lo hizo con esplendor y solemnidad para demostrar desde el primer momento la importancia de su cargo y de su misión. Después de que la nave capitana echó el ancla Pedrarias observó, con frustración, que no había nadie reciéndolo y dispuso enviar un auxiliar para avisar al gobernador interino de su llegada. El mensajero cubrió a toda carrera la media legua que separaba el puerto de la villa y luego de mucho preguntar llegó hasta donde se encontraba Vasco Núñez trabajando en la reparación de una vivienda. Al ver a aquel individuo que, en ropa de trabajo, laboraba junto a dos indígenas, el mensajero no pudo creer que se tratara de la persona, muy rica y de mucho poder, de quien tanto hablaba Pedrarias. El enviado comunicó a Balboa que la flota capitaneada por el gran señor Pedrarias Dávila acababa de echar el ancla y que requerían su presencia cuanto antes. Vasco Núñez pidió a los indígenas que siguieran trabajando, le indicó al mensajero que regresara a decirle al gobernador que enseguida iría a su encuentro y se dirigió a la plaza del pueblo para reunir a los vecinos. Cuando los congregados pasaban de cien, les informó de la llegada del nuevo gobernador de Santa María de la Antigua e invitó a todos a acompañarlo para recibirlo con regocijo y en paz. El encuentro ocurrió a mitad de camino entre el puerto y la villa y el contraste no pudo ser más notorio: entonando un *Te Deum laudamus*, Vasco Núñez y cerca

de doscientos de sus seguidores vestían pantalón y camisa de algodón rústico y calzaban alpargatas; Pedrarias, en cambio, al ritmo de tambor y sobre un caballo enjaezado, se presentaba en arreos de combate, armadura, casco y penacho incluidos. Tal vez más impresionante que la figura ecuestre del nuevo gobernador de Castilla del Oro resultaba el cortejo que marchaba tras él. Bajo un palio cargado por cuatro sacristanes, con mitra, báculo y crucifijo, venía el primer obispo llegado a Tierrafirme, fray Juan de Quevedo, rodeado por un deán, un arcediano, un chantre, un maestrescuela, un arcipreste y varios sacristanes. Al lado del obispo, luciendo sus mejores galas, caminaba la esposa del nuevo gobernador y más atrás seguían los funcionarios públicos, los jefes militares y los personajes más distinguidos, luciendo trajes de seda y brocados. Cerraban el desfile cuatrocientos soldados, en arreos de combate, algunos de ellos portando estandartes y más atrás seguían los colonos que venían a poblar y a trabajar la tierra.

—¡Pero qué contraste tan revelador! —exclamó el Papa—. Si hay momentos cuando las solemnidades se vuelven grotescas, por no decir risibles, ciertamente este fue uno de ellos. Debo recordaros, sin embargo, que el obispo Quevedo iba enviado por el Vaticano con el propósito de establecer la primera diócesis en Tierrafirme, para lo cual yo mismo expedí la bula *Pastoralis officii debitum*. A eso obedecía el séquito que lo acompañó.

—Es entendible, Vuestra Santidad. En cuanto a Pedrarias y a Vasco Núñez, ambos tenían un propósito en mente. El nuevo gobernador y virrey, el de exhibir el poder del que estaba investido por la Corona, y el del gobernador interino mostrar la sencillez que prevalecía en su persona y en Santa María. Tras el encuentro, Pedrarias detuvo su cabalgadura, descendió con la ayuda de un paje, se aproximó a Vasco Núñez, y, a viva voz, lo saludó por su nombre, le hizo entrega de sus credenciales reales y dijo ser Pedro Arias de Ávila, coronel de los Ejércitos Reales, gobernador, capitán general y lugarteniente de Castilla del Oro, territorio que abarcaba desde el Cabo de la Vela hasta Veraguas, según nombramiento de su majestad el rey Fernando el Católico. Cumpliendo con el protocolo, Balboa besó las cartas credenciales, tocó con ellas su cabeza, le dio la bienvenida a Pedrarias y a su comitiva, hizo una reverencia ante Isabel de Bobadilla y se arrodilló para besar el anillo del obispo. Luego pidió a sus hombres que volvieran a cantar el *Te Deum laudamus* e invitó a los recién llegados a conocer la villa de Santa María de la Antigua.

—Me puedo imaginar la expresión en el rostro de Pedrarias, su esposa y el obispo cuando contemplaron por primera vez los bohíos indígenas donde

habitarían —dijo, divertido, León X.

—Es posible que Enciso, que había estado allí tres años antes, hubiera advertido a Pedrarias de no hacerse muchas ilusiones con lo que le esperaba en el Darién, pero, aun así, la decepción debe haber sido muy grande, sobre todo para el resto de la comitiva.

—Y ¿cómo se acomodaron las casi dos mil personas recién llegadas en una villa en la que difícilmente había lugar para las que allí ya habitaban?

—Ese fue el primer gran problema que tuvo que enfrentar el nuevo gobernador. Los más encumbrados, incluyendo a los religiosos, compartieron techo con los que mejor vivienda poseían, mientras los colonos y soldados se acomodaron con los indios. Pedrarias, su esposa y sirvientes ocuparon las dos casas de Vasco Núñez. Ese día hubo fiesta y se comió bien y abundantemente en Santa María. Se entremezclaron las provisiones y el vino que traían las naves con algunos alimentos locales. Al día siguiente, Vasco Núñez fue llamado a la presencia de Pedrarias, quien lo recibió acompañado de Gonzalo Fernández de Oviedo, designado por la Corona con el cargo de escribano. Tengo por cierto que en aquella primera reunión Pedrarias dijo a Vasco Núñez que el rey estaba muy conforme con la labor desempeñada por el extremeño en el Darién y que le había pedido que lo tratase bien.

—¡Justamente lo contrario de lo ordenado por el rey! —exclamó, desconcertado, León X—. ¿Cómo es posible?

—Incomprensible, pero así lo escuché de labios del propio Oviedo. Es fácil imaginar que, tan pronto Pedrarias entró en Santa María, él y todos sus funcionarios administrativos y jefes militares escucharon que Vasco Núñez había descubierto un nuevo mar hacía ya casi un año. También es de asumir que Pedrarias pensó que ya el rey debía estar enterado del descubrimiento, todo lo cual lo movió a no enemistarse con el extremeño, al menos por un tiempo. Además, resultaba evidente la gran influencia que Vasco Núñez ejercía sobre los vecinos de la colonia.

—Y, decidme, ¿cuánto tiempo duró esa alianza? Pero me respondéis mañana, que no demora Filipo en venir a buscarme para atender una reunión cardenalicia.

—Así será, Vuestra Beatitud. Hasta mañana, entonces.

Diez

La mañana siguiente, el Papa envió a un mensajero a la habitación de Pedro Mártir para informarle que retrasarían la reunión hasta el mediodía, hora en la cual continuarían con el relato y almorzarían. Pedro Mártir aprovechó la mañana para repasar sus notas y pasear por los jardines del palacio. De vez en cuando se sentaba en alguna de las bancas colocadas hacia la mitad de cada una de las explanadas para descansar y leer. A las doce en punto se presentó al salón donde ya se hallaba León X en amena conversación con Filipo de Lombardía.

—Adelante, Pedro. En breve nos servirán el almuerzo.

—Buenas tardes, Vuestra Santidad. Aproveché la hermosa mañana para gozar de los jardines.

Monseñor de Lombardía se despidió y León X invitó a Pedro Mártir a sentarse frente al ventanal para continuar con la narración.

—Preguntaba yo ayer cuánto tiempo había durado la paz entre Pedrarias y Balboa.

—En realidad, duró muy poco. En la primera conversación que sostuvieron, Pedrarias había solicitado a Vasco Núñez pormenores sobre el descubrimiento de la Mar del Sur y el estado de los cacicazgos ubicados en la ruta. Dos días después acudió Vasco Núñez ante Pedro Arias, ahora sin la presencia del escribano Oviedo, para rendirle un extenso informe de su descubrimiento y entregarle un mapa elaborado por él mismo en el que se detallaba la ruta seguida para llegar y regresar del nuevo mar, los relieves de la costa y la ubicación de las islas de las perlas. También compartió su idea de que en los cacicazgos principales, todos regidos por caciques amigos, deberían establecerse fortalezas que más tarde pudieran convertirse en villas e hicieran más fácil la administración del territorio. En esta segunda reunión Pedrarias le dejó saber a Balboa que se comenzaba a sentir una gran decepción entre los colonos, soldados y autoridades recién llegadas de España porque la pobreza que se percibía en Santa María no era cónsona con la abundancia de oro de la que hablaban el propio Vasco Núñez y otros conquistadores que habían pasado por el Darién. El extremeño explicó que, si

bien era cierto que el oro abundaba, era preciso ir en su busca a las diferentes minas, para lo cual resultaba indispensable mantener la paz que él había logrado negociar con casi todos los caciques de la región. Además, le previno que dada la gran cantidad de gente recién llegada a Santa María, iba a ser necesario procurarse alimentos de los cacicazgos amigos, especialmente de Careta y Comagre.

—¿Y el juicio de residencia ordenado por el rey? —preguntó León X.

—Desde su llegada, Pedrarias había comisionado a su alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, para que iniciara los trámites, mientras él mismo se dedicaba a interrogar a los partidarios y amigos de Nicuesa y de Ojeda en torno a la conducta del antiguo gobernador interino. Debo aclararos que dicho juicio es un procedimiento usual que se sigue a los funcionarios una vez que abandonan el cargo o terminan de cumplir cualquier tarea ordenada por la Corona. No extrañó, pues, a nadie, ni al propio Vasco Núñez, que a los pocos días de la llegada del nuevo gobernador se pregonase públicamente su juicio de residencia. Aunque Pedrarias tenía la intención de utilizar las declaraciones de los amigos de Nicuesa y Ojeda para acusar a Vasco Núñez de la muerte del primero y el destierro del segundo, el bachiller Espinosa se concentró únicamente en las acusaciones relacionadas con la usurpación de los bienes de Enciso, que allí estaba personalmente como acusador y testigo, y las de otros enemigos de Vasco Núñez. No habían transcurrido dos meses cuando el fundador y primer alcalde de Santa María se vio con todos sus bienes secuestrados, cuyo valor se calculaban en diez mil pesos oro.

—¿Lo dejaron en la miseria?

—En la miseria más absoluta. Ya había sido desposeído de sus casas por el gobernador, pero ahora le secuestraron su dinero, sus animales, sus tierras y todos los demás bienes, sin siquiera haber concluido el juicio de residencia, que fue suspendido. Además, recordando la orden recibida del rey, Pedrarias finalmente decidió ponerlo preso y enviarlo encadenado a España. Intervino entonces el obispo Quevedo para convencer a Pedrarias de que sería un error enviar a Vasco Núñez a España, donde sin duda recibiría el perdón real porque muy probablemente en la metrópoli ya se le consideraría un héroe por el descubrimiento de la Mar del Sur.

—Y ¿a qué obedecería esa actitud conciliadora del obispo en favor de Balboa?

—Debo suponer que a pesar del poco tiempo que tenía de conocer al de Jerez de los Caballeros, pudo percibir el afecto del cual gozaba en la colonia, especialmente entre los indígenas. En otras palabras, comprendió que se

trataba de un hombre de bien. No sería la última vez que el obispo Quevedo intervendría en favor de Balboa.

—¿Comprendió que Balboa era un hombre de bien o que los demás eran peores? —preguntó, sarcástico, León X.

—¿Qué os puedo responder? Yo no soy más que un cronista que he recogido mis historias de otros que sí las han vivido —ironizó a su vez Pedro Mártir.

—Realidad que os permite, sin duda, prescindir de la subjetividad. Pero continuad, continuad por favor, que siempre os estoy interrumpiendo.

—Interrupciones que, debo repetir, enriquecen el relato.

En ese momento llamaron a la puerta y, precedidos por Filipo de Lombardía, entraron cuatro sirvientes. Los dos primeros cargaban sendas bandejas con las viandas y manjares y los otros dos portaban la vajilla, los cubiertos y el vino.

—¡Llegó nuestra comida! —exclamó León X e invitó a Pedro Mártir a acompañarlo.

En un santiamén la mesa estuvo servida y monseñor de Lombardía y los sirvientes hicieron mutis.

—Aprovecho este intervalo —dijo León X tan pronto se sentaron— para comentaros un asunto que me ha venido dando vueltas en la cabeza a lo largo de vuestra valiosa narración.

El Papa hizo una pausa y Pedro Mártir dejó los cubiertos y lo miró con atención.

—Se trata del contraste tan brutal entre lo que nosotros estamos viviendo en Europa y lo que ahora sabemos que ocurre en otras regiones del planeta. Conocíamos ya, por supuesto, de otras civilizaciones y culturas, muy diferentes a la nuestra, que existen más allá del Mediterráneo. Pero lo que descubrió Colón en el Nuevo Mundo marca un antes y un después. La historia de Europa no registra, a mi saber, ningún momento en el que la raza humana viviera en tal estado de salvajismo. Y no estoy hablando de temas religiosos, que idólatras hemos tenido demasiados. Hablo de seres humanos que todavía andan desnudos, que se atacan con flechas envenenadas, que se comen unos a otros. Y todo esto está ocurriendo al otro lado de la mar océano, a escasos dos meses de navegación de Europa. En fin, creo que todavía no hemos percibido plenamente el impacto del descubrimiento de Colón: ¡es como si hubiéramos viajado en el tiempo sabrá Dios cuántos siglos atrás!

Pedro Mártir colocó cuidadosamente la copa de vino sobre la mesa antes de responder.

—Sorprendente coincidencia porque justo anoche comencé a escribir mis recuerdos de este viaje con el ánimo de entusiasmar a nuestro rey, Carlos I, para que España siga el ejemplo del renacer de las artes y la cultura que se percibe por doquier en Roma. Y precisamente le indicaba que haberse convertido en emperador de un Nuevo Mundo, cuyos habitantes viven a tal distancia en el tiempo que se sitúan veinte siglos o más en el pasado de la humanidad, le impone la obligación de inculcarles, a ritmo acelerado, no solamente el cristianismo sino, sobre todo, la civilización de la cual carecen por completo. Sí, Vuestra Beatitud, el contraste entre lo que nos rodea y la realidad del Nuevo Mundo es un aldabonazo muy oportuno a la conciencia de los seguidores de Cristo.

—Me alegro de que coincidamos, Pedro Mártir, y espero que el rey os escuche. Corresponderá al Vaticano velar porque el movimiento civilizador comience por el aspecto religioso y a mí, como Sumo Pontífice, propiciar esa misión.

—Si Vuestra Santidad me lo permite, quisiera brindar para que Dios os de vida suficiente para cumplir vuestros deseos.

Ambos hombres alzaron sus copas y brindaron en silencio.

Terminado el almuerzo, León X pidió a Pedro Mártir proseguir enseguida con la narración.

—Pues bien, durante los primeros días los vecinos de Santa María, todos muy hambreados, consumieron las provisiones traídas por el nuevo gobernador sin ninguna moderación, exceso que motivó que después de un mes escasearan los alimentos y volviera el hambre a hostigarlos. No se pescaban suficientes peces en el río ni se cazaban suficientes animales para alimentar a una población que se había más que duplicado. Al cabo de dos meses se desató la hambruna, acompañada de una modorra inédita, y los vecinos, desde el más humilde al más encumbrado, comenzaron a morir de hambre y de inanición. No había tiempo para enterrar a los muertos porque no terminaba de ocuparse una fosa cuando tenían que comenzar a cavar otra. Para evitar una epidemia, el obispo decidió sepultar a todos los difuntos en enterramientos comunes. Morían veinte o treinta personas cada día, la mayoría entre los llegados directamente de España, que tenían menos resistencia frente a las plagas que aquellos que llevaban años soportando el clima y las enfermedades del Nuevo Mundo. Oviedo, que allí estuvo y lo sufrió en carne propia, me confió que era penoso observar a los más pudientes y poderosos ofreciendo cambiar su fortuna, sus propiedades y hasta sus títulos nobiliarios por un pedazo de pan. El total de los muertos ascendió a

setecientos, algo menos de la mitad de los nuevos habitantes recién arribados. Pedrarias, que tras enfermar se había trasladado a un lugar de mejores aires, permitió regresar a España a cualquiera que así lo deseara y con uno de los viajeros de confianza envió una carta al rey contándole de la gran tragedia y solicitando la ratificación real a la decisión tomada por él.

—Qué desventura tan monumental, Pedro Mártir. Y, mientras esto sucedía, ¿qué hacía Balboa?

—Trataba de sobrevivir. Desposeído de todos sus bienes y autoridad, se apoyó en la labor que había venido desarrollando con los nativos para estrechar aún más sus lazos de amistad con el obispo Quevedo. El canónigo, sorprendido muy agradablemente al constatar que muchos de los aborígenes hablaban español y habían sido bautizados, atribuyó el mérito a Vasco Núñez. Así consta en algunas cartas enviadas por el obispo al rey en las que, aparte de comunicarle el establecimiento formal de la diócesis de Santa María de la Antigua del Darién, destacaba favorablemente la labor que había desarrollado el antiguo alcalde y gobernador para atraer a los naturales hacia la civilización y el cristianismo. Quevedo también logró que Pedrarias restituyera a Vasco Núñez algunos de sus bienes, entre ellos una de las viviendas secuestradas, de escaso valor, que poseía junto al río. Pero lo cierto es que el capitán extremeño pasó de alcalde y gobernador interino a ser un capitán más a las órdenes de Pedrarias, quien, además, lo mantenía marginado de cualquier acción que decidiera emprender. Al llegar el mes de noviembre, la villa de Santa María había perdido más de la mitad de sus vecinos. Aquellos que podían la abandonaban para ir a buscar un mejor futuro en alguna de las islas del mar Caribe, la Española, Cuba, Jamaica o San Juan, que ya empezaban a poblarse. Fue en ese mes de noviembre que se recibió en Santa María la carta del rey a Pedrarias, en la que le comunicaba que en España se celebraba con gran júbilo el descubrimiento de un nuevo mar, hazaña realizada por el antiguo capitán y gobernador de la provincia de Santa María del Darién, Vasco Núñez de Balboa.

—No podía haber llegado en un momento más oportuno para Balboa —comentó León X—. Imagino la frustración de Pedrarias.

—Frustración que sin duda aumentaba a medida que avanzaba en la lectura de la misiva real, en la que el rey citaba varias veces la carta que había recibido de Vasco Núñez, informándole de su descubrimiento y sugiriendo los pasos a seguir para aprovechar mejor el nuevo mar austral y sus costas. Atendiendo las recomendaciones de Balboa, el rey le pedía a Pedrarias que fundara tres o cuatro asentamientos entre Santa María y las orillas del nuevo

mar, además de un puerto para su mejor desarrollo. También le ordenaba que hiciera construir dos o tres navíos que pudieran utilizarse para explorar las islas y las costas, y, finalmente, le solicitaba que siguiera la política de pacificación que había llevado a cabo Vasco Núñez con las tribus indias.

—Imagino que esta ordenanza fue la que más molestó a Pedrarias, dado el reconocimiento expreso que hacía el monarca de lo ejemplar que había sido la conducta de Balboa, por lo menos hacia las tribus indígenas.

—Así es. Y por tratarse de un tema que debe ser de mucho interés para Vuestra Santidad me voy a permitir leer un trozo de la carta. —Pedro Mártir buscó entre sus documentos—. Decía el rey, textualmente: *Me ha parecido muy bien la manera que Vasco Núñez tuvo en el tratar los Caciques e indios que halló de hacerlos de paces por ser como fue con tanta templanza y dulzura y dejar los Caciques Pacíficos que fue muy mejor eso que no hacerlo por rigurosidad ni fuerza y seré muy servido que vos proveáis y tengáis mucho cuidado para que con toda pacificación y por bien y paz con muy buen tratamiento sean atraídos los indios a nuestro servicio y que se excuse todo rigor y fuerza y los daños que la gente acostumbra a hacer porque será dañar mucho a su Conversión y que siempre anden alterados y con voluntad no vengan ni estén a nuestro servicio y será causa que tomen mala opinión de los Cristianos.* El rey volvía sobre lo mismo más adelante y ordenaba a Pedrarias que para lograrlo se apoyara en el Obispo y en los eclesiásticos.

—Una carta que habla muy bien del rey. Pero, según recuerdo de vuestras misivas, Pedrarias no cumplió las órdenes reales.

Pedro Mártir sonrió con desánimo antes de responder.

—No solamente no las cumplió, sino que permitió a sus capitanes hacer exactamente lo opuesto. Ya desde el mes de agosto, antes de recibir la carta real, Pedrarias, con la excusa de buscar alimentos, había ordenado al capitán Juan de Ayora entrar a los cacicazgos de que le hablara Vasco Núñez, comenzando por los más amigos, Careta y Comagre. Ayora, un hombre cruel y despiadado como pocos, a pesar de ser recibido en son de paz, atacaba a los indios sin molestarse siquiera en tratar de leerles el Requerimiento. El único propósito de sus sangrientas cabalgadas fue apropiarse del oro y capturar esclavos. La armonía que tanto tiempo y trabajo había tomado al capitán extremeño alcanzar en aquellas regiones fue deshecha por Ayora en menos de dos meses. Los aborígenes, extrañados al inicio y encolerizados después, respondieron atacando a su vez a los invasores y en el Darién los nativos volvieron a ser enemigos acérrimos de los españoles.

—Una verdadera lástima para el proyecto colonizador y sobre todo para la conversión al cristianismo de los nuevos paganos.

—Sin lugar a duda. Pero la de Ayora fue solamente la primera de las muchas entradas que lanzó Pedrarias contra los aborígenes. Dos de estas fueron destinadas a establecer, sin éxito, asentamientos en el nuevo mar para tratar de ganar méritos ante la Corona que opacaran los ya alcanzados por Vasco Núñez. Las demás entradas recorrieron territorios no conocidos hasta ahora, algunos hacia el levante otros hacia el poniente, pero siempre en busca de oro y de esclavos. Durante tres años estuvieron los capitanes de Pedrarias asolando los cacicazgos del Darién, al cabo de los cuales no había un solo cacique que no fuera enemigo de los españoles.

—Como dije, una verdadera pena sobre todo por lo mucho que dificultarían la propagación del cristianismo.

—Así es, Vuestra Santidad, pero volvamos a la carta del rey a Pedrarias. El monarca insistía en que —Pedro Mártir volvió a leer—: *Vasco Núñez, como allá habréis sabido, nos ha servido muy bien... y yo lo tengo por muy buen servidor... y yo vos mando y encargo que vos le tratéis muy bien...*

—¡Y aun así le cortaría la cabeza! —exclamó el Papa.

—Con el agravante de que en diciembre de ese mismo año recibió Pedrarias una segunda carta del rey, en la que le reiteraba que dispensara el mejor trato a Vasco Núñez, descubridor de la Mar del Sur, que tan bien había servido a sus majestades.

—Como si el rey presintiera que había mal ánimo de Pedrarias hacia Balboa. Y a pesar de todo no tuvo reparos en degollarlo.

—Decapitación que tendría lugar cuatro años después. Volviendo a la primera carta, el rey, antes de finalizarla, demostrando ser un hombre pragmático, ordenaba a Pedrarias ocuparse de poner nombres cristianos a todo lo que se iba descubriendo o fundando y, en el caso del nuevo mar y de sus costas y tierras, especificó los nombres que debía utilizar. Esta fue la única orden real que Pedrarias cumplió. El 10 de diciembre de 1514, con gran prosopopeya y solemnidad, convocó al pueblo en la plaza mayor de Santa María para pregonar que, por orden recibida de su majestad el rey Fernando, bautizaba oficialmente los recientes descubrimientos con los nombres de la Mar del Sur, a la nueva mar, y Tierra Nueva de la Mar del Sur, a sus costas y territorios. Entre los testigos que firmaron el acta levantada por el notario público, no figura el descubridor del mar cuyo nombre ahora se oficializaba.

—¿Pedrarias no le permitió firmar?

—No me atrevo a asegurarlo, Vuestra Santidad. Es posible que hubiera aprovechado alguna ausencia de Vasco Núñez para llevar a cabo el acto. Lo único que sé es que la firma del extremeño no aparece entre las de aquellos que dieron testimonio de la proclamación. Poco después, agobiado por algunas enfermedades y por la situación insostenible de la colonia, Pedrarias decidió regresar a España pero, enterados los vecinos, se congregaron para impedirlo y pusieron como condición que el mismo rey autorizara expresamente el retorno a España del gobernador de Castilla del Oro. Mientras tanto, el obispo Quevedo, la otra autoridad que regía en el Darién, escribió al rey para informarle de la muy precaria situación en que se hallaba Santa María de la Antigua, donde todavía prevalecían el hambre y las enfermedades, a tal punto que los habitantes querían abandonarla e irse a vivir a las Antillas o regresar a la metrópoli. Según afirmaba el obispo, para entonces ya la política de pacificación de Vasco Núñez hacia los indios había sido abandonada y estos, embravecidos, impedían a los cristianos salir del poblado en busca de alimentos. Cuando finalmente, en marzo del 1515, dos carabelas procedentes de las Antillas llegaron a Santa María con abundantes bastimentos, el obispo volvió a escribir al rey para decirle que solamente unos cuantos que todavía tenían fortuna habían estado en condición de adquirir los alimentos y medicamentos enviados por la Corona, mientras que el resto de la población seguía padeciendo hambre y enfermedades. Lo que omitió decir el obispo fue que el reparto y venta de aquellos bastimentos fueron aprovechados por los oficiales y militares más allegados al gobernador para hacerse de algún dinero indebido.

—Siempre la corrupción, Pedro Mártir. A veces me pregunto si el hombre, dominado por su egoísmo, no continúa siendo, esencialmente, una criatura inmoral, condición que se deriva del pecado original. Y la respuesta que primero surge es que si no lo fuera, no habría sido necesaria la venida al mundo de nuestro Salvador. —El Papa bajó el tono de voz y se acercó al cronista—. ¡Os suplico no decir que lo habéis escuchado del Papa!

—No os preocupéis, Vuestra Santidad. Después de haber estudiado profundamente la historia de nuestra Iglesia y de sus orígenes, comparto plenamente ese pensamiento y también comprendo la inconveniencia de pregonarlo.

—Al menos por ahora, Pedro Mártir. Quedamos, entonces, en que el nombramiento de Pedrarias como gobernador de Castilla del Oro fue un verdadero desastre para la propagación de nuestra fe. ¿No os parece extraño que el rey no lo remplazara?

—Pienso sinceramente que si Fernando el Católico no hubiera fallecido, Pedrarias habría sido removido y sometido a un severo juicio de residencia. Pero en 1516 falleció el rey y se produjo en España un interregno durante el cual el Nuevo Mundo dejó de estar bajo la mirada atenta de la Corona. El cardenal Cisneros ocupó la regencia en tanto, procedente de Flandes, llegaba el joven Carlos para ocupar el trono. El futuro rey, que entonces contaba dieciséis años, era nieto de Fernando, cuya madre, Juana I, enferma de la mente, permanecía encerrada en el castillo de Tordesillas. Todo ello en medio de intrigas palaciegas que permitieron al obispo Fonseca, presidente del Consejo de Indias, ser el factótum en todo lo relacionado con el Nuevo Mundo. Os recuerdo que Fonseca había sido el principal propulsor de Pedrarias a la gobernación de Castilla del Oro.

—Conozco al obispo Fonseca, Pedro Mártir. Recién electo Papa me correspondió negarle el capelo cardenalicio. Le otorgamos en compensación el Arzobispado de Rossano, en el reino de Nápoles.

—También yo conozco al obispo Fonseca y debo deciros que a él me une una buena amistad. Se trata de un prelado muy activo a quien ha correspondido llevar el peso de varias de las decisiones tomadas por la Corona. Sus ásperos enfrentamientos con Cristóbal Colón y sus hijos todavía se comentan en las tertulias de la corte.

—¿Estaríais de acuerdo en que ha sido más un político que un eclesiástico?

—Completamente de acuerdo, Vuestra Santidad. No es poco común que así ocurra entre los prelados favorecidos por los reyes.

—Entonces, Pedro Mártir, durante el interregno de la Corona española, ¿qué sucedía en el Darién?

—Lo más importante es que en marzo de 1515 llegó a Santa María la cédula real con el nombramiento oficial de Vasco Núñez de Balboa como adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba. En ella se le otorgaban los más amplios poderes jurisdiccionales sobre el área de su gobernación y también algunas prerrogativas sobre la Mar del Sur y sus costas. Sin embargo, también dejaba claro el monarca que tales atribuciones debían ser ejercidas bajo la autoridad del gobernador y lugarteniente de Castilla del Oro, lo que así coartaba, en la práctica, las facultades de Vasco Núñez. A pesar de ello, Pedrarias se guardó las cartas y no las dio a conocer. Pero sendas cartas de igual contenido habían sido enviadas al tesorero, al alcalde y al regidor, y muy pronto el obispo Quevedo se enteró de la perfidia de Pedrarias y la denunció desde el púlpito para que se enteraran todos los

vecinos presentes en la misa. Al final, y luego de discutirlo entre las autoridades del Consejo, donde todos eran opuestos a Vasco Núñez, la elocuencia amenazante del obispo logró que Pedrarias accediera a entregarle al antiguo gobernador interino las credenciales con sus nombramientos. Si algo cambió, sin embargo, fue únicamente que se exacerbó el odio de Pedrarias contra Vasco Núñez, a quien no solamente no le dispensó ninguno de los favores y mercedes que le concedía el rey, sino que le prohibió reclutar gente para el desempeño de sus funciones. No satisfecho con ello, Pedrarias escribió una larga carta a la Corona en la que acusaba a Vasco Núñez de todas las perversidades imaginables. Lo tildaba de embustero, traidor, hipócrita, falsario, ambicioso, ladrón y terminaba solicitando al monarca revocar los nombramientos y mercedes otorgados a Balboa. Pero lo más curioso de la carta es el pasaje en el cual Pedrarias, en su afán de desacreditar a su rival, le asegura al rey que no había sido el extremeño el verdadero descubridor de la Mar del Sur, porque este océano ya había sido descubierto anteriormente por Diego de Nicuesa.

—¡Válgame, Dios! ¿Todo eso escribió?

—Y además ordenó a Espinosa reactivar el juicio de residencia contra Vasco Núñez, que terminó condenado a pagar a Enciso la suma de un millón seiscientos mil maravedíes. Así quedaba el descubridor de la Mar del Sur definitivamente arruinado y sin poder siquiera disponer de hombres que le permitieran cumplir con sus funciones de gobernador y adelantado. Vasco Núñez escribió entonces, en abril de ese año 1515, una nueva carta al rey, en la que denunciaba las arbitrariedades de Pedrarias para con él y donde lo acusaba de haber abusado de los indígenas, por lo que se habían convertido en enemigos implacables de los españoles. La misiva, que concluía solicitando a la Corona el envío de hombres y bastimentos que le permitieran cumplir con las funciones a él encomendadas, fue enviada con motivo del viaje a Valladolid del veedor de Castilla del Oro, Gonzalo Fernández de Oviedo, quien iba a entrevistarse con el rey. Aunque logró verlo brevemente, Oviedo nunca pudo reunirse en audiencia con el monarca para hablarle de su experiencia en el Darién, porque Fernando el Católico fallecería poco después.

Pedro Mártir hizo una pausa deliberada.

—Me toca referiros ahora algunos hechos acaecidos en el Darién durante los años que transcurrieron antes de la decapitación de Balboa. Lo más trascendental para Vasco Núñez fue el regreso del obispo Quevedo a España

en 1518, aunque antes de ese regreso había intervenido en hechos importantes.

—Imagino que entre ellos la boda que convertiría a Pedrarias en suegro de Balboa.

—Sí, pero antes quisiera recordar ciertos acontecimientos que influyeron en la celebración de esos esponsales. Debo comenzar por contaros de varias entradas ordenadas por Pedrarias, siendo la más importante, por su crueldad y alcance geográfico, la que ejecutó el capitán Gonzalo de Badajoz, una de las primeras que, después de enterarse del nombramiento de Vasco Núñez, propició Pedrarias con el propósito de apoderarse de los territorios concedidos por la Corona al adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba. Badajoz, un hombre tan cruel como Ayora, atravesó el territorio del Darién en dirección al nuevo mar arrasando y saqueando todo lo que encontraba a su paso, y esclavizando a los indios. Tras seguir luego rumbo al poniente, abandonó las selvas darienitas para adentrarse, a través de extensas llanuras, en territorios desconocidos. Pasó por los cacicazgos de Pananomé y Cherú, siendo este último el que más caudal de oro, perlas y esclavos le produjo. Deslumbrado por la riqueza que iba acumulando, siguió Badajoz hacia occidente, alejándose cada vez más del Darién. Después de obtener del cacique Anató quince mil pesos oro, llegó finalmente con sus huestes a las tierras del cacique Parita, quien, mejor preparado para enfrentar al invasor, logró detener y derrotar al capitán español. No solamente perdió Badajoz en esta batalla ciento cincuenta de sus hombres, sino también el tesoro que había logrado acumular: cien mil pesos oro, además de todas las perlas y de todos los esclavos.

—Justicia divina, nuevamente, Pedro Mártir —comentó León X.

—Que siempre está presente, Vuestra Santidad. Otra de las entradas de Pedrarias fue la que decidió hacer en Dabaibe, región cuyo nombre todavía se escuchaba entre los conquistadores como aquella en la que más abundaba el oro. Para llevarla a cabo comisionó a Vasco Núñez, de modo que al mismo tiempo que asignaba una misión peligrosa a su rival, por estar Dabaibe cerca de la región de los temibles indios Caribe, lo enviaba lejos de Coiba y de Panamá, tierras de las cuales el capitán extremeño era gobernador por designación real. A sabiendas de la dificultad de la entrada, pero confiado en que tendría éxito y se reivindicaría frente a Pedrarias, frente a sus camaradas de armas y frente a la Corona, partió Vasco Núñez al mando de doscientos hombres a finales de junio de 1515. Con él iba también el capitán Luis Carrillo, con quien, por órdenes de Pedrarias, compartiría el mando. Pero la

expedición fue un desastre. Los aborígenes que habitaban al oriente del golfo de Urabá eran los más belicosos del Darién y después del cambio de política de Pedrarias, estaban mejor dispuestos para combatir al invasor. En el primer enfrentamiento Vasco Núñez perdió varios hombres y él mismo resultó herido de un flechazo en la cabeza, al igual que Carrillo, a quien las espadas de madera de los aborígenes destrozaron el pecho. Malheridos ambos capitanes, sin alimentos y perdida la mitad de sus hombres, decidieron regresar a Santa María, donde llegaron a finales de octubre. La desdichada entrada se la contó el propio Vasco Núñez al rey en otra de sus cartas, en la que insistió sobre la muy mala gestión de Pedrarias en perjuicio de la Corona. Resulta curioso que en esta carta le endilga a Pedrarias los mismos epítetos que este le había atribuido a él en una de sus cartas al rey: embustero, traidor, ambicioso, hipócrita, falsario y ladrón.

—Por lo que contáis, había mucho más intercambio de correspondencia entre la metrópolis y el Darién de lo que yo imaginaba.

—Es un hecho cierto, sobre todo gracias a los informes que despachaban periódicamente las autoridades enviadas por la Corona a la colonia, entre ellos, en primerísimo lugar, los obispos, que tenían una misión que cumplir más allá de la conquista y la colonización. Es justo agregar que, en el caso de Castilla del Oro, entre los años 1513 y 1519, mucha de esa correspondencia se generó en torno a la disputa entre Pedrarias y Vasco Núñez, no solamente por los propios rivales, sino también por varios testigos. Entre estas misivas destacan las enviadas por el obispo Quevedo, siempre favoreciendo al de Extremadura.

—Todo esto a pesar de la distancia y las dificultades para que llegaran a su destino. ¿Contáis con la última carta de Balboa al monarca?

—Lamentablemente no, Vuestra Santidad. Aunque la tuve en mis manos, en ese momento carecía de los medios para copiarla. Ahora quisiera hablaros un poco más de la entrada de Badajoz, que mencioné anteriormente. Esta cabalgada reviste una especial importancia porque por primera vez un capitán español se aventuraba por territorios allende la selva del Darién, que después servirían de guía a Pedrarias para la fundación de nuevas villas.

—Si os entiendo bien, Pedrarias sí llegaría entonces a cumplir la misión de fundar ciudades y poblarlas que le encomendara la Corona.

—En cierta medida sí, Vuestra Santidad. No bien se deshizo de Vasco Núñez, el gobernador de Castilla se sintió libre para cumplir con el mandato real y fundó y pobló otras villas. Quizá sea también el momento de recordar que la villa de Santa María de la Antigua del Darién fue la primera de

Tierrafirme en ser elevada oficialmente al grado de ciudad por orden de la Corona que, por medio de un documento real, expedido en julio de 1515, la dotó de un significativo escudo de armas en el que destacan la efigie de Nuestra Señora de la Antigua, un sol y una torre de oro sostenida por un leopardo y un cocodrilo. Os lo digo para que veáis la importancia que otorgaban sus majestades a Santa María, más allá de la correspondencia que iba y venía entre la metrópoli y el muy remoto Darién.

—Interesantísimo, Pedro Mártir, tanto que sin darme cuenta nos hemos pasado de la hora y yo debo acudir a otro cónclave con los cardenales en el que se definirá la suerte de Martín Lutero. Os espero a la misma hora mañana.

—Aquí estaré, Vuestra Santidad. Que el asunto termine lo mejor posible para nuestra Iglesia.

Once

Al día siguiente, Pedro Mártir se encaminó al salón privado del Papa, temeroso de que el enjuiciamiento de Lutero afectara la continuidad del relato. Al llegar se encontró a León X paseándose de un lugar a otro del salón con las manos cruzadas a la espalda.

—Buenos días, Pedro. Si no tuvierais inconveniente, antes de iniciar nuestra sesión me gustaría escuchar vuestra opinión sobre la decisión que deberá tomar muy pronto el Vaticano en relación con Martín Lutero.

—Buenos días, Santidad —respondió un muy asombrado Pedro Mártir—. A pesar de mis pobres conocimientos del tema no puedo rehusar el gran honor que me concedéis.

—Sois un humanista y un profundo conocedor de la fe cristiana. Además, os movéis en un mundo más terrenal que aquel en el que nos desenvolvemos los papas y los altos jerarcas de la Iglesia, por lo que apreciaré vuestra opinión como la de un católico que mira el tema desde un ángulo más cercano a los fieles. Como seguramente sabéis, desde junio de este año emitimos la bula *Exsurge Domine* para exigir a Lutero la retractación de sus ataques contra el papado y la Iglesia. Se le otorgaron ciento veinte días para responder y se le advirtió que sería excomulgado si no obedecía dentro de ese plazo. Su respuesta fue una simple carta dirigida a mí, que hizo divulgar, en la que afirma que para interpretar la palabra de Dios él no tiene que someterse a ninguna ley. El plazo otorgado vence el 10 de enero, razón por la cual me habéis visto acudir recientemente a varias reuniones con los cardenales, quienes, casi por unanimidad, opinan que debemos proceder con la excomunión. Me gustaría saber qué pensáis al respecto.

—¿Cuál es la razón por la cual se excomulgaría a Lutero? —preguntó Pedro Mártir para ganar tiempo.

León X meditó un momento. El balanceo de la cabeza se había acentuado.

—Lutero ha pretendido, con las noventa y cinco tesis que propugna, introducir en su protesta un tema religioso, pero yo diría que en el trasfondo se trata más bien de un asunto económico: el valor, alcance y significado de las indulgencias que puede otorgar la Iglesia a los fieles para perdonar sus

pecados. Habéis podido apreciar las obras que el Vaticano está llevando a cabo en Roma, entre ellas la nueva Basílica de San Pedro, sin duda la más costosa y necesaria. Al mismo tiempo tenemos que mantener los Estados Pontificios y sus ejércitos, que nunca dejan de combatir, para todo lo cual los fondos del Vaticano resultan insuficientes. Estas razones nos impulsaron a incrementar la expedición de indulgencias a cambio de limosnas para el beneficio de la Iglesia y la salvación de las almas de todos los fieles. A esta decisión se han opuesto Lutero y algunos pocos seguidores que nos acusan de haber remplazado el arrepentimiento y perdón de los pecados por dinero.

Hubo un momento de silencio. Pedro Mártir, que había escuchado en España hablar del abuso que cometía la Iglesia al vender indulgencias para la absolución de los pecados, lo que favorecía a los ricos sobre los pobres, no sabía cómo responder.

—Si Vuestra Santidad me lo permite, lo único que me atrevo a decir es que la excomunión de Lutero contribuirá a hacer más conocido al personaje y la causa de su rebeldía. Es decir...

—¡Es justamente lo que yo he sostenido ante el Colegio Cardenalicio! —exclamó León X—. Pero casi todos los cardenales insisten en que no podemos permitir que Lutero siga predicando como un miembro legítimo de nuestra Iglesia porque a la larga podría formar adeptos y tendrían que ser muchos más los excomulgados.

—Conclusión que tampoco deja de ser razonable.

La cabeza del Papa volvió a su movimiento involuntario, esta vez afirmativamente.

—Podría posponer la decisión, Pedro Mártir, pero estaría incumpliendo lo expresado en la bula, algo que los papas no debemos hacer porque afectaría gravemente nuestra credibilidad, que es una virtud de la cual no podemos prescindir para el mejor gobierno de la Iglesia.

—Si la autoridad del Vicario de Cristo sobre temas de la fe está en entredicho, entonces, sin lugar a duda, se debe ejecutar la bula *Exsurge Domine*. Pero quisiera expresar a Vuestra Santidad, como lo hice antes, que podemos continuar nuestra conversación sobre Vasco Núñez y Pedrarias cuando dispongáis del tiempo que os permitan vuestras obligaciones. Yo podría prolongar mi estadía en Roma hasta...

—Gracias, amigo mío, pero no es necesario. Martín Lutero será excomulgado mediante una nueva bula que expediré a principios del próximo mes. Quería escuchar vuestra opinión solamente para sentirme más tranquilo, algo que habéis logrado. Volvamos ahora a lo nuestro.

Un poco confundido todavía, Pedro Mártir de Anglería se reacomodó en la poltrona antes de continuar.

—Después del desastre del capitán Badajoz, a cuya entrada en regiones allende las selvas del Darién ya nos referimos, Pedrarias decidió encabezar él mismo una cabalgada a las mismas regiones visitadas por Badajoz para recuperar el oro y los esclavos de que este había sido despojado después de su enfrentamiento con el cacique Parita. Partió con trescientos hombres en tres carabelas rumbo al puerto de Careta, que para entonces ya se conocía con el nombre de Acla, pero tan pronto desembarcó, cayó enfermo y hubo de enviar en su lugar al bachiller Gaspar de Espinosa quien, además de ejercer el cargo de alcalde mayor de Santa María, se desempeñaba como uno de sus capitanes. Espinosa exigió más hombres y al final partió al frente de cuatrocientos soldados. Además de los perros llevaba también doce caballos, animales que antes de las cabalgadas de Badajoz nunca habían sido vistos por los naturales de aquellas regiones occidentales. Espinosa siguió la ruta de su compañero de armas y resultó aún más sanguinario y déspota que aquel. Después de arrasar cuanto cacicazgo encontraba en su camino, llegó donde el cacique Parita y, con el apoyo de los caballos, lo derrotó fácilmente y recuperó, además de los cien mil pesos oro arrebatados a Badajoz, dos mil indios esclavos, que llevó consigo.

—Poco les duró la alegría a los aborígenes —comentó León X.

—Sí, muy poco. Al llegar a Acla, el capitán Espinosa se sorprendió por lo adelantada y hermosa que se hallaba la construcción de la nueva villa portuaria, pero más le extrañó encontrar al mando de las obras a Vasco Núñez, sobre el cual todavía pendía el juicio de residencia iniciado y suspendido por él. De labios del mismo Balboa supo Espinosa que Pedrarias había vuelto a enfermar después de iniciar el levantamiento del nuevo emplazamiento y que había decidido encargarle a él continuar la obra, con la experiencia que había acumulado al construir la villa de Santa María.

—Lo que acabáis de contar habla bien de Pedrarias —comentó el Papa.

—Así es, Vuestra Santidad. Para cumplir la orden recibida de los reyes de levantar ciudades y poblarlas, Pedrarias decidió escoger a quien mejor podía hacerlo, aunque fuera su enemigo. Pero las cosas entre ellos volverían a empeorar. Vasco Núñez, que seguía sin poder desempeñar su función como gobernador de Panamá y Coiba y adelantado de la Mar del Sur porque Pedrarias rehusaba otorgarle soldados para llevarla a cabo, decidió enviar a buscarlos en las Antillas por su propia cuenta. Aprovechando que Pedrarias supervisaba el avance de los trabajos en Acla, encargó a su amigo, Andrés

Garabito, que se embarcara con ese propósito. —Pedro Mártir calló un instante antes de continuar—. Os explico quién era Andrés Garabito, personaje que tendrá un papel importante en el juicio que le costó la cabeza a Vasco Núñez. Cuando el de Jerez de los Caballeros regresó a Santa María después de descubrir un nuevo mar y se enteró de que la Corona había nombrado un nuevo gobernador en su remplazo, encomendó a su amigo Andrés Garabito buscar una mejor ruta para ir de Santa María al nuevo mar. Garabito partió a cumplir su misión siguiendo un trayecto esencialmente fluvial, más hacia el levante de la ruta utilizada por Balboa, pero en el camino se enamoró de una indígena; se casó con ella conforme a la ceremonia de su tribu y allá se quedó un largo tiempo disfrutando de su luna de miel. Este es el mismo Garabito que, a petición de Vasco Núñez, trajo de Cuba sesenta soldados destinados a acompañarlo a reconocer y explorar el territorio a él conferido por la Corona. Pero antes de que Balboa pudiera partir, regresó Pedrarias de Acla y se enteró de la expedición que su rival y subordinado pretendía llevar a cabo sin su autorización. Enseguida lo acusó de sublevación y, sin más, lo mandó a poner preso, pero en lugar de enviarlo a la cárcel pública hizo construir una jaula de madera en el patio de su casa y allí lo encerró para vigilarlo más de cerca y dejar claro que era directamente al gobernador a quien respondía el prisionero.

—Como si fuera un animal cualquiera —comentó León X—. Poco duró la paz entre ellos.

—Pero volvería muy pronto gracias, nuevamente, a la intervención del obispo Quevedo. Como habían resultado inútiles sus ruegos para que el gobernador dejara en libertad al capitán extremeño, el obispo se confabuló con doña Isabel de Bobadilla para idear un plan que pusiera fin, de una vez por todas, a la rivalidad entre Pedrarias y Vasco Núñez, rivalidad que ningún bien hacía a la colonia. El esquema era muy sencillo. Siendo el adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba un funcionario importante y prestigioso de la Corona, además de un hombre de fortuna y de buen ver, y teniendo los Arias Bobadilla una hija adolescente, ¿qué podría ser mejor y más lógico que unirlos en matrimonio? Aunque Pedrarias se opuso, la elocuencia del obispo, unida a la influencia que ejercía sobre su esposo la Bobadilla, que además veía con buenos ojos al adelantado de la Mar del Sur, terminó por convencerlo de la ventaja de tener como yerno a Balboa, quien además era muy querido por los habitantes de Santa María. Para Vasco Núñez la maniobra diplomática y política tenía el inconveniente de que, además de renunciar, como había exigido Pedrarias, a varias de sus prerrogativas como

adelantado y gobernador, ya no podría seguir viviendo con la hija de Careta, a la que verdaderamente quería y llevaba consigo a todas partes. Tan pronto se acordaron los esponsales, Vasco Núñez salió de la jaula donde había pasado dos meses.

Cuando Pedro Mártir concluyó su relato, la expresión de León X reflejaba una candorosa malicia.

—No recordaba haber leído en vuestras cartas tan interesante pasaje. Me acabáis de traer a la memoria a Boccaccio. Casualidad que vuestras *Décadas* recuerden al *Decamerón*, siendo este un tratado de erotismo.

—Aclaro a Vuestra Santidad que no habíais leído el pasaje en mis cartas porque no lo incluí; solamente hice alusión a que Pedrarias y Vasco Núñez fueron suegro y yerno. En cuanto a Boccaccio —rio Pedro Mártir—, debo manifestar que su *Decamerón* y mis *Décadas* solamente tienen en común que ambos escritos son grupos de diez: diez años de historia mis relatos, diez días de picardía los de Boccaccio.

—Y el matrimonio ¿se llegó a consumir? —El Papa todavía sonreía.

—No, nunca, ni física ni legalmente. Vasco Núñez jamás salió del Darién ni María Arias Bobadilla de su convento. Pero en Santa María hubo esponsales y el obispo, en una solemne ceremonia eclesiástica, presidió el intercambio de consentimientos a través de poderes otorgados por el padre de la novia y por el novio. Sin embargo, nunca se pediría la autorización real, necesaria para formalizar ese tipo de casamientos.

—Todo esto habría sido muy original y divertido si no hubiera terminado en tragedia. ¿Cuánto tiempo duró la nueva tregua?

—Muy poco en realidad. Un año, a lo sumo, aunque Pedrarias comenzó a tratar muy cariñosamente a su yerno, a quien ahora llamaba hijo. Después de los esponsales, le encomendó continuar la construcción de Acla y supervisar su poblamiento, para lo cual puso bajo su mando ochenta hombres. Vasco Núñez acometió la tarea con gran entusiasmo. Aparte de los espacios fundamentales de la villa, se preocupó por escoger las mejores tierras y preparar los campos de modo que no faltare cómo alimentar a la población. Cuando ya estuvieron levantadas las primeras estructuras y terminado el muelle, Pedrarias, recordando la orden recibida del rey, ordenó a su yerno la construcción de tres embarcaciones para comenzar la conquista y población del Territorio de la Mar del Sur. A solicitud de Vasco Núñez, autorizó la creación de una empresa comercial que se encargaría de fabricar las naves y de explotar los nuevos territorios. En la Compañía de la Mar del Sur participaron como socios, además de Balboa, distinguidos personajes de Santa

María, como lo eran Beltrán de Guevara, Diego Rodríguez, Roger de Loria, Diego Hernández, el ya mencionado Pedro Arbolancha y el sacerdote Rodrigo Pérez, de quien hablaremos después. Parece evidente que Vasco Núñez tenía como fin último la conquista del Birú, aquella región ubicada más allá del nuevo mar, plena de oro y riquezas, de la que un día le hablaran los caciques Panquiaco y Tumaco. El aporte de los socios serviría para iniciar la construcción de las naves.

—Perdonadme, Pedro Mártir, pero ¿cómo pensaba Balboa trasladar naves, que sin duda pesarían varias toneladas, de uno a otro mar a través de selvas y montañas?

—En mi humilde opinión, Vuestra Santidad, si el descubrimiento de la Mar del Sur fue una hazaña difícil, la que ahora se proponía realizar Vasco Núñez lo era mucho más. El plan consistía en talar y labrar las maderas en Acla y luego trasladarlas al otro mar junto con las anclas, cables, lonas y demás aparejos para construir allá las naves. Y, como bien decís, todo ello a través de más de veinticinco leguas de selvas, terrenos cenagosos, ríos y montañas. Con tal propósito, Vasco Núñez dispuso establecer un campamento intermedio en lo alto de la serranía a la cual llegarían los cargadores para alimentarse y descansar antes de emprender el descenso hacia la otra orilla, y envió a algunos de sus hombres en busca de un lugar donde instalar el astillero para armar las embarcaciones, que finalmente fue ubicado junto al río Balsa, a dos leguas de su desembocadura en la nueva mar. Llevar a cabo la hazaña dependía de disponer de suficientes cargadores, para lo cual Balboa no dudó en valerse de la nueva política indigenista establecida por Pedrarias: esclavizar tantos indios como lograra capturar para remplazar a los que iban falleciendo por lo arduo del trabajo. Se cree que más de quinientos aborígenes murieron cargando maderas y aparejos de un lado al otro del Darién.

—¡Baldón para Balboa! —exclamó León X, molesto. Y, tras meditar un momento, añadió—: Resulta triste decirlo, Pedro Mártir, pero así ha ocurrido con todas las grandes obras de la humanidad, ante las cuales hoy tanto nos maravillamos. Ni las pirámides de Egipto, ni el Partenón de Grecia, ni el Coliseo de Roma existirían de no haber sido por los esclavos que dieron su vida para que nosotros pudiésemos admirarlas después de muchos siglos. —El Papa miró fijamente a Pedro Mártir—. No será el caso de nuestra Basílica de San Pedro que está siendo construida por fieles a quienes se les paga por cada piedra que en ella ponen. Pero continuad, continuad.

—Olvidé deciros que a pesar del tratamiento de hijo que ahora Pedrarias dispensaba a Vasco Núñez, no dudó en imponerle condiciones muy estrictas

para el cumplimiento de la tarea encomendada. Le permitió utilizar solamente ochenta hombres y le otorgó un año y medio para completar la construcción de las tres embarcaciones, plazo que debía concluir el 24 de junio de 1518. Después de mil calamidades, terminaba Vasco Núñez de armar el segundo bergantín cuando un gran aguaje provocó el desbordamiento del río Balsa, que dio al traste con el astillero y con casi todo lo que hasta entonces había construido. El trabajo de un año estaba arruinado, pero Balboa, pese a las contrariedades, regresó a Acla para reorganizar la empresa y tratar de obtener más hombres y una prórroga del plazo otorgado por Pedrarias. Con tal propósito envió a Santa María a Hernando de Argüello, uno de sus socios, a entrevistarse con el gobernador, quien al principio rehusó extender el plazo, pero, gracias una vez más a la intervención del obispo Quevedo, aceptó otorgarle cuatro meses adicionales y sesenta hombres más.

—Nuevamente el obispo Quevedo —reflexionó el Papa en voz alta—. Realmente fue un ángel custodio.

—Sí que lo fue, pero lamentablemente sería la última vez que impetraría por su protegido. Luego de lograr de Pedrarias la prórroga del plazo, monseñor Quevedo, víctima de alguna dolencia, regresó a Castilla en enero del 1518, donde falleció menos de un año más tarde, sin haber sabido más de Vasco Núñez.

—¡Cuánta falta le haría a Balboa su protección! —exclamó León X.

—Hay un tema que guarda relación con el obispo Quevedo —dijo, pensativo, Pedro Mártir— que no he incluido en mis cartas y del que tampoco pensaba hablar a Vuestra Santidad, pero dada la naturaleza del diálogo en que se ha convertido esta narración, a la vez franco, íntimo y profundo, creo que es pertinente compartirlo. Se trata de una larga conversación que sostuve con él en Valladolid después de su regreso de Santa María de la Antigua, pocos meses antes de que rindiera su alma al Creador. Cuando me enteré de que había regresado del Darién y se encontraba enfermo, fui a visitarlo, sobre todo porque a él me unía una vieja amistad que a través de los años se había ido fortaleciendo, dado nuestro mutuo interés en el Nuevo Mundo. Por supuesto que me animaba también el deseo de conocer de primera mano y de una fuente muy confiable las cosas que allá sucedían para incluirlas en mis *Décadas*. Como bien sabe Vuestra Santidad, muchos de los hechos que os he contado en torno a las relaciones entre Pedrarias y Balboa provienen de mis conversaciones con monseñor Quevedo. Sin embargo, en esa última conversación el primer obispo de Tierrafirme también me confió aspectos relativos a la personalidad de Balboa, a su forma de ser y de sentir, que sirven

para explicar muchas de las actuaciones del descubridor de la Mar del Sur, aunque también dejan interrogantes difíciles de comprender.

Pedro Mártir hizo una pausa para observar la reacción de León X.

—Esta información será quizás la más interesante de todas —dijo el Papa, reacomodándose en la poltrona—. Somos dados a contar la historia como si fuera una mera sucesión de hechos sin darnos cuenta de que son los sentimientos y las emociones los que definen el comportamiento de los grandes protagonistas y, en consecuencia, la propia historia.

—Es muy cierto lo que afirmáis. El tema surgió cuando le manifesté al obispo Quevedo mi admiración por lo mucho que él había protegido a Balboa ante la hostilidad de Pedrarias y las inconsistencias en la conducta de la Corona. Me respondió que si alguien necesitaba un protector era Vasco Núñez. «A pesar de su innata habilidad para comandar hombres, pocas veces he conocido alguien más ingenuo y confiado», fueron sus palabras exactas. Me explicó que Balboa era un individuo que creía que el ser humano era esencialmente bueno, que sus actuaciones no obedecían a agendas ocultas y que, en su opinión, esta era una de las razones que le habían llevado a congeniar mejor con los indígenas que con los propios españoles. Pensaba Quevedo que los aborígenes también eran seres ingenuos, dispuestos, y, más que dispuestos, ávidos de creer que aquellos seres tan extraños, venidos del mar, eran semidioses que llegaban para que sus vidas mejoraran. Solamente después de que se sintieron traicionados y maltratados se rebelaron ante el invasor. Balboa, aunque tuvo sus fallas, gracias a su política de procurar la amistad con los naturales, llegó a establecer verdaderos lazos de confianza con numerosos caciques, que propiciaron que muchos aceptaran bautizarse y abrazar la fe cristiana.

—Es algo que ya había intuido yo al escucharos, Pedro Mártir —acotó León X—. ¿Os comentó el obispo Quevedo de la relación tan extraña de Balboa con Pedrarias?

—Aunque resultaba evidente que el obispo no sentía ninguna estimación por Pedrarias, nunca llegó a hablarme de él, de sus motivaciones o de sus ambivalencias en sus relaciones con Balboa. En cuanto a Vasco Núñez me aseguró que, ingenuo como era, estaba convencido de que su desempeño en algún momento lo llevaría a merecer el aprecio de Pedrarias. Me confió que cuando él le propuso a Balboa el casamiento por poder con una hija de Pedrarias, el capitán extremeño había desechado enseguida la idea. Así pudo percatarse de que lo que existía entre el conquistador español y la hija de

Careta, a quien él llamaba, simplemente, Acha, no era una mera relación sexual, sino un amor verdadero.

—¿Acha, decís? —preguntó, extrañado, León X.

—Sí, Vuestra Santidad. Es el diminutivo de muchacha en el dialecto extremeño. No solamente vivían juntos, sino que Balboa la llevaba con él por doquiera que iba. En una palabra, era su compañera. Fue solamente después de mucho insistir el obispo sobre la conveniencia para la Corona de que él y Pedrarias establecieran una relación armoniosa, que Balboa finalmente accedió a convertirse en hijo político del gobernador. —Pedro Mártir vaciló un instante—. El obispo Quevedo se sorprendió ante la gran tristeza que sintió Balboa por el dolor que sus esponsales causarían a su Acha. La hija de Careta se había entregado completamente al capitán español, no solamente en cumplimiento del deseo de su padre, sino porque se había enamorado de él. Según el obispo, Balboa también la quería y por eso le pidió que la aconsejara para hacerla entender que los esponsales con la hija del gobernador eran meramente un trozo de papel, una maniobra política, y que él nunca dejaría de amarla ni de protegerla. Monseñor Quevedo hizo lo posible por convencerla, pero no tuvo éxito. Acha decidió regresar a su tribu y el obispo nunca supo más de ella.

—Y, después de que fracasaron los pretendidos esponsales, ¿no fue Balboa en su busca?

—Entiendo que Vasco Núñez se mantuvo fiel a la palabra empeñada a María Arias Peñalosa hasta el último instante.

—Sea como fuere, Pedro Mártir, no podemos negar que Balboa y Acha protagonizaron una verdadera historia de amor que probablemente nunca figurará en las páginas de los cronistas de Indias. —León X sonrió con beatitud—. Un estimulante y hermoso episodio en medio de la barbarie.

Las sentidas palabras del Papa provocaron un prolongado silencio, finalmente roto por Pedro Mártir.

—Debo deciros también que pregunté al arcediano Pérez, de quien hablaremos más al narrar el juicio seguido a Balboa, si Acha había asistido al proceso o a la ejecución, pero él, que también la conocía, no recordaba haberla visto.

—Muy triste, Pedro Mártir, muy triste.

—En nuestra larga conversación en Valladolid —continuó Pedro Mártir— el obispo Quevedo también me pidió investigar un rumor que corría sobre concesiones otorgadas por la Corona a un testaferro de Pedrarias, Diego de Albítez, que podría afectar a Balboa. Me puse en ello y averigüé que el 23 de

mayo de 1518, el rey Carlos había expedido una cédula real autorizando al tal Albítez a explorar y explotar la Mar del Sur y sus costas, y que le otorgó las mismas prerrogativas y mercedes que había otorgado a Vasco Núñez por su descubrimiento de la nueva mar. De acuerdo con el obispo Quevedo, la errática actitud del joven monarca era consecuencia de las cartas que Pedrarias enviaba a la Corona para indisponer a quien fuera su hijo político. Inexplicablemente, Carlos I dispuso dejar al descubridor de la Mar del Sur con un título vacío de contenido. Y lo más sorprendente y doloroso es que el usurpador había sido uno de los que estuvieron junto a Balboa el 27 de septiembre de 1513 cuando avistó la Mar del Sur, tal como consta en la lista elaborada por el escribano Valderrábano, donde Diego de Albítez aparece en el cuarto lugar, detrás de Pizarro.

—Realmente incomprensible, como bien decís. Aunque podríamos otorgar al joven monarca el beneficio de la duda por no estar familiarizado con las realidades del Nuevo Mundo.

—Es justo asumir que durante los primeros años de su reinado, Carlos I de España y V de Alemania se encontraba muy ocupado consolidando el poderoso imperio europeo, recién heredado de sus abuelos Fernando de Aragón y Castilla y Maximiliano I de Habsburgo. Para la administración del Nuevo Mundo se apoyaría mucho en el Consejo de Indias, cuyo presidente, Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, era partidario decidido de Pedrarias. Lo cierto es que este sí tenía conocimiento de que, gracias a sus petitorias, su yerno Vasco Núñez, había sido desposeído de todas sus prerrogativas que ahora beneficiaban a uno de sus testaferros y aliados.

—¿Qué necesidad había de matarlo, entonces? —preguntó, sombrío, León X, la cabeza oscilando de un lado a otro—. ¡Ya le había quitado todo!

—Vamos allá, Vuestra Santidad. Luego del desastre en el río Balsa, Vasco Núñez logró rescatar y reparar las naves afectadas por el desbordamiento, pero al lanzarlas al río hicieron agua porque la broma había agujereado parte de la proa. Aun así, las reparó como pudo, descendió con ellas por el río y navegó costearo la Mar del Sur rumbo al sureste hasta llegar a una pequeña bahía que bautizó con el nombre de Puerto Peñas. En vista de que las condiciones de las naos no eran las mejores, giró en redondo hacia el poniente y se dirigió a Isla Rica, entonces ya conocida como Isla de las Perlas. Su propósito era instalar allí un aserradero para terminar de reparar las embarcaciones y construir otras dos, aunque antes haría una entrada para apoderarse de los alimentos y cualquier riqueza que poseyera el temible cacique Terarequí. Pero ya para entonces uno de los capitanes de Pedrarias

había incursionado por esa región insular y Vasco Núñez encontró la isla deshabitada y arrasada, circunstancia que aprovechó para proceder enseguida con la construcción de las embarcaciones. Presionado por el tiempo, se percató de que no sería posible finalizar los trabajos antes del vencimiento de la prórroga otorgada por Pedrarias, y con su amigo, Andrés de Valderrábano, envió una carta al gobernador detallando el progreso alcanzado hasta ese momento y solicitando tiempo adicional para culminar la construcción de los bergantines que le permitieran iniciar la exploración de la Mar del Sur. Para entonces en Santa María se corría el rumor de que Pedrarias iba a ser remplazado como gobernador por don Lope de Sosa, rumor que también llegó a oídos de Vasco Núñez, que no acertaba a adivinar si le iría mejor con su suegro como gobernador o con un desconocido que tal vez no aprobaría o demoraría en aprobar su incursión en la nueva mar.

—El tal Valderrábano que mencionáis, ¿es el mismo que levantó el acta de la toma de posesión de la Mar del Sur?

—Sí, es el mismo, Vuestra Santidad. Él permaneció fiel a Vasco Núñez hasta el final. Ahora bien, con miras a las próximas exploraciones, el adelantado extremeño había urdido un plan para establecer una población en el cacicazgo de Chepavare, región ubicada convenientemente entre Acla y la costa del nuevo mar, cuyo emplazamiento resultaba ideal para organizar y lanzar la ansiada expedición al Birú. De este plan solamente conocían sus colaboradores más íntimos, Andrés Valderrábano, Luis Botello, Hernán Muñoz y Hernando de Argüello. Pero para poder continuar con sus planes, Vasco Núñez necesitaba saber si había llegado ya al Darién el nuevo gobernador y con ese propósito envió mensajes a Botello, que se hallaba en Santa María, pidiéndole que se apersonara en Acla para averiguarlo. Pedrarias, que veía pasar el tiempo sin saber de su yerno, sospechaba que el adelantado de la Mar del Sur seguía pensando en irse sin su autorización a explorar el nuevo mar y había dado instrucciones de aprehender a cualquiera de los hombres de confianza de Núñez que llegara a Acla. Aunque Botello entró de noche en la villa, fue descubierto y puesto preso a las órdenes de Francisco Benítez, escribano y súbdito de Pedrarias, con quien Vasco Núñez mantenía una vieja rencilla. Benítez logró que Botello dijera que venía enviado por el adelantado de la Mar del Sur a averiguar si había llegado el nuevo gobernador al Darién. Los otros socios de Vasco Núñez, Hernando de Argüello, Hernán Muñoz y Andrés de Valderrábano, preocupados por no haber sabido nada de la gestión de Botello, también se trasladaron a Acla, donde fueron hechos prisioneros tan pronto ingresaron a la villa. A Argüello

le encontraron en su poder una carta dirigida a Balboa, aún sin enviar por falta de mensajero, en la que le expresaba su parecer de que Pedrarias no otorgaría la prórroga solicitada por Balboa y para no perder los dineros invertidos por él y otros en la Compañía de la Mar del Sur, era necesario zarpar tan pronto fuera posible hacia el Birú, sin importar si había arribado o no el nuevo gobernador. La carta fue enviada enseguida a Pedrarias, quien, iracundo, se trasladó a Acla a planificar cómo proceder contra su insurrecto yerno. Debo decir que a las sospechas de Pedrarias se sumaban las incitaciones de algunos de los enemigos de Vasco Núñez, entre ellos Alonso de la Puente, tesorero de Santa María, quien, entre otras cosas, se quejaba continuamente de que, a diferencia de otros capitanes, el adelantado de la Mar del Sur nunca había querido compartir con él los indios esclavos que poseía, producto de sus mercedes y de sus entradas.

—Siempre los indígenas, ¿no? —comentó, taciturno, el Papa—. No son considerados seres humanos, sino simples objetos.

—Cierto es, Vuestra Santidad. Y los marcan como animales, herraje que se conoce con el nombre de calimbo. En Santa María, igual que en la Española, una de las ordenanzas emitidas por la Corona manda a marcar en la pierna con un hierro caliente a los indios esclavos para saber a quién pertenecen en caso de que escapen y sean recuperados.

—Imposible aceptar semejante proceder, Pedro Mártir. Así no hay Requerimiento que valga.

—Muy de acuerdo con Vuestra Santidad. Pero, volviendo a Pedrarias, tras mucho meditar sobre cómo proceder, le envió un mensaje a su yerno ordenándole venir a Acla para conversar acerca de los progresos de la construcción de las naves y planificar la exploración y poblamiento de las costas de la Mar del Sur. Vasco Núñez, convencido de la conveniencia de estar en buenos términos con su suegro y todavía gobernador de Castilla del Oro, haciendo gala de una ingenuidad incomprensible, emprendió viaje enseguida. En Acla, mientras tanto, temiendo que Vasco Núñez no hiciera caso a su llamamiento, Pedrarias envió al capitán Pizarro al frente de treinta hombres con instrucciones de apresar a su yerno.

—¿Pizarro? —preguntó, extrañado, el Papa.

—Sí, Francisco Pizarro. Este capítulo no está incluido todavía en mis *Décadas del Nuevo Mundo* pero tan pronto regrese a Valladolid comenzaré a escribirlo para enviároslo. Este diálogo con Vuestra Santidad me ha servido para reavivar mis deseos de ponerme al día con la historia. Pizarro, como hemos dicho, era coterráneo y compañero de armas de Vasco Núñez desde su

llegada al golfo de Urabá, pero sabemos que alguna fricción había surgido entre ellos después del incidente en el que Vasco Núñez lo reprendió públicamente por haber abandonado a uno de sus hombres herido en combate.

—Ese incidente sí lo recuerdo muy bien de vuestra narración, Pedro Mártir. Lo obligó a volver por él. Pero supongo que a Pizarro, como subalterno de Pedrarias, gobernador y lugarteniente del rey, no le quedaría más que obedecer.

—Pizarro era también uno de los capitanes con más experiencia en el Darién. Los dos extremeños se encontraron en el camino que unía Acla con la costa de la Mar del Sur e inmediatamente Pizarro hizo arrestar a Vasco Núñez, que viajaba acompañado por varios indios naborías y unos cuantos hombres desarmados. Ante las recriminaciones de Balboa, su antiguo compañero y subordinado se limitó a manifestar que cumplía órdenes del gobernador, jefe militar supremo del Darién. Sin pérdida de tiempo, Pizarro condujo a su prisionero a Acla para entregárselo a Pedrarias, quien le dio a Balboa la casa de uno de los vecinos por cárcel. Al día siguiente, todavía sin acusarlo de ningún crimen, el gobernador trató de lograr que su yerno confesara su intención de lanzarse a la exploración y poblamiento de la Mar del Sur sin su autorización, pero Vasco Núñez lo negó y explicó que de haber sido así no habría venido de buena fe a reunirse con él. Ese mismo día Pedrarias encargó a Gaspar de Espinosa iniciar la preparación del juicio contra Vasco Núñez y sus cómplices, y designó a Bartolomé de Hurtado para que fuera a apoderarse de los bergantines y cualquier otra obra llevada a cabo por Vasco Núñez en las islas de la Mar del Sur.

—¿Bartolomé de Hurtado? ¿El amigo que lo ayudó a embarcarse de polizón con Enciso y luego lo acompañó a descubrir la Mar del Sur?

—Sí, el mismo, Vuestra Santidad.

—Las vueltas que da el mundo, Pedro Mártir. Y nunca dejaré de darlas ni nosotros de encontrar rostros adustos donde antes había sonrisas y halagos. O viceversa. Supongo que iniciaréis ahora la narración del juicio y la sentencia.

—Así es. Debo insistir en que esta última parte del relato tampoco ha sido incluida en mis *Décadas* ni en las cartas enviadas a Vuestra Santidad, por lo que tal vez carecerá de los detalles que la brevedad del tiempo me ha impedido investigar.

—Comprendo, Pedro Mártir, y os pido que no os preocupéis por ello. La noticia de la decapitación del conquistador español que descubrió un nuevo mar llegó al Vaticano hace apenas algo más de un año. ¿En qué fecha ocurrió el hecho?

—En enero de 1519, Vuestra Santidad. El último apresamiento de Vasco Núñez, que os acabo de referir, se dio a mediados de diciembre de 1518. Menos de un mes después su cabeza había rodado.

—¡No puede hacerse verdadera justicia en tan poco tiempo! —exclamó León X. Pero casi enseguida su semblante perdió la adustez—: Ya estamos terminando por hoy y creo que un cambio de escenario nos vendrá bien a ambos. —En la expresión del Papa se advertía ahora una cierta complicidad—. Quisiera invitaros a una pequeña recepción cultural que habrá mañana en este palacio, a la que asistirán poetas, músicos y dramaturgos amigos. La velada se iniciará al final de la tarde y como mañana no tendremos sesión, podréis aprovechar el día para descansar y, si queréis, pasear por Roma. El carruaje estará dispuesto y podéis solicitarlo al ayudante de cámara.

—Gracias, Santo Padre. El día libre me vendrá muy bien para revisar mis notas con miras a nuestra próxima reunión. Y, como bien decís, la velada cultural ayudará a cambiar de aires.

—Entonces, hasta mañana a las cinco y media de la tarde, Pedro Mártir. Filippo pasará por vuestros aposentos para conducirlos a la festividad, que se iniciará en los jardines.

—Gracias, Vuestra Beatitud.

Al día siguiente, Pedro Mártir de Anglería despertó más tarde de lo usual. Luego de desayunar, se dedicó a revisar sus notas sobre el juicio y la decapitación de Vasco Núñez. Además de algunos militares que habían regresado a la metrópoli después de sobrevivir al Darién, su fuente más confiable de los últimos acontecimientos había sido el arcediano de la iglesia de Santa María, presbítero Rodrigo Pérez, quien en un principio fuera acusado y condenado como cómplice de Vasco Núñez junto a los demás ajusticiados. El arcediano, amigo del capitán de Jerez de los Caballeros, había sido uno de los seis socios originales de la Compañía de la Mar del Sur, a cuyo capital había aportado doscientos castellanos. Ser miembro importante de la Iglesia evitó que compartiera la misma suerte que Vasco Núñez y el resto de sus amigos, por lo que el canónigo se constituyó para el cronista de Indias en un inmejorable testigo de lo ocurrido antes, durante e inmediatamente después del proceso incoado a Vasco Núñez por Pedrarias. Luego de almorzar, Pedro Mártir solicitó el coche para hacer un breve recorrido por aquellos barrios de Roma que aún no había visitado. Dio instrucciones al cochero para ir primero a conocer la universidad, cuya vieja estructura había sido restaurada gracias a la intervención de León X, quien también mejoró el programa de estudios y la calidad del profesorado. Concluida la visita, Pedro Mártir se dirigió al

Vaticano donde se volvió a deleitar examinando con más tiempo la *Piedad* y el resto de las esculturas y pinturas religiosas guardadas en la capilla provisional. A las cuatro de la tarde regresó a palacio con tiempo suficiente para descansar, tomar un baño y arreglarse con calma mientras esperaba la hora de la velada. Con la puntualidad acostumbrada, Filippo de Lombardía pasó a recogerlo y ambos descendieron la escalinata que llevaba al jardín. Ya habían comenzado a llegar los invitados, muchos más hombres que mujeres, vestidos todos con un lujo deslumbrante. De varios sitios, disimulados entre arbustos y flores, surgía música de laúdes, flautas, violas y clavecines. La tenue iluminación de los candiles y antorchas respetaba la radiante belleza de la puesta de sol.

—Lo que más placer le produce a Su Santidad son estas recepciones culturales —comentó Filippo—. Antes solía también disfrutar las partidas de caza, pero últimamente me ha dicho que ya no se siente capaz de seguir persiguiendo ciervos y perdices.

—No conocía esa afición del Sumo Pontífice.

—León X es un buen cazador —dijo Filippo, con un mohín que hacía presumir la doble intención—. Vamos a saludarlo.

El Papa conversaba con un grupo en el que se distinguían varios cardenales, algún obispo y otros caballeros. Cuando vio acercarse a Pedro Mártir, interrumpió la tertulia para presentarlo.

—Permitidme que os presente a su excelencia, Pedro Mártir de Anglería, distinguidísimo clérigo italiano que, entre muchas otras funciones, ejerce como cronista de Indias de su majestad Carlos I, rey de España. Es el autor de las conocidas *Décadas del Nuevo Mundo* y ha tenido la gentileza no solamente de dedicarme a mí algunas de ellas, sino de aceptar mi invitación para juntos profundizar en su contenido.

—Conozco vuestra obra —dijo un cardenal alto, elegante y de suaves maneras—, porque el Santísimo Padre tuvo la amabilidad de leerme algunas de las cartas a él dirigidas por vuestra excelencia.

—Quien os habla —indicó León X— es el cardenal Pedro Bembo, secretario de Cartas Latinas del Vaticano y uno de nuestros más grandes poetas. Ya tendréis ocasión de escuchar dentro de un rato algunos de sus versos. Ahora, si me lo permitís, voy a continuar con los saludos antes de que llegue la hora de subir al salón.

Los jardines se hallaban ya colmados de invitados que paseaban lánguidamente entre los arbustos, las flores y las fuentes, mientras los músicos continuaban amenizando la reunión y los sirvientes circulaban con

bandejas en las que ofrecían exquisiteces variadas. Como si no quisieran perturbar la música, las conversaciones se mantenían en un tono apagado y respetuoso. Sobrecogido por tanto refinamiento, Pedro Mártir meditó un instante sobre lo imposible que sería alcanzar siquiera algo parecido en la muy austera corte española. Siempre escoltado por Filippo, continuó saludando a quienes el secretario papal consideraba los personajes más importantes, entre ellos el escritor Jacopo Sannazaro, cuya obra máxima, *Arcadia*, había leído Pedro Mártir tiempo atrás. Luego de intercambiar cumplidos, se despidieron prometiéndose reanudar más tarde la conversación. A las seis y media, cuando terminaba de ponerse el sol y se acentuaba el frío invernal, los sirvientes, agitando una campanita, anunciaron que era hora de pasar al palacio.

—Y a Miguel Ángel ¿no lo veremos esta noche? —preguntó Pedro Mártir a monseñor de Lombardía mientras ascendían por la escalinata.

—Buonarroti nunca ha aceptado las invitaciones del Santo Padre a estas veladas culturales —respondió Filippo, sin disimular su desagrado—. Él hace alarde de su desprecio por el lujo y las frivolidades.

En las paredes del gran salón, ahora más iluminado, se destacaban aún mejor las pinturas de Rafael. La profusión de candiles permitía apreciar la diversidad de manjares que colmaban las mesas ubicadas al fondo de la estancia. En el extremo opuesto del salón habían levantado una pequeña tarima, ocupada por un cuarteto de músicos que interpretaban sinfonías diversas. Cuando calló la música, subió a la tarima Filippo de Lombardía para anunciar que el Santo Padre se dirigiría a sus invitados. Con la más acogedora de sus sonrisas, León X subió al escenario y dio la bienvenida a todos los concurrentes. Solamente mencionó por su nombre al invitado especial, Pedro Mártir de Anglería, canónigo, escritor, humanista e ilustre funcionario que desempeñaba un importante cargo muy cerca del rey de España. Discretos aplausos e inclinaciones de cabeza de los más cercanos siguieron a la mención del distinguido visitante. Enseguida León X invitó al cardenal Bembo a declamar su muy famosa «Sonata a Italia» y pidió a los invitados aproximarse más al escenario para escuchar mejor. La voz del declamador era a la vez potente y dulce, lo que permitía comprender hasta la última sílaba de las palabras que conformaban su hermoso poema. Bembo fue muy aplaudido y otros escritores, entre ellos Sannazaro, también subieron a la tarima a declamar algunas de sus obras. Llegó después el turno de los músicos y pasaron por el escenario laudistas, violistas y flautistas, que tocaron sus instrumentos acompañados por las notas del clavecín. Los invitados aplaudían

entusiasmados, pero el aplauso más estruendoso surgió cuando el director del coro de la Capilla Sixtina, Constanzo Festa, subió al escenario. Acompañado por su propio laúd y por tres miembros del coro, cantó con melancólica ternura dos de sus madrigales más conocidos y después invitó a subir a la tarima a todos los integrantes del coro que entonaron, con impecable armonía, algunas de las composiciones sacras de su director. Cuando concluyó la presentación del coro, Festa volvió a tomar su laúd y, con gesto reverencial exagerado, invitó al Santísimo Padre a subir al escenario. El aplauso fue unánime y entusiasta y Pedro Mártir cayó en cuenta de que de todos los invitados, el único sorprendido era él. León X subió a la tarima sin titubear y anunció que cantaría a dúo con Festa el último madrigal compuesto por el maestro. Su voz de barítono era realmente hermosa y no le hacía falta el atuendo papal, blanco y dorado, para dominar el escenario con su presencia y sus movimientos. Antes de descender de la tarima, el Papa anunció que era hora de comer para después pasar a la parte humorística de la velada, de manera que todos pudieran tener una buena digestión. Pedro Mártir esperó su turno para felicitar al Papa, quien le comentó que ahora vendrían los bufones con su buen humor y sus farsas, algunas subidas de tono. «Os excuso si después de comer os provoca retiraros a vuestros aposentos», añadió, en broma y en serio. Pedro Mártir, que había visto antes bufones y sabía lo irreverentes que podían ser, felicitó a León X por la calidad de los artistas y le dijo que tal vez presenciaría un par de escenas antes de ir a descansar. El Papa le recordó que lo esperaría al día siguiente, a la hora acostumbrada.

Doce

A las diez de la mañana del domingo 12 de diciembre, Pedro Mártir encontró abierta la puerta del salón de los relatos. El Papa, de pie frente al ventanal, con las manos cruzadas en la espalda, contemplaba la llovizna que mansamente humedecía los jardines de palacio.

—Hermosa velada la de anoche, Santidad —saludó Pedro Mártir—. Conocía de vuestro amor a la cultura, a la música, a la literatura y a las artes, pero ignoraba que fuerais un consumado cantante.

—Se dice, con razón, que todos los clérigos cantan, Pedro Mártir. Desde muy niño mi padre me destinó a la vida religiosa y a partir de entonces comencé a recibir lecciones de música y de canto. Aprendí a tocar el laúd y el clavecín, pero siempre he pensado que la voz humana es el más bello de los instrumentos musicales. Y ese instrumento fue creado por Dios y no por el hombre.

—Yo también soy clérigo, Vuestra Santidad, y de cantar nada —se lamentó Pedro Mártir—. Realmente disfruté mucho anoche. Los músicos y los poetas me conmovieron profundamente y el ambiente no pudo ser más propicio.

—Me alegro, Pedro Mártir. Los bufones, como siempre, fueron la nota discordante, pero a mí me divierten mucho sus humoradas. ¿Llegasteis a verlos?

—Únicamente el primer acto; quise mantener intacto el deleite del banquete musical.

—No os puedo culpar, Pedro. ¿Os parece que regresemos ahora a lo nuestro?

—Por supuesto. Como ya os comenté, todavía no he tenido tiempo de escribir el enjuiciamiento y la ejecución de Vasco Núñez para incluirlas en mis *Décadas del Nuevo Mundo*, pero las anotaciones que he hecho provienen de fuentes tan valiosas como auténticas.

El Papa y Pedro Mártir se sentaron en sus respectivas poltronas antes de que el cronista continuara.

—Me refiero, sobre todo, al presbítero Rodrigo Pérez, que fue uno de los acusados en el juicio en el que condenaron a muerte al adelantado de la Mar del Sur y a sus amigos más cercanos.

—Interesantísima fuente, Pedro Mártir.

—Así es, Santidad. Aunque él fue acusado de haber contribuido con parte del capital a la formación de la Compañía de la Mar del Sur, en realidad la acusación fue consecuencia de su amistad con Vasco Núñez.

—¡Otra arbitrariedad! —exclamó el Papa.

—Que, como ya veremos, gracias a Dios no llegó a consumarse —aclaró Pedro Mártir—. Después de encarcelar a Vasco Núñez, junto con Hernando de Argüello, Luis Botello, Hernán Muñoz y Andrés de Valderrábano, Pedrarias también había mandado poner presos al ya mencionado sacerdote Rodrigo Pérez y a Andrés Garabito.

—¿A Garabito también?

—Garabito fue sometido a juicio e incluso condenado por haber ido en busca de los hombres que Balboa requería para llevar a cabo su proyecto de alcanzar el ansiado Birú, pero como más adelante explicaré, después fue perdonado por Pedrarias. En cuanto al proceso, lo primero que llama la atención es la inusitada prontitud con la que se desarrolló desde el momento del apresamiento de Vasco Núñez y de sus amigos hasta la ejecución de la sentencia de muerte. Una vez que los tuvo a todos encarcelados, Pedrarias dio instrucciones al licenciado Gaspar de Espinosa de iniciar enseguida los trámites. Habían decidido que el juicio se realizara en Acla y no en Santa María, donde la figura de Vasco Núñez todavía despertaba mucha simpatía en la población. La llamada etapa secreta de las pesquisas se inició con el libelo de acusación sugerido por Pedrarias y redactado por Espinosa. Para cumplir con la etapa pública se ordenaron los correspondientes anuncios y en la pequeña plaza de Acla, ubicada frente a la gobernación, se paseó un pregonero que, agitando una campana al compás de un tambor, informaba al pueblo del proceso incoado contra Vasco Núñez de Balboa y cada uno de los demás acusados, solicitando a cualquier ciudadano que mantuviere querella contra los procesados presentar su reclamo. Los interrogatorios se llevaron a cabo en la prisión y el 12 de enero de 1519 se trasladó a Vasco Núñez y a los demás enjuiciados a la casa del gobernador, en la cual se había improvisado una sala de juicio para leerles el libelo de acusación y escuchar sus defensas. El documento contenía varios cargos, divididos en dos partes: la primera, enderezada solamente contra Vasco Núñez de Balboa, consistía en la continuación del juicio de residencia iniciado cinco años antes por Espinosa.

Se le volvía a acusar de haber sustraído bienes que pertenecían al bachiller Martín Fernández de Enciso, de haber causado la muerte de Diego de Nicuesa, de haberse apropiado de oro y esclavos que no le pertenecían y de no haber pagado el quinto real correspondiente a la Corona. A lo anterior se añadía una nueva acusación de rebelión por haber enviado a su delegado y cómplice, Andrés Garabito, a reclutar en las Antillas sesenta hombres para ser empleados en beneficio propio, sin la autorización del gobernador y lugarteniente del rey. También se acusaba a Vasco Núñez de engañar a Pedrarias sobre los mejores lugares para poblar el territorio de Nueva Castilla al haberlo enviado a tierras no aptas, como la de los caciques Pocorosa y Tubanama y haber insistido en ir en busca del tesoro del Dabaibe con grandes pérdidas de bienes y hombres. Igualmente, se le acusaba de haber herrado para sí algunos indios sin compartirlos con otros capitanes y de no haber mantenido informado al gobernador de Castilla del Oro sobre su misión en la Mar del Sur. En la segunda parte del libelo, se culpaba al adelantado, y ahora también a sus cómplices, del delito más grave: el de alta traición por rebelión y alzamiento contra el rey, representado en Castilla del Oro por su virrey, Pedro Arias de Ávila, dado que habían partido para una jornada o expedición por las costas de la Mar del Sur sin contar con autorización regia, ni licencia de su virrey y teniente general, a pesar de que ya estaba agotado, desde octubre de 1518, el tiempo que este último había concedido para la fabricación de los navíos, su botadura y zarpe. Esta última acusación involucraba el delito de lesa majestad, sancionado con la pena de muerte, y en ella se incluyeron como cómplices a Andrés de Valderrábano, Hernando de Argüello, Hernán Muñoz, Luis Botello, Andrés Garabito y al presbítero Rodrigo Pérez. Después de escuchar los cargos, Vasco Núñez y los demás acusados dieron explicaciones y proclamaron su inocencia, pero ese mismo día se dictó la sentencia de muerte por degollamiento y se negó a todos la apelación ante la Corona. El enjuiciamiento había tomado menos de una semana.

—Resulta difícil creer que así ocurriera, Pedro Mártir —dijo León X, negando con la cabeza—. ¡Cuánta crueldad!

—Como os manifesté antes, no me habría atrevido a afirmarlo de no haberlo escuchado de labios de quien no solamente estuvo presente antes, durante y después del juicio, sino además sufrió la angustia de haber sido condenado a muerte.

—Os referís, por supuesto, al arcediano Pérez, que ya mencionasteis.

—Así es, Vuestra Santidad. Tras ser perdonado, gracias al cargo que ejercía en la iglesia de Santa María, el arcediano Rodrigo Pérez fue expulsado del Darién por Pedrarias, quien lo envió encadenado a la metrópoli en la primera nave que zarpó una vez finalizado el juicio. Hace apenas unos meses el canónigo Pérez me visitó en Valladolid para contarme los momentos tan angustiosos que había tenido que enfrentar y pedirme que lo ayudara con el rey a fin de lograr la revocación de la sentencia y la devolución de sus bienes, que permanecían retenidos en el Darién.

—Y ¿qué os contó de la actitud de Balboa?

—Según él, Vasco Núñez se mantuvo sereno a lo largo del juicio porque confiaba en que tanto él como el resto de los acusados lograrían que la sentencia fuera revocada por la Corona tan pronto conocieran del recurso que presentarían. Pero, como ya sabemos, Pedrarias se negó a conceder la apelación ante la Corona.

—Debo confesaros, Pedro, que no alcanzo a comprender bien el proceso ni las funciones que desempeñaban Pedrarias y el licenciado Espinosa dentro del mismo.

—De lo que he investigado acerca de los juicios de residencia y de los que se siguen por alta traición, el proceso seguido a Vasco Núñez y a los demás acusados fue, por decir poco, muy *sui generis*. El juez era, en realidad, Pedrarias, quien fungía también como acusador, algo insólito de por sí. Gaspar de Espinosa, que era bachiller de la Universidad de Salamanca, actuó como una especie de juez asistente, pero hay constancia de que a través de su escribano, Antonio Cuadrado, Espinosa exigió a Pedrarias poner por escrito cada orden que le impartía, entre ellas la sentencia de muerte y la negativa de la apelación.

—Por si acaso tuviera que rendir cuentas después —comentó León X—. Y asumo que la sentencia se cumpliría enseguida.

—Sí, pero aún antes de perdonar la vida al arcediano, Pedrarias había ordenado a Espinosa exculpar a Garabito por su contribución a la condena de Vasco Núñez. Su testimonio fue incluido en la sentencia como evidencia corroborativa de la veracidad de las acusaciones de Pedrarias contra su antiguo compañero de armas. Otros testimonios se incorporaron al expediente del proceso, entre ellos los de Diego del Corral, viejo enemigo de Vasco Núñez, y Alonso de la Puente, tesorero de Santa María y aliado de Pedrarias, pero ninguno fue tan definitivo como el de Garabito.

—Ah, la naturaleza humana... —suspiró el Papa, moviendo la cabeza de un lado a otro, esta vez voluntariamente—. Se pregunta uno por qué sufriría

Vasco Núñez tantas traiciones de quienes deberían haberlo querido bien.

—Así es, Vuestra Santidad. Colmenares, Garabito, Albítez, Pizarro, por mencionar a los más cercanos a él. Me atrevo a aventurar que el Nuevo Mundo ejerce una influencia negativa sobre el carácter de quienes allá se trasladan en busca de fama y fortuna. Pareciera que el ambiente extraño y peligroso dentro del cual quedan cautivos tan pronto desembarcan, y el encuentro con seres tan diferentes, ante el escenario de una flora y fauna a la vez exuberante, desconocida y amenazadora, los subyuga y transforma. Vivir en una permanente lucha por descubrir el oro con el que todos sueñan cala en la bonhomía de quienes quizás alguna vez la tuvieron, hasta convertirlos en seres que se sienten compelidos a vivir inmersos en un individualismo extremo.

—Comparto vuestras apreciaciones sobre la naturaleza humana, Pedro Mártir, y concuerdo también con lo que acabáis de decir. Tal vez la última manifestación de ese individualismo exacerbado, que lleva a la crueldad, la hemos visto en la decapitación de Balboa, ordenada por Pedrarias, aunque, más que la de él, la de sus cómplices, que sufrieron la misma suerte únicamente por haber permanecido hasta el final como sus amigos y compañeros de aventura. Ni siquiera se respetó la lealtad.

—Por ser Vasco Núñez el descubridor de la Mar del Sur, su degollamiento será el más recordado cuando se escriba la historia. Se hablará a favor o en contra, se discutirá si se le hizo justicia o no, pero los otros cuatro decapitados que, como bien afirma Vuestra Santidad, lo fueron únicamente por su complicidad con Vasco Núñez, serán olvidados a pesar de que quizás la injusticia más grande se cometió contra ellos.

—Es verdad, Pedro Mártir. La historia se ha escrito siempre alrededor de héroes y villanos, de mitos y leyendas. Por eso es tan importante vuestra labor que pretende contar los hechos tal como ocurrieron, sin revestirlos de luces o sombras.

—Gracias, Vuestra Santidad, es precisamente lo que he pretendido hacer. Continúo con el trágico relato. El lunes 13 de enero de 1519 trajeron a los siete acusados a la improvisada sala del juicio para leerles la sentencia que los condenaba a muerte por degollamiento. La lectura la hizo el escribano Antonio Cuadrado en presencia de Pedrarias y de Espinosa. Todos la escucharon sin demostrar mucha emoción. Terminada la lectura, Vasco Núñez dijo que apelaba de tan injusta sentencia para que la decisión final fuera tomada por el rey, que era a quien correspondía. Igual petición hicieron los demás sentenciados. Vasco Núñez hizo alusión también a los títulos de

adelantado de la Mar del Sur, gobernador de Panamá y Coiba y otras mercedes concedidas a él por la Corona que justificaban que el proceso fuera enviado a la metrópoli para su decisión final y a que los demás sentenciados debían tener los mismos derechos porque se les procesaba como cómplices. El bachiller Espinosa respondió enseguida que por orden del gobernador y virrey y por razón de la gravedad del delito de alta traición se denegaba la apelación y se ordenaba la inmediata ejecución de la sentencia de muerte por degollamiento. Solo en ese momento comprendieron Balboa y los demás enjuiciados que se enfrentaban a una muerte inmediata. Hubo, de parte de todos, protestas y lamentos que de nada sirvieron. Espinosa dictaminó, entonces, que el enjuiciado Andrés Garabito quedaba exonerado de la pena por haber contribuido grandemente con su testimonio a confirmar la veracidad de lo expuesto en el libelo de acusación por rebelión y alta traición. Igualmente se perdonó la vida al canónigo Rodrigo Pérez por su condición de arcediano de la iglesia de Santa María, al servicio del obispo y de la Iglesia católica, a la vez que se ordenaba su destierro del Darién.

—Imagino el cruce de miradas entre Garabito, Balboa y los otros ajusticiados.

—Según me ha contado el arcediano Pérez, más que miradas hubo gritos y acusaciones de traidor y mal amigo. Pero hay otro elemento que no deja de ser perturbador y que me fue revelado por un letrado amigo mío y licenciado por la Universidad de Salamanca. Resulta que en los juicios de residencia los jueces investigadores son compensados mediante una participación en el monto de las penas pecuniarias que ellos mismos determinan. Esta realidad, tan poco justificable, explicaría por qué decidieron Pedrarias y Espinosa seguir dos procesos a Vasco Núñez: la continuación del juicio de residencia, cuyas consecuencias económicas beneficiarían a Espinosa, y el nuevo juicio por alta traición, que permitiría la condena a muerte del procesado y a Pedrarias eliminar a su eterno rival.

—¡Qué horror! No es ese el fin que debe perseguir la justicia, ni en nuestra Europa civilizada ni en el Nuevo Mundo, aún por civilizar. ¡Y menos aun cuando es el suegro quien ordena cortar la cabeza al yerno!

—Aquel parentesco político entre Pedrarias y Vasco Núñez, concebido con buena intención por el obispo Quevedo e Isabel de Bobadilla, dejó de ser un acuerdo de paz tan pronto el obispo zarpó de Santa María de vuelta a España. Como ya hemos comentado, Vasco Núñez perdió su ángel guardián.

—Y su cabeza, Pedro Mártir. Y las de todos los demás, que no hubieran rodado si no rodaba antes la de Balboa. Imagino que la sentencia de muerte se

ejecutó sin dilación.

—El día siguiente, martes 14, en horas de la tarde.

—No perdieron ni un instante.

—Según me ha contado el canónigo Pérez, el apuro obedecía, en gran medida, al temor de Pedrarias de que la población de Santa María, enterada de la sentencia de muerte de Vasco Núñez, a quien todavía consideraban su líder, iniciara una revuelta para impedirla. Os recuerdo que esta había sido la razón por la cual Pedrarias determinó que el enjuiciamiento se llevara a cabo en Acla, que dista más de un día de navegación de Santa María.

—Se comprende mejor así la prisa por llevar a cabo un acto cuyos perpetradores sabían carente de legalidad.

—Sí, Vuestra Santidad, fueron muchos los factores. Como os decía, el martes, 14 de enero, alrededor de las cinco de la tarde, salieron de la prisión los cinco condenados rumbo al patíbulo levantado en la Plaza Mayor de Acla. Iban con los pies encadenados y las manos atadas a la espalda para facilitar la decapitación. Delante marchaba Vasco Núñez y de último Argüello. En la plaza, rodeada por más de cincuenta soldados, esperaba, consternado, todo el pueblo de Acla. Precedía el tétrico desfile un pregonero que golpeaba un tambor mientras anunciaba: «Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor y Pedrarias, su lugarteniente en su nombre, a estos hombres por traidores y usurpadores de tierras sujetas a la real Corona». Según me refirió el arcediano Pérez, Vasco Núñez levantó la cabeza para negar con voz vibrante la comisión del delito por el cual se le acusaba y afirmar que, por el contrario, su vida había estado dedicada a servir a los reyes de España y crear más fortuna para la Corona. En el improvisado patíbulo, sobre un tajo rústico recién labrado, rindieron su alma al Creador, Vasco Núñez de Balboa, Hernán Muñoz, Luis Botello, Andrés de Valderrábano y Hernando de Argüello. Como había anochecido cuando llegó el momento de cortar la cabeza a este último, el pueblo quiso ver en la demora una señal divina de que no debería ejecutarse esa sentencia y pidió a Pedrarias perdón para Argüello, que no fue concedido. Una a una las cabezas de los conquistadores habían ido cayendo sobre un viejo cesto de mimbre. Al día siguiente, siguiendo órdenes de Pedrarias, la cabeza ensangrentada de Vasco Núñez fue clavada en el extremo de una pica colocada en la mitad de la plaza como escarmiento para quien osara desafiar a la Corona y a su representante en el Darién. Allí permaneció varios días hasta que los pájaros y las aves de rapiña dejaron poco de ella.

—¡Cuánta atrocidad, Pedro Mártir! —exclamó León X, mientras se levantaba para acercarse al ventanal—. Os recuerdo que unos días atrás,

cuando hablabais de Nicuesa y de las múltiples desgracias por él sufridas, afirmabais que no había habido conquistador más desafortunado. Yo os pregunté entonces si esa calificación no correspondería mejor a Balboa. Después de terminar de escuchar vuestro asombroso y funesto relato, no me cabe duda de que la designación de menos afortunado le corresponde a quien fuera adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba sin haber podido disfrutar por un instante los títulos y mercedes que le concediera la Corona de España por su hazaña. ¿Concordáis conmigo, Pedro Mártir? —preguntó el Papa, con una mezcla de amargura y curiosidad.

—Completamente, Vuestra Santidad. Y pienso que esta unidad de criterios constituye un digno final para la historia que hoy termino de narrar. Tan pronto traslade al papel esta última parte del relato os lo enviaré para que lo agreguéis a mis cartas anteriores.

—Gracias, Pedro Mártir de Anglería. No tengo que repetiros el enorme placer que me habéis proporcionado durante estas últimas dos semanas con vuestra narración de algunos de los hechos que inauguran la historia de ese Nuevo Mundo que recién apenas comienza a descubrirse, conquistarse y cristianizarse. Además, me habéis ayudado a sobrellevar algunos problemas que ya conocéis y que demandan una atención inmediata y dolorosa de mi parte como jefe de la Iglesia de Cristo. Muchas gracias, amigo mío.

—Quien os agradece soy yo, Beatísimo Padre, por haberme permitido contemplar de cerca el despertar de las artes y la cultura. Roma es una ciudad muy diferente a la que dejé hace treinta años cuando decidí marchar a España. La hermosura que va adquiriendo su nueva arquitectura es espléndida y hace pensar que la capital de los Estados Vaticanos está siendo construida para la eternidad.

—Igual que nuestra Iglesia católica, a pesar de que hay quienes la atacan desde dentro y protestan contra ella. —León X calló un instante—. Creo que ahora llegó el momento de haceros una confesión, pero para ello os invito a un último recorrido por los jardines. No creo que sea necesario traer los abrigos.

Mientras caminaban rumbo al jardín, León X tomó familiarmente del brazo a un intrigado Pedro Mártir.

—Desde que llegasteis, querido Pedro, y a lo largo de todas las reuniones que sostuvimos, traté de explicaros pero disfruté tanto desde nuestra primera conversación sobre el Nuevo Mundo que lo que ahora debo deciros se fue quedando rezagado.

Descendían ya por la escalinata que llevaba a los jardines del palacio cuando el Papa, algo perplejo ante el silencio de Pedro Mártir, le preguntó:

—¿Qué pensasteis cuando os llegó la invitación de venir a visitarme al Vaticano para profundizar en los sucesos del Nuevo Mundo que me mandabais regularmente en vuestras cartas? ¿No os sorprendisteis?

—Tanto como sorprenderme no, Vuestra Beatitud. El tema del descubrimiento de un Nuevo Mundo y los inicios de su conquista es tan apasionante que me felicité por el renovado interés que manifestabais en conocerlos mejor.

—Tan excitante ha sido lo que me habéis contado que tuvieron que pasar dos semanas antes de que pudiera deciros la razón primordial que motivó mi invitación —reflexionó en voz alta León X.

Entraban ya en los jardines cuando el Papa se detuvo.

—A pesar de que ya pasó el otoño y el invierno, que todo lo marchita, comienza a dejar su huella, continúa exuberante la hermosura de los jardines. ¿No os parece?

—Los recordaré como los más hermosos y armoniosos que han contemplado mis ojos. Hablabais de la razón detrás de vuestra invitación.

—Continúo, y espero que no lo toméis a mal, querido amigo. Como bien sabéis, desde hace algún tiempo me enfrento al dilema de decidir con cuál de los monarcas que disputan por sembrar su bandera en Italia deben aliarse los Estados Vaticanos. ¿Con Carlos de Castilla y su naciente imperio o con Francisco y la poderosa monarquía francesa? Pero, además de esas intermitentes guerras, allende las fronteras de Italia, la Santa Sede tiene otros asuntos diplomáticos que atender, entre ellos las relaciones con el mundo musulmán, donde Solimán, que se hace llamar el Magnífico, está a punto de invadir Hungría. En otras palabras, el Vaticano, y yo, personalmente, enfrentamos situaciones que requieren de experiencia diplomática para ser atendidas. Os hice venir, mi querido cronista de Indias, para proponeros que aceptaseis un cargo dentro de la Santa Sede desde el cual pudierais asesorarme y servir de embajador especial, como hicisteis para los Reyes Católicos después de la toma de Granada y la expulsión de los moros. Vuestras gestiones diplomáticas ante los líderes musulmanes, que se avizoraban como imposibles, resultaron en un gran triunfo para los monarcas de Castilla y Aragón. ¿Me perdonáis no habérselo informado apenas llegasteis?

—No hay nada que perdonar, Vuestra Beatitud, sino mucho que agradecer por vuestra confianza. Pero...

—Os repito —interrumpió León X— que fue tanto el entusiasmo que despertó en mi ánimo vuestro relato del Nuevo Mundo, ahora de viva voz y con lujo de detalles, que dejé a un lado lo que ahora os acabo de confesar. No tenéis que darme una respuesta enseguida. Podríamos continuar esta conversación mañana, antes de vuestra partida.

—No sabe, Vuestra Santidad, lo honrado y agradecido que estoy, pero me resulta verdaderamente imposible abandonar ahora mis responsabilidades para con Carlos I, que todavía es un monarca cuya juventud requiere del consejo de quienes hemos vivido mucho. Además, continúo siendo cronista real y todavía tengo cosas que contar de ese nuevo mundo del que tanto hemos hablado, para lo cual es menester mi permanencia en la corte española y en mi hogar de Valladolid donde llegan tirios y troyanos a referirme sus triunfos y desventuras. Finalmente, os cuento que mi efímera carrera diplomática comenzó y terminó luego de la toma de Granada y la expulsión de los moros en 1492, cuando los Reyes Católicos tuvieron a bien enviarme a Egipto para apaciguar al sultán que amenazaba con tomar represalias en contra de los cristianos que habitan en Tierra Santa.

—Misión casi imposible que desempeñasteis con gran éxito. Comprendo muy bien vuestras razones para negaros, pero no podéis culparme por tratar de reteneros. Entonces, ¿cuándo deseáis partir?

—Os agradecería mucho si pudiera salir de Roma mañana mismo, domingo, para tratar de alcanzar la embarcación que zarpa de Civitavecchia hacia Barcelona los lunes a primera hora. De no surgir contratiempos, quizás pueda llegar a Valladolid antes de la Natividad del Señor, pero seguro estaría allí antes de fin de año.

—Entonces, contad con ello. —El Papa reflexionó un instante—. A ver, Pedro Mártir, recapitulemos. Si no me equivoco, arribasteis a Roma el viernes 26 de noviembre y al día siguiente iniciamos nuestras conversaciones sobre Pedrarias y Balboa. Significa que hoy, sábado 11 de diciembre, se cumplen exactamente las dos semanas que programamos desde nuestra primera entrevista. ¡No se puede aspirar a mayor compromiso y rigor!

—Y os recuerdo, además, que Vuestra Santidad tuvo a bien concederme dos días libres.

El cronista de Indias y el vicario de Cristo rieron de buena gana antes de compartir un caluroso abrazo.

—Os espero mañana a las siete y media para que me ayudéis en la misa dominical en la Capilla Sixtina —dijo León X, mientras regresaban al palacio—. No conozco mejor manera de despediros.

—¡Gracias, Vuestra Santidad! Será el mejor recuerdo que puedo llevar de este viaje del cual conservaré muchos y muy buenos.

—Filipo os recogerá. Tened preparado el equipaje de modo que después podáis salir directamente hacia el puerto.

Al día siguiente, cuando Filipo de Lombardía y Pedro Mártir llegaron a la Capilla Sixtina, el Papa los esperaba junto al altar, listo para iniciar la misa.

—Buenos días, Pedro Mártir —saludó León X, con impaciencia—. El capellán os ayudará enseguida con las vestimentas. Cuando termine el servicio religioso me interesa mostraros algo.

La misa transcurrió con menos solemnidad que lo usual y Pedro Mártir tuvo la impresión de que León X apuraba la celebración. Tan pronto concluyó, se despojaron de la indumentaria ritual y Pedro Mártir siguió al Papa que, con paso apresurado, se encaminaba hacia la salida de la capilla. Detrás seguían Filipo de Lombardía y los uniformados. Al llegar a la Plaza de San Pedro, se aproximaron a un individuo que, enfundado en una amplia túnica y con un gran plano en las manos, miraba hacia lo alto observando con detenimiento la estructura de la cúpula de la futura basílica.

—Miguel Ángel —llamó el Papa—, os quiero presentar a Pedro Mártir de Anglería, un gran humanista y amigo. Él piensa que no hay obra más bella en el mundo que la *Piedad*.

El artista le pasó el plano a su ayudante y se acercó a saludar.

—Da gusto siempre conocer a quienes saben apreciar la verdadera belleza —dijo, extendiendo una mano tosca y fuerte que Pedro Mártir estrechó con solemnidad.

—Y a mí saludar al más grande artista que ha puesto pie en la tierra. Como ya he comentado al Sumo Pontífice, no hay obra que represente mejor la muerte de Cristo que la que habéis esculpido de él en brazos de su madre al descender de la cruz, ni tampoco escenas religiosas que inviten más a la oración que las que lograsteis pintar en la cúpula de la Capilla Sixtina.

—Sois tan amable como exagerado, amigo mío. Debo deciros que, aunque se trata de una obra de juventud, esculpir la *Piedad* me acercó más al Señor que todo el resto de mis obras, aunque cuando pinté la Capilla Sixtina también estuve muy cerca de él, pero por otras razones.

Miguel Ángel rio de su propia agudeza y el Papa, Pedro Mártir y Filipo rieron con él. No habían terminado de despedirse cuando ya el artista, desentendido de los visitantes, había recuperado el plano de manos de su ayudante y volvía a mirar hacia la cúpula.

—Vamos Pedro. Os acompaño hasta el carruaje —dijo el Papa.

—Nuevamente debo expresaros —comentó Pedro Mártir— que no encuentro palabras suficientes para agradecer tantas gentilezas. Conocer a Miguel Ángel, sin duda el genio más grande que ha producido este renacer de la humanidad, ha sido la mejor despedida y el mayor placer que podíais proporcionarme.

Meditabundo, el Papa se detuvo un momento y se volteó hacia Pedro Mártir.

—Hay otro genio italiano comparable a Miguel Ángel, amigo mío. Su nombre es Leonardo da Vinci y no es solamente un gran artista, sino un científico, escultor, pintor, arquitecto, anatomista, matemático y físico, con conocimientos y habilidades que trascienden a la imaginación. Recién electo Papa, cuando oí de él le pedí venir a Roma, pero fue poco el trabajo que pude encomendarle porque nunca se encontró a gusto en el Vaticano. Hoy vive y trabaja en Francia, al servicio de la corona de ese país.

—Había oído hablar de Da Vinci, Vuestra Beatitud. Pero, aparte de la versatilidad a que aludís, dificulto que ni él ni nadie tengan la genialidad para la pintura y la escultura que adornan a Miguel Ángel. Os garantizo que la obra creada en la cúpula de la Capilla Sixtina, así como la *Piedad*, acompañarán por los siglos de los siglos, en ese perpetuo caminar de la Iglesia católica a quienes os sucedan en la silla de San Pedro.

—Coincido con vosotros, Pedro Mártir. Esta mañana Miguel Ángel vino a examinar, a petición mía, los planos de la Basílica de San Pedro. Abrigo la esperanza de que él aceptará continuar con la obra para que tenga igual futuro que el que auguráis para la *Piedad* y la Capilla Sixtina.

Frente al carruaje, el Papa León X estrechó fervorosamente con ambas manos la que le tendía el cronista de Indias, quien se inclinó rápidamente para besar el anillo papal.

—Imploro vuestra bendición, Beatísima Santidad.

—No creo que la necesitéis, Pedro Mártir, pero igualmente os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Id con bien, querido amigo.

Epílogo

Tan pronto la noticia del ajusticiamiento de Vasco Núñez de Balboa llegó a España, la Corona expidió varias cédulas reales destinadas a incautar los bienes del adelantado de la Mar del Sur, cuya cuantía se estimaba en alrededor de cien mil pesos oro. En la primera de esas cédulas, se comisionó a Gonzalo Fernández de Oviedo, quien se desempeñaba como regidor perpetuo de Santa María de la Antigua y quien sería después uno de los más reconocidos cronistas de Indias, para «cobrar y recibir los bienes que por sentencia fueron aplicados a la Cámara y Fisco y que quedaron y pertenecieron a Vasco Núñez de Balboa y sus consortes, que fueron condenados a muerte». La segunda y la tercera de las cédulas reales iban dirigidas a las «justicias de las islas la Española, San Juan, Cuba y Jamaica», con el mismo propósito de recuperar la parte correspondiente a la Corona de los bienes del difunto. La cuarta cédula real se enviaba al nuevo gobernador nombrado en Castilla del Oro, Lope de Sosa, y la última a los «tesoreros y receptores de penas aplicadas a la Cámara y Fisco» con igual finalidad. Lope de Sosa, antiguo gobernador de las Canarias, quien fue nombrado gobernador y lugarteniente de Castilla del Oro en remplazo de Pedro Arias Dávila, arribó a Santa María el 7 de mayo de 1520 pero falleció antes de desembarcar, circunstancia que permitió a Pedrarias continuar ejerciendo el cargo.

Luego de la ejecución de Balboa y de sus compañeros, Pedrarias no incautó los bienes secuestrados al ajusticiado para ponerlos a la orden de la Corona, como era su obligación. Dos de las cuatro embarcaciones que había construido Balboa y que permanecían en el golfo de Panamá fueron cedidas por él a Gaspar Espinosa, aún antes de que terminara el juicio. Dado que, como hemos visto, el juez de residencia tenía el derecho de cobrar como honorarios un porcentaje de la pena pecuniaria impuesta al sentenciado, debemos presumir, como afirman varios historiadores, que la entrega de las naves fue el precio pagado a Espinosa no solamente por su actuación como juez de residencia sino, sobre todo, por haber condenado a muerte a Balboa y a los demás ejecutados y haber negado la apelación ante el rey. Debo añadir que quienes han estudiado a fondo el juicio seguido por Pedrarias a Balboa

coinciden en que tanto el adelantado como los demás ajusticiados tenían pleno derecho a la apelación que les fue denegada. A los lectores que quieran ahondar en el tema recomiendo consultar la excelente monografía que sobre el juicio de Balboa escribió José María Vallejo García-Hevia, catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones en la Universidad de Castilla-La Mancha.

Las embarcaciones cedidas por Pedrarias fueron utilizadas por Espinosa para navegar por las costas de la Mar del Sur, pero no hacia el mítico Perú, sino rumbo al oeste. Llegó hasta Punta Burica, en Chiriquí, y desde allí dos de sus capitanes, Hernán Ponce de León y Juan de Castañeda, continuaron hasta descubrir el golfo de Nicoya, en Costa Rica. Presumiblemente, Espinosa iba en busca del ansiado paso hacia la tierra de las especias que con tanto afán trataron de encontrar los exploradores cuando quedó claro que Colón no había llegado a las Indias. Luego de fracasar en su intento, Espinosa regresó a las costas del istmo y se estableció en la ciudad de Panamá. Uno de los bergantines embargados a Balboa lo vendería posteriormente a Francisco Pizarro, quien lo incorporó a la flota que llevó a la conquista del Perú.

Interesantes resultan también las gestiones ante la Corona emprendidas por Gonzalo Núñez de Balboa, hermano de Vasco y escribano del Consejo de Jerez de los Caballeros. Enterado del ajusticiamiento de su hermano por el delito de alta traición, se trasladó a Burgos y el 11 de abril de 1521 logró que le fuese expedida una cédula real que ordenaba entregarle los indios de servicio (naborías) que habían pertenecido al adelantado de la Mar del Sur. Además, gracias a su gestión, otra cédula real, del 4 de julio de 1523, dispuso que fuese revisado el proceso que había conducido al degüello de Vasco Núñez, a fin de que se le hiciese justicia a su memoria. Ningunas de las dos cédulas fueron atendidas por el gobernador de Castilla del Oro, cargo que en 1523 todavía ostentaba Pedrarias Dávila.

Sobre los bienes de Balboa también reclamaron terceros que se consideraban acreedores del adelantado, incluyendo a quienes invirtieron en la Compañía de la Mar del Sur. Entre estos, quien más se esmeró por recuperar su acreencia fue Pedro de Arbolancha, uno de los hombres de confianza de Balboa. Pero lo cierto es que muchos cronistas e historiadores coinciden en que ni la Corona ni los acreedores pudieron recuperar los bienes reclamados porque el mismo Pedrarias se había encargado de repartir el patrimonio de quien en algún momento fuera su hijo político. Así, a Martín Estete, uno de sus sirvientes y testaferros, entregó los bienes materiales, y a su esposa, Isabel de Bobadilla, regaló los indios naborías. Al final, fueron el juez

asistente, Gaspar de Espinosa, y el juez en propiedad, Pedrarias Dávila, quienes realmente se beneficiaron de los caudales de Vasco Núñez. Para una información más detallada sobre este punto se puede consultar la obra *Vasco Núñez de Balboa*, del historiador Ángel Altolaguirre y Duvale.

Los herederos de algunos de los otros conquistadores ajusticiados junto a Balboa también presentaron reclamos ante la Corte Real. Los hermanos de Andrés de Valderrábano acusaron judicialmente a Gaspar de Espinosa de haber actuado injustamente y sin apego a la ley. Por su parte, la viuda de Hernando de Argüello demandó que se le entregara por lo menos la mitad de los bienes confiscados a su difunto esposo. Como consecuencia del reclamo de los herederos de Argüello, se expidió una cédula real el 3 de mayo de 1526 para que el alcalde mayor de Tierrafirme, Juan Rodríguez de Alarconcillo, averiguase dónde se encontraban los procesos seguidos a Núñez de Balboa, a Hernando de Argüello y a Andrés de Valderrábano, a fin de que fueran remitidos a España, en conjunto con cualesquiera bienes que se hallaren. Pero los expedientes de los procesos, igual que los bienes, habían desaparecido. De acuerdo con la narración del cronista Fernández de Oviedo, él tuvo acceso y pudo leer, en la recién fundada ciudad de Panamá, el proceso seguido a Balboa y a sus compañeros, del cual tomó algunas notas que incluyó en su *Historia general de las Indias*. Por más afán que han puesto los historiadores, los documentos del juicio de Balboa nunca se han podido encontrar. Lo mismo ha ocurrido con casi todas las cartas enviadas por Balboa a la Corona.

Resulta de gran interés lo ocurrido con el canónigo y arcediano de la iglesia de Santa María, Rodrigo Pérez. Recordemos que él también había sido sentenciado a muerte en el juicio contra Balboa aunque, por ser sacerdote, Pedrarias le perdonó la vida y lo envió a España encadenado. Sometido a juicio ante la Corona, fue absuelto y se ordenó la devolución de sus bienes. En 1522, cuando Pedrarias todavía era gobernador de Panamá, regresó a Santa María, fue elevado a deán de la iglesia y asumió las funciones de obispo en espera de que llegara el designado para ejercer el cargo en propiedad.

Después de la decapitación de Vasco Núñez, mientras todavía se mantenía su cabeza expuesta en la plaza de Acla, Pedrarias salió al frente de trescientos soldados rumbo a la Mar del Sur, siguiendo el mismo trayecto que recorriera Balboa siete años antes. El 27 de enero de 1519 llegó a la costa y en un acto solemne, acompañado de trompetas y tambores, tomó posesión del mar descubierto por Balboa. Posteriormente, en 1520, Juan Rodríguez de Alarconcillo, alcalde mayor del Darién, afirmó, en el informe que envió a la Corona con motivo del juicio de residencia seguido por él a Pedrarias, que

era este quien había descubierto la Mar del Sur. Y Bethany Aram, en su obra *Leyendas negras y leyendas doradas en la conquista de América: Pedrarias y Balboa*, asegura que (página 148): «Cuatro años más tarde, el emperador Carlos informaría a su embajador en Roma que Pedrarias y otros por comisión suya descubrieron la otra mar que llaman del Sur, en la cual, con la gracia y ayuda de Nuestro Señor, se han poblado y edificado algunos pueblos de cristianos». Y termina afirmando la historiadora Aram: «La corona, por tanto, asociaría a Espinosa y Pedrarias, más que a Balboa o a Gil González, con el “descubrimiento” del Pacífico».

Pareciera, pues, que la historia oficial pretendió en algún momento que Pedrarias y Espinosa, los mismos que se confabularon para decapitar a Balboa, se llevasen el crédito de haber descubierto la Mar del Sur, a pesar de que hay abundante evidencia de que ambos llegaron al Darién once meses después de que ya Vasco Núñez y sus sesenta y siete acompañantes habían entrado en las aguas del golfo de San Miguel y probado que eran tan saladas como las del océano Atlántico. La versión «oficial» que trataron de urdir Pedrarias, sus adláteres y defensores, no prosperó dada la abundancia de pruebas documentales que registraron la hazaña de Vasco Núñez, entre ellas el acta de toma de posesión levantada por Andrés de Valderrábano, escribano en la expedición de Balboa quien, curiosamente, también fue decapitado por Pedrarias y Espinosa el mismo día que Balboa. La más contundente de las evidencias, claro está, es la cédula real por la cual la Corona española nombró a Vasco Núñez adelantado de la Mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba, precisamente en mérito a su descubrimiento. Hoy, tanto los cronistas de Indias, como los historiadores que más se han ocupado del asunto, saben que fue Balboa el descubridor del océano Pacífico.

Luego de tomar posesión de la Mar del Sur, Pedrarias se dirigió al archipiélago de las Perlas y desembarcó en la isla de San Miguel, la misma que Balboa había conocido como Isla Rica y después se llamó Isla de las Flores, y también tomó posesión de ella. De allí pasó a la isla de Taboga, próxima a la costa, donde recibió mensaje de Gaspar de Espinosa para que juntos fueran a fundar la ciudad de Panamá. El 15 de agosto de 1519, en una ceremonia solemne en la que se cumplió con los acostumbrados ritos tradicionales, Pedrarias fundó la ciudad de Nuestra señora de la Asunción de Panamá, la primera levantada a orillas del Pacífico. El sitio original se hallaba ubicado en un pequeño villorrio de pescadores que sus pobladores, debido a la abundancia de peces, llamaban Panamá. El plan del gobernador de Castilla consistía en trasladar la población de Santa María de la Antigua a la ciudad

recién fundada por él. Con tal propósito, repartió los primeros solares entre los cuatrocientos hombres que lo acompañaban, trescientos llevados por él y cien por Espinosa. El alcalde de Santa María de la Antigua, que a la sazón era el tantas veces mencionado cronista Fernández de Oviedo, intentó en vano retener a los habitantes que poco a poco fueron abandonando el Darién para trasladarse definitivamente a la recién fundada ciudad. Los restos de Santa María de la Antigua se hallan hoy en territorio colombiano. La villa fue abandonada definitivamente en 1524 y estuvo perdida durante casi quinientos años hasta que en 2006 arqueólogos colombianos dieron con ella. En el sitio existe hoy un parque arqueológico e histórico.

Preciso es reconocer, como posteriormente corroboraría la historia de la conquista y la colonización de América, que resultaba muy necesario para el desarrollo de los planes de la Corona española fundar en la costa del Pacífico una ciudad que permitiera ser el punto de partida de futuras exploraciones por las costas de ese nuevo mar, de cuyas riquezas tanto hablaron algunos caciques Cuevas. Para mantener la conexión con el mar Caribe y las Antillas, de donde todavía provenían la mayor parte de los alimentos y la gente, Pedrarias ordenó refundar Nombre de Dios en la costa atlántica a escasas sesenta millas de la ciudad de Panamá. En el mapa del istmo ambas ciudades costeñas formaron una línea recta de norte a sur, que facilitó el transporte de hombres y bastimentos.

Pedrarias también continuó cumpliendo con la misión a él encomendada por el monarca español de crear ciudades y poblarlas. En 1523 ordenó a Gaspar de Espinosa la fundación de la villa de Natá, en la península de Azuero, la segunda más antigua de Panamá, y prosiguió rumbo al oeste fundando otras villas que no perdurarían. El 15 de marzo de 1526, Pedrarias fue nombrado gobernador de Nicaragua, territorio que había sido descubierto por Gil González Dávila y comenzaba a cobrar importancia dentro de los planes expansivos de la Corona. Pedrarias murió en la ciudad de León, en Nicaragua, el 6 de marzo de 1531.

Aprovecho para aclarar que ha existido un error generalizado entre los historiadores en torno a la edad de Pedrarias. Todavía se puede leer en internet, en portales de instituciones serias como sin duda lo es la Real Academia de la Historia, que Pedrarias nació en 1440; que cuando arribó al Darién en 1514 contaba setenta y cuatro años, y que falleció en 1531, a la edad de noventa y un años, todo un récord para esa época cuando la edad promedio no llegaba a los cincuenta años. Sin embargo, estudios más recientes desmienten este mito. Bethany Aram, luego de un prolijo estudio

genealógico, sitúa el nacimiento de Pedrarias hacia el año 1468, solamente siete años antes que Balboa, que nació en 1475. O sea, pues, que Pedrarias desembarcó en Santa María con cuarenta y seis años y murió de sesenta y tres, todavía una edad longeva para la época, aunque muy lejos de los noventa y uno que le atribuye la leyenda.

Otro episodio digno de destacar fue lo ocurrido a Francisco Hernández de Córdoba fundador, entre otras, de las ciudades de Granada y de León en Nicaragua. Hernández de Córdoba se había asociado a Pedrarias para lograr el control de Nicaragua, territorio de la nueva gobernación encomendada por el monarca español al antiguo gobernador de Castilla del Oro. Como consecuencia de una disputa, Pedrarias enjuició a Hernández de Córdoba, a quien también sentenció a muerte por decapitación. Igual que ocurrió con la cabeza de Balboa, la de Hernández de Córdoba fue ensartada al extremo de una pica y colocada en la plaza pública de la ciudad de León. Resulta revelador el hecho de que hoy el Balboa y el Córdoba, nombres de los dos conquistadores decapitados por Pedrarias, sean las monedas de Panamá y de Nicaragua, respectivamente.

Antes de concluir, debo referirme, brevemente, a los personajes que me han servido para narrar esta historia. El 3 de enero de 1521, León X expidió la bula *Decet Romanum pontificem*, por medio de la cual excomulgaba a Martín Lutero, lo que provocó el cisma que dio origen a las numerosas sectas religiosas que hoy se agrupan bajo el protestantismo. Por otra parte, luego de múltiples intrigas y maniobras políticas, terminaría aliándose al emperador Carlos V para expulsar de los Estados Vaticanos a las tropas francesas de Francisco I. León X, primer Papa Médicis, murió el 1.º de diciembre de 1521.

Pedro Mártir de Anglería, nacido en el pueblo lombardo de Arona el 2 de febrero de 1457, terminó siendo uno de los más reconocidos cronistas de Indias, a pesar de que nunca puso pie en ese Nuevo Mundo, cuyos acontecimientos y particularidades describió en sus *Décadas*, escritas entre 1494 y 1525. Las primeras fueron publicadas en 1511 y plagiadas repetidamente a tal punto que algunos de los cronistas de Indias, que publicaron sus obras después de él, no tuvieron empacho en incluir en sus narraciones párrafos enteros tomados de las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir, las cuales, gracias al empeño del gran gramático Antonio de Nebrija, habían sido publicadas íntegramente en 1530. Fue uno de los más cercanos colaboradores de Isabel y Fernando el Católico y del nieto de ambos, Carlos I. Pedro Mártir falleció en Granada, en octubre de 1526. Hasta donde

he logrado investigar, Pedro Mártir nunca incluyó en sus *Décadas* la decapitación de Balboa.

Los frescos de la pared de fondo del altar de la Capilla Sixtina fueron pintados en 1538 por Miguel Ángel, quien también diseñó el plano final de la Basílica de San Pedro, que después de tardar cien años en construirse, es hoy una de las joyas más emblemáticas del catolicismo.

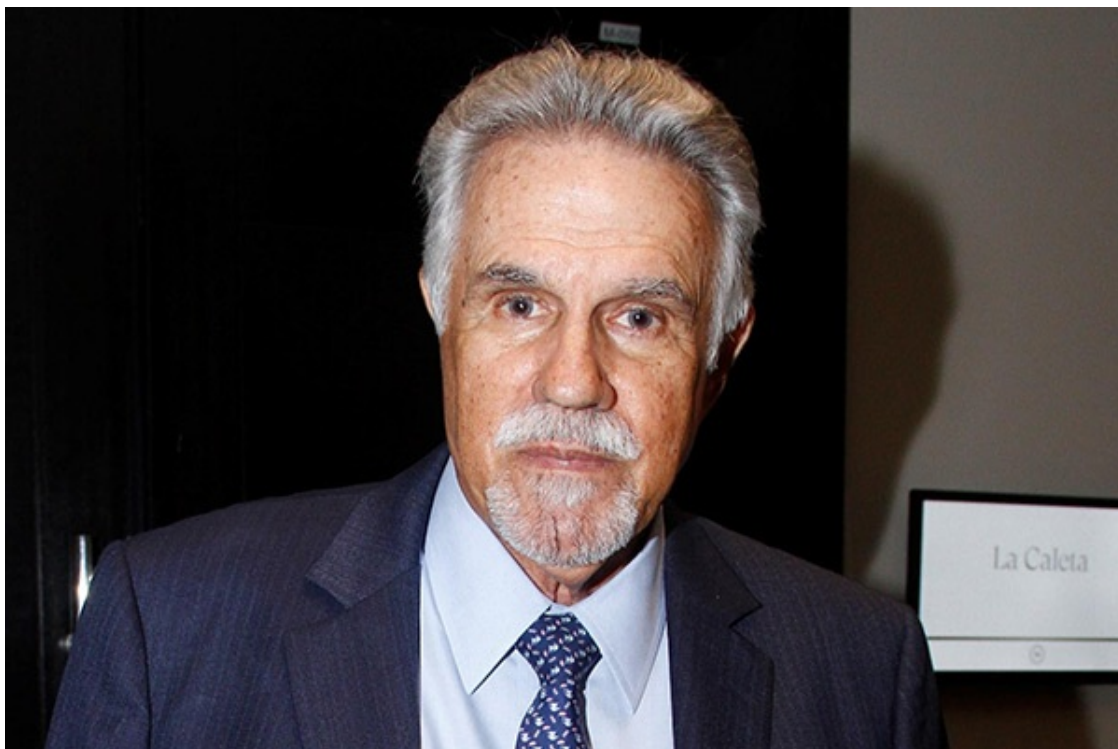
Mucho se ha escrito, y se seguirá escribiendo, en torno al enfrentamiento de Pedrarias y Balboa, en el que algunos autores ven el surgimiento de una leyenda negra y otra leyenda dorada, olvidando, tal vez, que una leyenda es, como mucho, una historia apócrifa extraída de hechos reales. Sin el propósito de emitir juicios favorables a uno u otro personaje, cuyas vidas se desarrollaron a caballo entre el final de la Edad Media y el inicio de la Edad Moderna, lo cierto es que ante los ojos de la historia, la figura de Pedrarias Dávila quedó execrada por haber ordenado la decapitación de Vasco Núñez de Balboa, mientras que la figura del descubridor del océano Pacífico quedaría exaltada por haber sido su cabeza la que rodó aquel 14 de enero de 1519. Se trata de la consabida contraposición entre el héroe y el villano, entre el victimario y la víctima donde, paradójicamente, la historia se encarga a veces de revertir los roles, convirtiendo en víctima al victimario y en victimario a la víctima: si bien, por culpa de Pedrarias, Balboa perdió la cabeza, el mismo hecho determinó que Pedrarias, por decapitar a Balboa, perdiera, ante la historia, cualquier prestigio que pudiera haber merecido por sus muchas ejecutorias.

Finalmente, no es posible hablar de víctimas y victimarios en la conquista de América sin hacer referencia a los verdaderos sacrificados a lo largo de ese controvertido capítulo de la historia. No se trata de ponerle color a una leyenda, como han querido hacer ver recientemente algunos defensores de la barbarie generalizada contra los aborígenes desplegada por los conquistadores iberoamericanos, ni se pretende tampoco comparar esas iniquidades con las cometidas en otras regiones americanas, como fue la expoliación de los aborígenes norteamericanos. Se trata, sí, de dejar constancia de hechos históricos que no admiten interpretación. Me limitaré, para ello, a utilizar como ejemplo lo ocurrido en la región donde se desarrolló la historia de Pedrarias y Balboa. Cuando los conquistadores españoles desembarcaron en el Darién en 1510, convivían en esa región alrededor de doscientos cuarenta mil aborígenes Cuevas distribuidos en decenas de cacicazgos. Veinticinco años después, en 1535, habían sido completamente exterminados. Se afirma que muchos murieron a causa de enfermedades traídas de Europa, como la

viruela, y seguramente así fue. Pero la crueldad y el salvajismo con que fueron tratados los naturales del Nuevo Mundo es históricamente innegable. El peor virus que trajeron los conquistadores a América fue, en realidad, el de la ambición desmedida de riquezas provocada por la existencia del oro. Pero tal vez lo más conmovedor resulte ser que, a pesar de que en los últimos quinientos años la humanidad ha pasado de la edad media a la era de la bomba atómica, los vuelos espaciales y las comunicaciones instantáneas, en los habitantes de las comarcas indígenas de Panamá todavía prevalece la pobreza extrema, con las graves consecuencias que tan lamentable realidad conlleva.

Agradecimientos

A mis hijos Juan David y Jorge Enrique, y mis amigos Arístides Royo, Jorge Eduardo Ritter, Felipe Motta y Diego de Obaldía que leyeron el manuscrito e hicieron observaciones importantes. María del Carmen Deola, amiga y editora, que acogió la novela con entusiasmo y realizó una excelente labor editorial. Mi esposa Ana Elena, a quien he dedicado esta obra, que me acompañó a lo largo del proceso creativo con consejos que sin duda contribuyeron a mejorar el texto. Para ellos mi profundo y permanente agradecimiento.



JUAN DAVID MORGAN (Chiriquí, Panamá, 1942). Abogado, empresario, escritor y filántropo panameño. Es autor de una docena de obras de distinto género literario, siendo sus novelas históricas las referentes para muchos lectores que han conocido el pasado de Panamá de la mano de Morgan. Ha recibido varios premios nacionales y algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Socio fundador de la firma Morgan&Morgan, presidente del Patronato del Museo del Canal Interoceánico de Panamá desde 1996 al 2018, y presidente de la Junta Directiva y de la Junta de Síndicos del Patronato de la Ciudad del Saber desde 1998. Miembro de la Cámara Panameña del Libro, de la Academia Panameña de la Lengua y miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cartagena de Indias (Colombia).

ÍNDICE

Dramatis personae

Prólogo

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Epílogo

Agradecimientos